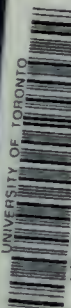


UNIVERSITY OF TORONTO



3 1761 00009939 0

PQ

7797

H3M3

1894









EL GAUCHO

# MARTIN FIERRO

POR  
JOSE HERNANDEZ

DÉCIMA QUINTA EDICIÓN

CON UN TOTAL DE 64.090 EJEMPLARES EQUIVALENTES A 64 EDICIONES DE MIL NÚMEROS CADA UNA  
DESDE 1872 HASTA 1894

---

PRECEDIDA DE VARIOS JUICIOS CRÍTICOS  
Y ADORNADA CON CINCO LAMINAS Y EL RETRATO DEL AUTOR



CASA EDITORA Y DEPOSITO GENERAL  
LIBRERIA «MARTIN FIERRO» —147, BOLIVAR, 147

---

1894

PQ  
7797  
H3M3  
1894

BUENOS AIRES—IMPRENTA DE MARTIN BIEDMA, BOLIVAR 535







JOSÉ HERNANDEZ





## ADVERTENCIA EDITORIAL

Al ofrecer al público, esta vez, la décima quinta edición de la «*Ida y Vuelta de Martín Fierro*», creemos de estricta justicia consagrar algunas palabras, al más extraordinario triunfo de publicidad que registran nuestros anales bibliográficos.

La presente edición de *dos mil* ejemplares, viene á integrar la asombrosa cifra de SESENTA Y CUATRO MIL: hecho sin precedente en estos países americanos, y muy raro también en los Estados Europeos de origen latino.

Aquí, en Buenos Aires, la ciudad de más movimiento intelectual del Nuevo Mundo, no conocemos resultado semejante, ni aun tratándose de aquellas obras políticas, literarias ó económicas, que lograron alcanzar gran boga.

La vasta circulación de *Martín Fierro*, ha sido un verdadero acontecimiento para el comerciante de libros, para el crítico moralista y sobre todo para esa clase social más directamente interesada en la obra de nuestro popular poeta.

Millares tras millares ha colocado sin dificultad el Editor de cada Edición, en medio de la sorpresa que experimentaba, al recibir, hasta por telégrafo, pedidos que le hacían de diversos puntos de la campaña.

La crítica nacional y extranjera, se ha ocupado extensamente del análisis de esta producción rigurosamente americana, apreciándola en altos conceptos, como uno de los trabajos que más honor hacen a la literatura de este Continente.

Pero, en la campaña del Río de la Plata, es donde ha hallado *Martín Fierro* su más entusiasta acogida.

Desde el más humilde hasta el más encumbrado de sus habitantes, lo saludaron y recibieron como al redentor que asoma después de largo tiempo de sufrimientos.

En efecto, cualquier observador dotado siquiera de sentido común, advierte que el Sr. Hernandez, sirviéndose de una forma literaria, al parecer trivial, hace en *Martín Fierro*, la historia de los infortunios de nuestro gaucho, penetrando con pensamiento de filósofo, hasta en lo más íntimo de la azarosa vida de una clase, que, bajo la dominación colonial, como bajo la dominación republicana, solo ha vivido víctima obligada de todo género de abominaciones.

De ahí la inmensa popularidad de que goza en las comarcas rurales el libro del señor Hernandez, porque no es como las obras de Ascasubi ó de Del Campo, simples obras de entretenimiento, sino el estudio social más completo, más exacto y más bien intencionado que se ha llevado á cabo entre nosotros.

Hasta que punto habrá influido la aparición de *Martín Fierro* en el mejoramiento de aquella clase, sería interesante saberlo.

Desde el centro semi-civilizado de la población rural, pasando por el rancho, hasta los confines pampeanos donde se encuentra el fortín, en todos los medios en que se encuentra nuestro asendereado gaucho, se ha de sentir, estamos seguros, la más ó menos influencia de esa aplaudida producción.

Y esto se comprende sin esfuerzo.

Sesenta y cuatro mil ejemplares desparramados por todos los ámbitos de la

campaña, han constituido la lectura favorita del hogar, de la pulpería, del soldado y de todos los que tenían á la mano un ejemplar de *Martin Fierro*.

Más aún: en algunos lugares de reunión, se creó el tipo del lector, en torno del cual se congregaban gentes de ambos sexos, para escuchar con oído atento, esa genuina relacion de la vida gauchesca.

Por todo esto, creemos, pues, en el éxito constante y fecundo de las sucesivas ediciones de *Martin Fierro*, porque apartandose completamente de la tradición literaria que dejaron Ascasubi y Del Campo, siguió solo nociones propias vías mas rectas é inspiraciones que tenían su base en el sentimiento popular. La musa de *Martin Fierro* no ha sido vengadora, ni se ha preocupado solamente del prestigio urbano, á costa de la simplicidad de nuestros compatriotas de chipá y bota de potro.



Careciendo de espacio suficiente para recapitular hoy cuanto se ha dicho acerca de la presente obra y del autor, debemos limitarnos á hacer una breve mencion de los juicios emitidos últimamente, felicitándonos, en nuestra condicion de Editores, de poder inscribir en estas páginas preliminares, nombres que son un timbre de la inteligencia argentina.

El señor don José Manuel Estrada, en un brillante estudio que hace del pueblo argentino, bajo el título de «Defectos de la vida social» en las páginas de la *Revista Argentina*, dedica al Sr. Hernandez las líneas que vamos á copiar: sin embargo de que diferimos respecto al cargo, comparativamente de incorrecto, que formula contra nuestro poeta.

Dice así, aquel distinguido escritor:

«No es de maravillarse. Ni Hidalgo, ni Ascasubi, ni mucho menos Del Campo, han llegado, entre nuestros poetas populares y gauchescos, á la altura filosófica en que toca el versificador mas incorrecto de todos, D. José Hernandez. — *Martin Fierro* es el tipo culminante del gaucho, es decir, el producto mas completo de una sociabilidad injusta, operando sobre una naturaleza ingénitamente poderosa y activa. Pero precisamente por ser extraordinario como la poesía lo requiere, no puede guiarnos en los estudios sociales sino subjetiva y elementalmente.»

Sin pretender iniciar disputa alguna, sobre la razones que tenga el Sr. Estrada, para encontrar solo gran altura filosófica y poca correccion (literariamente hablando) en la obra de que nos venimos ocupando, seámos permitido recordarle que la obra del Sr. Hernandez, es la pintura al natural de cierta comunión social, no bien estudiada todavia, que vive, siente y se expresa en un lenguaje peculiar, en el cual no deben prevalecer ciertamente las reglas gramaticales, sino el pensamiento que la anima. En nuestra humilde opinion, mucho perderia en este caso la personalidad del gaucho, si las filosóficas inspiraciones del autor de *Martin Fierro*, hubieran tenido que ajustarse á los preceptos de Bello, de Salvá y de la Academia. No; el estilo original que campea en esa obra, es el que se ha debido emplear, para que así pueda revelarse toda entera, *intus et in ente*, la gráfica figura del gaucho cisplatino.

El Dr. D. Nicolás Avellaneda, acreditando siempre sus inclinaciones y sus altas dotes literarias, encontró tambien oportunidad de manifestar las impresiones que dejara en su espíritu *Martin Fierro*, y en una carta literaria que vió la luz pública, dice así a su interlocutor.

«Siga escribiendo, soltando con espontaneidad su vena, matizando la observacion propia ingénuamente reproducida, con recuerdos comunes á todos, y no tendrá pronto en cuanto á la difusión de su palabra escrita, sino un rival, tal vez invencible: Martin Fierro. »

En lo que toca á este, es casi imposible alcanzarle. Uno de mis olientes,

almacenero por mayor, me mostraba ayer en sus libros los encargos de los pulperos de la campaña:—«12 gruesas de fósforos— Una barrica de cerveza—12 *Vueltas de Martin Fierro*—100 cajas de sardinas.»

Pero nada se hace sin trabajo, y se lo digo por vía de ejemplo, *aunque se trate de los escritos más espontáneos y populares.*

*La difícil facilidad* de que todos hablan, debe encerrar una verdad constante y general, cuando tanto se ha vulgarizado, á pesar de ser esta frase extraída de un arte poético y de pertenecer á Boileau. Más de un renombre de cabildo quedaría sorprendido si se dijera que hay á veces mayor estudio en una página de *Martin Fierro*, que en uno de sus alegatos forenses.

¿Qué ha estudiado Martin Fierro? Antes de conocer sus hábitos literarios y de revisar su biblioteca, ya lo sospechaba, y lo he confirmado después por su propia confesión y por la inspección de sus libros. Ha estudiado como Cervantes, los *proverbios* de todos los pueblos y de todos los idiomas, de todas las civilizaciones, es decir, la voz misma de la sabiduría como los llamaba Salomón. Ha recojido la médula del cerebro humano.

¿Cómo dejarían de ser populares, cómo dejarían de circular como la luz y el aire, las sentencias ó los *dichos* que no son sino gauchescos en sus formas, pero que pertenecen al habla de todos los hombres, después de miles de años?

Hé ahí explicado el secreto de la popularidad de *Martin Fierro*; hé ahí por qué hoy sus dos libros han recorrido por la América que habla nuestro idioma, de tal manera, que lo habrían enriquecido si hubiera podido preverse este caso único, estipulando la reciprocidad de la propiedad literaria que hoy no existe.

No puedo ponerme al *habla* con mi amigo el doctor Larsen, que se ha ausentado á otras regiones, estudiando el árabe; pero apenas sea posible comunicar con él, he de pedirle que estudie los diálogos de Martin Fierro y que despojando los *dichos* de sus expresiones locales, los restituya á sus verdaderos autores, es decir, al Corán, al antiguo Testamento, al Evangelio, á Confucius ó á Epicteto. Estos dos últimos son, sobre todo, los autores predilectos de Martin Fierro, y sus *dicharachos* gauchos, no vienen á ser en el fondo, sino *proverbios* chinos ó griegos.

Así, se ha descubierto últimamente, por la comprobación de los estudios filológicos, que la fábula de La Fontaine no es de Fedro o de Esopo, es decir, ni latina ó griega, sino que fué contada ahora miles y miles de años, á las primeras generaciones índicas que crecían al pié del Himalaya.

Tiene Vd. como nuestro amigo Hernandez, este don supremo de recojer lo que es popular, depurándolo y transmitiéndolo bajo nuevas formas, para que lo sea aún más. Sabe Vd. como él, sermones, cuentos, máximas, proverbios y solo le falta entregarse naturalmente á la corriente, para *sobrenadar sobre la onda*...

Muchas y muchas otras transcripciones, altamente favorables, podríamos seguir haciendo; pero basta á nuestro propósito las anteriores, agradeciendo en la parte que nos corresponde, el aliento que nos comunican los que juzgan digna de todos los afanes, esta obra que entregamos hoy al público, y que esperamos ha de continuar recorriendo el itinerario que comienza en nuestra bulliciosa Metrópoli y termina allá en el espacio de las gramíneas, de los arroyos, del caballo y del gaucho, señor de la región.

LOS EDITORES.



## Señor D. José Zoilo Miguens.

QUERIDO AMIGO:

Al fin me he decidido a que mi pobre MARTÍN FIERRO, que me ha ayudado algunos momentos a alejar el fastidio de la vida del Hotel, salga a conocer el mundo, y allá vá acogido al amparo de su nombre.

No le niegue su protección, Vd. que conoce bien todos los abusos y todas las desgracias de que es víctima esa clase desheredada de nuestro país.

Es un pobre gaucho, con todas las imperfecciones de forma que el arte tiene todavía entre ellos, y con toda la falta de enlace en sus ideas, en las que no existe siempre una sucesión lógica, descubriéndose frecuentemente entre ellas, apenas una relación oculta y remota.

Me he esforzado, sin presumir haberlo conseguido, en presentar un tipo que personificara el carácter de nuestros gauchos, concentrando el modo de ser, de sentir, de pensar y de expresarse que les es peculiar; dotándolo con todos los juegos de su imaginación llena de imágenes y de colorido, con todos los arranques de su altivez, inmoderados hasta el crimen, y con todos los impulsos y arrebatos, hijos de una naturaleza que la educación no ha pulido y suavizado.

Cuantos conozcan con propiedad el original, podrán juzgar si hay o no semejanza en la copia.

Quizá la empresa habría sido para mí más fácil, y de mejor éxito, si sólo me hubiera propuesto hacer reír a costa de su ignorancia, como se halla autorizado por el uso, en este género de composiciones; pero mi objeto ha sido dibujar a grandes rasgos, aunque fielmente, sus costumbres, sus trabajos, sus hábitos de vida, su índole, sus vicios y sus virtudes; ese conjunto que constituye el cuadro de su fisonomía moral, y los accidentes de su existencia llena de peligros, de inquietudes, de inseguridad, de aventuras y de agitaciones constantes.

Y he deseado todo esto, empenándome en imitar ese estilo abundante en metáforas, que el gaucho usa sin conocer y sin valorar, y su empleo constante de comparaciones tan extrañas como frecuentes; en copiar sus reflexiones con el sello de la originalidad que las distingue y el tinte sombrío de que jamás carecen, revelándose en ellas esa especie de filosofía propia, que sin estudiar, aprende en la misma naturaleza; en respetar la superstición y sus preocupaciones, nacidas y fomentadas por su misma ignorancia; en dibujar el orden de sus impresiones y de sus afectos, que él encubre y disimula estudiosamente; sus desencantos, producidos por su misma condición social, y esa indolencia que le es habitual, hasta llegar a constituir una de las condiciones de su espíritu; en retratar en fin, lo más fielmente que me fuera posible, con todas sus especialidades propias, ese tipo original de nuestras Pampas, tan poco conocido por lo mismo que es difícil estudiarlo, tan erróneamente juzgado muchas veces, y que al paso que avanzan las conquistas de la civilización, va perdiéndose casi por completo.

Sin duda que todo esto ha sido demasiado desear para tan pocas páginas, pero no se me pueda hacer un cargo por el deseo, sino por no haberlo conseguido.

Una palabra más, destinada a disculpar sus defectos. Páselos Vd. por alto, porque quizá no lo sean todos los que, a primera vista puedan parecerle, pues no pocos se encuentran allí como copia o imitación de los que lo son realmente.

Por lo demás, espero, mi amigo, que Vd. lo juzgará con benignidad, siquiera sea porque MARTÍN FIERRO no va de la ciudad a referir a sus compañeros lo que ha visto y admirado en un 25 de Mayo u otra función semejante, referencias algunas de las cuales, como el FAUSTO y varias otras, son de mucho mérito ciertamente, sino que cuenta sus trabajos, sus desgracias, los azares de su vida de gaucho, y Vd. no desconoce que el asunto es más difícil de lo que muchos se lo imaginarán.

Y con lo dicho basta para preámbulo, pues ni MARTÍN FIERRO exige más, ni Vd. gusta mucho de ellos, ni son de la predilección del público, ni se avienen con el carácter de

Su verdadero amigo—

JOSÉ HERNÁNDEZ.



# JUICIOS CRÍTICOS

SOBRE

## MARTIN FIERRO

---

*Sr. D. José Hernandez.*

Estimado Señor:

Hace algun tiempo, bajo el peso de un rudo golpe para mi corazón, recibí un libro suyo. Me fué imposible entonces agradecerle su atención, y estaba con el pesar de esa deuda, cuando me he encontrado con «La Vuelta de Martin Fierro».

Si tuviera el ánimo predispuesto á escribir esas cosas que solo nacen espontáneamente, sin que la voluntad mas decidida pueda engendrarlas, habría arrojado sobre el papel mas de un reflejo de las impresiones que sus estrofas han despertado en mi alma.

He ensayado y no puedo; quiero por lo ménos en esta desaliñada carta, decirle que he leído su libro, de un aliento, sin un momento de cansancio, deteniéndome solo en algunas copias, iluminadas por un bello pensamiento, casi siempre negligentemente envuelto en incorrecta forma.

Algo que me ha encantado en su estilo, Hernandez, es la ausencia absoluta de pretensión por su parte. Hay cierta lealtad delicada en el espíritu del poeta que se impone una forma humilde y que no sale de ella jamás, por mas que lo aguijoneen las galanuras del estilo. — Usted ha hecho versos

gauchezeos, no como Ascasubi, para hacer reir al hombre culto del lenguaje del gaicho, sino para reflejar en el idioma de éste, su indole, sus pasiones, sus sufrimientos y sus esperanzas, tanto mas intensas y sagradas, cuanto mas cerca están de la naturaleza.

¡Que se han vendido más de 30 mil ejemplares de su libro, me dice alguien asombrado! — Es que los versos de «Martin Fierro» tienen un objeto, un fin, casi he dicho una mision.

No hay allí la eterna personalidad del poeta, sobreponiéndose en su egoismo a la palpitación de ese corazón colectivo que se llama humanidad.

Donde hay una masa de hombres, el drama humano es idéntico. — En su «Martin Fierro» se encuentra la misma tristísima poesia, la misma filosofía desolada que en los versos de Caika Mjuni, cantados en los albores de la historia humana; ó en las estrofas de Leopardi, elevándose en el dintel de nuestro siglo como un presagio funesto para los hombres del porvenir.

Reúnase en una noche tranquila un grupo de gauchos alrededor de un fogon y léaseles, traducido por Vd. y en versos propios del alcance intelectual de esos hombres, el Otelo de Shakespeare. Tengo la profunda convicción que el espantoso estrago que los celos causan en el alma del Moro, desper-

tará una emocion mas grave en el corazon del gauchó, que en el del inglés que oye silencioso la soberbia tragedia; cómodamente arrellenado en su butaca de Queen's-Theatre.

Hace bien en cantar para esos desheredados; el goce intelectual no solo es una necesidad positiva de la vida, para los espíritus cultivados, sino tambien para los hombres que están cerca del estado de naturaleza. Un gauchó debe gozar, al oír recitar las tristes aventuras de «Martin Fierro», con igual intensidad que Vd. ó yo con el último canto del Giaour ó con las «Noches» de Musset. Y esta secreta adoracion que sentimos por esos altísimos poetas, el gauchó la sentirá por Vd., que lo ha comprendido, que lo ha amado, que lo ha hecho llorar ante los nobles arranques de su propia naturaleza, tan desconocida para él. No se puede aspirar á una recompensa mas dulce...

Lo he dicho al principio y se lo repito: su forma es incorrecta. Pero Vd. me contestará y con razon, á mi juicio, que esa incorrección está en la naturaleza del estilo adoptado. La corrección no es la belleza, aunque generalmente lo bello es correcto.

En esta estrofa por ejemplo. Habla Vd. de la mujer, de su alma siempre abierta á la caridad y agrega:

Yo alabo al Eterno Padre,  
No porque las hizo bellas.  
Sino porque á todas ellas  
Les dió corazon de madre!

Ese verso es de estirpe real, mi amigo.—Aunque la estrofa que lo precede y los dos primeros versos de aquella á la que esa cuarteta pertenece, harían la desesperacion de un retórico, la idea salva aquí todo.

Por ahí, al final, en el precioso canto de contrapunto entre Martin Fierro y un negro, encuentro otra perla, que se la transcribo de memoria. Es uno de esos versos, que una vez leídos se instalan en el recuerdo, al lado de los huéspedes mas queridos.

Habla el negro:

Bajo la frente mas negra  
Hav pensamiento y hay vida.

La gente escuche tranquila  
No me hagan ningun reproche  
Tambien es negra la noche  
Y tiene estrellas que brillan.

—¿Cuál es el canto de la noche?

La noche por cantos tiene  
Esos ruidos que uno siente  
Sin saber de donde vienen.

Y esta estrofa que califico de admirable, que bastaria para reconocer un poeta en aquel que la ha escrito, y que al mismo tiempo es una completa sinfonia,, imitativo de los vagos rumores de la noche en nuestros campos desiertos.

Son los secretos misterios  
Que las tinieblas esconden—  
Son los ecos que responden  
A la voz del que dá un grito,—  
Como un lamento infinito  
Que viene no sé de donde!

Y aquí, ante esa belleza, me acuerdo de Estanislao del Campo, que tiene en su Fausto mas de una nota arrancada á la misma fibra.

No acabaria de citar mi amigo: pero basta para manifestarle mi impresion.

Tengo curiosidad de saber qué vida habrá llevado Vd. para escribir esas cosas tan lindas y tan verdaderas, que no se trazan al resplandor de la pura y abstracta especulacion, pero que se aprenden dejando en el camino de la vida algo de si mismo: los débiles, la lana, como el carnero; los fuertes, sus entrañas, como el Pelicano...

No le digo ni la mitad de lo que quisiera; pero no he de concluir sin apretarle fuerte la mano y pedirle crea en la verdadera estimacion que siente por talento—

Su affmo. S. y amigo

*Miguel Cané.*

Marzo 12 de 1879.

«El Nacional» Buenos Aires Marzo 22 de 1879

*Señor José Hernandez.*

«Martin Fierro» es una obra y un tipo que ha conquistado su título de ciudadanía en la literatura y en la sociabilidad argentina.

Ese libro faltaba á mi biblioteca americana, y el autógrafo de su autor de que viene acompañado, le dá doble mérito.

Agradezco las palabras benévolas de que viene acompañado, prescindiendo de otras que no tienen certificado en la república platónica de las letras.

Su libro es un verdadero poema espontáneo, cortado en la masa de la vida real.

Hay en él, intencion, filosofía, vue los poéticos y bellezas descriptivas, que señalan la tercera ó cuarta forma que este género de literatura ha revestido entre nosotros

Hidalgo será siempre su Homero, porque fué el primero, y como Vd. se inspiró en su poética que ha condensado Vd. en estos dos versos:

«Porque yo canto opinando  
«Que es mi modo de cantar».

Ascasubi marchando tras sus huellas, poniendo al gaicho en presencia de la civilizacion, exaltando su amor patrio; y Estanislao del Campo haciéndolo juzgar las obras del arte y la sociedad con su criterio propio, marcan las formas intermediarias.

Respecto de mi modo de juzgar y de interpretar este género de poesia, no encontrará el ejemplo y la teoria en las composiciones y en la nota complementaria que Vd. encontrará en el libro que le remito en retribucion del suyo.

Despues que Vd. lea mi nota crítica, no extrañará que le manifieste con franqueza, que creo que Vd. ha abusado un poco del naturalismo, y que ha exajerado el colorido local, en los versos sin medida de que ha sembrado intencionalmente sus paginas, así como con ciertos barbarismos que no eran indispensables para poner el libro al alcance de todo el mundo, levantando la inteligencia vulgar al nivel del lenguaje en que se expresan las ideas y los sentimientos comunes al hombre.

No estoy del todo conforme con su filosofía social, que deja en el fondo del alma una precipitada amargura sin el correctivo de la solidaridad social. Mejor es reconciliar los antagonis-

mos por el amor y por la necesidad de vivir juntos y unidos, que hacer fermentar los odios, que tienen su causa, mas que en las intenciones de los hombres, en las imperfecciones de nuestro modo de ser social y político. Sin embargo, tal como es, creo «que no se ha de llover el rancho» en que su libro se lea.

Felicitando á Vd. por el singular éxito que ha alcanzado su libro, y que atestiguan sus numerosas y copiosas ediciones, me es grato suscribirle de usted

Su compatriota—

*Bartolomé Mitre.*

Buenos Aires, Abril 14 de 1879.

*Señor D. José Hernandez.*

Estimado Señor:

Despues de haber recibido su libro, he aguardado un dia exento de cuidados, y en el que pudiera disponer algunas horas para escribirle con detención. Veo que ese dia no llega, y no quiero quedar á descubierto por mas tiempo con Vd.

Le pido así que acepte la expresion de mi agradecimiento por el envio de su libro, que ha recorrido ya toda la América Española, y que ha sobrepasado en difusion a cualquier otro libro publicado entre nosotros.

Es inútil agregar otro comentario á este comentario esplendido de un éxito sin rival.

Soy su affmo. servidor y compatriota.

*N. Avellaneda.*

Mayo 9 de 1879.

Lima, Mayo 5 de 1879.

*Señor D. José Hernandez.*

Buenos Aires.

Muy Señor mio:

Hace años que mi difunto y excelente amigo D. Juan Maria Gutierrez me remitió la primera parte de su bellísimo «Martin Fierro» que leí con



mucho agrado. Mis poetas predilectos han sido siempre los que como Vd. hacen gala de sencillez y no andan rebuscando conceptos.

Hoy he recibido, con una amable dedicatoria de Vd. las partes primera y segunda de su libro, que enriquecerá mi modesta biblioteca americana. Doy á Vd. las gracias por el obsequio y por los benévolos elogios con que me favorece.

El delicadísimo Antonio de Trueba envidiaría á Vd. las páginas 49 y siguientes de la 2ª parte. El contrapunto entre el payador negro y «Martin» es magnífico. Igual aplauso tribute al capítulo 32 en que «Martin» aconseja a sus hijos—Allí hay filosofía sin relumbrón y verdadero sentimiento poético—Son dos cuadros de pluma de maestro.

La poesía popular que cultivaron Hidalgo y Ascasubi, está llamada á ejercer positiva influencia sobre la moralidad del pueblo. Consagrarse á ella como Vd. lo hace, es ejercer un Sacerdocio. No desmaye Vd.

Hace años que he dejado de rendir culto á las musas, por consagrarme á registrar apolillado infolios históricos. Pero siempre leo con gusto versos, cuando ellos campean el espíritu que en los de Vd. me encanta.

Reiterando á Vd. mis felicitaciones por el buen desempeño de su «Martin», me es grato ofrecérmele muy de corazón, como su amigo afectísimo.

*Ricardo Palma.*

Por conducto de la Legación Peruana, en Buenos Aires, podría Vd. mandar un ejemplar de su obra á la biblioteca, de Lima, donde hay un salón destinado solo á libros americanos: La República Argentina apenas figura con 300 volúmenes entre cerca de 4.000 correspondientes á las demás secciones. El «Nacional».—Buenos Aires, Julio 7 de 1879

*Señor D. José Hernandez*

Lima, Abril de 1880.

Primo mío y querido amigo:

Por mi hijo Julio he sabido con pena que Vd. no recibió la carta en que le daba un millon de gracias y felicita-

ciones, anunciándole haber llegado á mis manos el precioso obsequio con que Vd. me favoreció: la segunda parte de su bellissimo poema, «Martin Fierro.»

En Lima ha tenido entusiasta acogida esta publicacion, cuyas bellezas poéticas deleitaran á los lectores de todas latitudes; pero solo á nosotros, hijos de ese país mágico del fantástico lenguaje, nos será dado gustar con su deliciosísimo sabor, el colorido local de esas gráficas imágenes que hacen de este libro una serie de cuadros plásticos de sorprendente verdad.

—Estoy encantado con el «Martin Fierro» de Hernandez—dijome uno de los primeros literatos de Lima.

—Y sin embargo—respondí—para ustedes; ese hermoso poema es *Rosario en Berberie*.

—Porque?

—Porque la mitad de sus bellezas son para ustedes sanscrito; no las comprenderán—

—Pues yo las percibo muy bien.

—Error! O sino esplíqueme Vd. esta

Nos retiramos con Cruz  
A la orilla de un pajal,  
Por no pasarlo tan mal  
En el desierto infinito,  
Hicimos como un bendito  
Con dos cueros de bagual.

—Pues claro: en lo del bendito expresa la prontitud con que arreglaron las pieles de ese animal.

Y cuando le hube explicado el problema de la frase, picóse enormemente y no me ha perdonado aquella explicación.

Espero que á estas horas estará V. escribiendo otro libro como este, que es como una golosina: una vez gustado, se anhela otro semejante.

Saludamos á V., Julio y yo, y le estrechamos cordialmente la mano.

De Vd. prima y afectísima amiga.

*Juana M. Gorriti.*

*Señor D. José Hernandez*

Estimado compatriota:

Me pide Vd. un lugar en mi biblioteca para su «Martin Fierro», que ha llegado tan suavemente á su edición undécima.



Quiero antes de colocarlo con el honor debido á su bizzarria, expresar á Vd. los motivos del placer que me ha causado su héroe.

En primer lugar es hijo lejítimo de Vd., a quien profeso aprecio antiguo. Luego, él se me presenta con su garbo de jinete criollo, con la originalidad de su pintoresco lenguaje, y con el odio mas franco a la opresion.

A mi me encantan esos tipos modelados por la naturaleza, cuando sus facultades nativas no han sido alteradas aún por una civilizacion que suele ser funesta.

Compare Vd. las cualidades de los gauchos con las de los campesinos de otros países, ó con su clase proletaria, y verá Vd. que toda la ventaja está del lado de nuestra raza genuina que lleva grabado en su pecho varonil el sello de la América.

Hay en ese representante primitivo de nuestra nacionalidad, una mezcla singular de astucia y de candor. Pero domina entre los afectos de su alma la idolatría de su independencia.

La Pampa convida á la libertad. Su extension inmensa, su aire puro, no han sido creados aisladamente para los esclavos.

Pero el desierto incita tambien á la melancolia, y cuando el payador canta en la guitarra, no es extraño que sus endechas, sean tristes, no solo por los males amargos de su condicion, sino porque cede á la influencia del espectáculo que le rodea. El aislamiento aumenta esta propension, y se comprende que al caer de la tarde, aquel solitaria tal vez sus lágrimas al arroyo, cuyas aguas se deslizan como las horas de su humilde existencia.

Si no hubiese en sus costumbres y en su suerte, elementos de interes dramático, V. los habría hallado en sus inspiraciones frescas como las florecillas silvestres que matizan nuestra llanura.

Pero otra consideracion mas trascendente resalta de los versos de «Martin Fierro». Ella se liga con uno de los problemas fundamentales de la sociabilidad en el Rio de la Plata.

Las promesas de la revolucion no se han cumplido todavia para los hijos

del Pampero. El rancho de paja no basta á proteger á quien lo habita?. Quién tendrá derecho de asombrarse que un ser privado de los goces mas puros de la vida, y de cultivo intelectual, apele á su acero para defenderse, ó vengarse, y á su ágil caballo para huir?

Pero me aparto de la peligrosa corriente de tales recuerdos, para felicitar á Vd. por la pintura fiel de esa porcion poco estudiada del pueblo argentino.

Cuando Vd. describe algunas escenas, de esas que no tienen nunca mas testigos que las estrellas, ni mas coro que las aves salvajes, se sentirá tentado á las correrias agrestes, para sorprender acaso en el fondo del llano el misterio del destino de una parte no menos olvidada, que noble de la humanidad. La simpatia que despierta se aviva cuando se piensa que asistimos á su rápida extincion y cuando su asimilacion con razas exóticas cambia esa fisonomía que solo á la poesia es dado perpetuar.

Así el empeño de Vd. será saludado por la sensibilidad y por el patriotismo. Casi todos invocan los númenes mas propicios al genio en sus vuelos mas atrevidos.

Pero Vd. se ha contentado con improvisar despues del mate, dulces trovas á la sombra del amoroso ombú, d allá en la cresta de una loma. Yo envidio la fortuna con que Vd. embellece tradiciones que se perderian en medio de las perturbaciones de nuestra época, sin el talento y el corazon que les dá vida, y las graba profundamente en la literatura y en la historia.

*José Tomás Guido.*

Buenos Aires, Noviembre 16 de 1878.

*Señor D. José Hernandez.*

•

I

Mi amigo: Le prometí á Vd. últimamente manifestarle mis impresiones sobre su «Martin Fierro», y pasé á hacerlo.

Está demás anticiparle que yo me

puedo, ni debo emitir un juicio crítico acerca de ese libro con que Vd. ha enriquecido nuestra literatura Nacional.

Imagínese Vd. que á cualquiera, á H., á mí, se le ocurriera hacer algunas de esas indicaciones que se suelen dejar caer sobre un autor con todo el peso del sentimiento paternal que las inspira; (el sentimiento paternal (sic) suele traducirse en palos aplicados sin ninguna ceremonia) analizar el bagaje literario de su libro; apuntar incorrecciones; someter al bueno de «Martin Fierro» al tormento de esas mil reglas y preceptos que los críticos nunca acaban de inventar, porque esto les da eterno pretexto para disertar sobre el modo cómo se han desnaturalizado las unas ó violado las otras.

Todo esto sería música celeste. Cualquier criollo estaría tentado á responder lo que le respondió uno al caballero inglés que le preguntaba: *¿Do you know where is Cochabamba street?*—si no dijera demasiado con estas palabras: amigo es matarse; nosotros hemos leído á «Martin Fierro» en once letras diferentes.

Hé aquí, mi amigo Hernandez, el mejor juicio acerca de su libro. Once ediciones de un libro son como para llenar de orgullo á un autor en Buenos Aires. Vd. solo puede blasonar de ello. Ni la Constitución Argentina ha merecido este honor. Se ensayó dos veces en 1811, se varió en 1815, en 1817, en 1819, en 1826 y en 1853-1860: ocho publicaciones mi amigo. Su «Martin Fierro» le lleva tres todavía: y recorre á caballo la llanura, las pulperías y los ranchos, haciendo por la vida, esto es, por otras tantas ediciones.

## II

Y se va lejos, se hunde en el Sud—en ese Sud de tiernos y dolorosos recuerdos para el gaucha, donde este se deja ver, todavía arrogante y hermoso como ahora cincuenta años, cuando imponía su voluntad y su ley á todos aquellos á quienes en vano clamó, durante otros tantos años, para que lo sacaran del misero desamparo en que vivía.

Porque el gaucha,—y esto es lo que hace buscar con cierto amor todo libro que á él se refiere,—tiene su noche en nuestra historia: noche larga sin otra luz que la de las cuatro estrellas que indican ese Sud en nuestra Pampa. Su huella ha sido la del martirio abnegado,—su vida la del combate con la adversidad, su destino, el de los eternamente desheredados, su único consuelo el desierto inmenso, que siempre revivió bajo sus plantas, prodigando á su rey deventurado sus flores, sus brisas y sus aguas para que recuperara sus fuerzas, allí á la sombra del ombú, bajo el cual se levantó alguna vez su rancho de paja en que desapareció con su mujer y con sus hijos!.....

Es un poema de lágrimas que solo el Pampero ha recojido.... flores silvestres de rara fragancia que sepultó el progreso que pretendemos cimentar con remedios de civilizaciones ajenas, y que amenaza privar al gaucha hasta del consuelo de ver en un día no lejano, el espectáculo de nuestras libertades arraigadas, de nuestros derechos dignificados, de nuestra prosperidad asegurada por las que el gaucha luchó durante cincuenta años con su lanza y á caballo.

## III

Sigamos al gaucha, mi amigo, sigámoslo en esa noche tristísima para él y vergonzosa para nosotros..... Encierran misterios tan íntimos y tan mal comprendidos los senos generosos de esa Pampa, donde el gaucha nació como rey y donde apenas vivió como cuervo!..... Tanta melancolía mezclada con cierto amor á la patria que conquistamos con ellos, cae al fondo del alma al evocar el recuerdo de esa noche!.....

A principios de este siglo el gaucha con ser que ya había guerreado en nombre de su patria contra los ingleses era el mas desamparado de la suerte y de los hombres.—Después del esfuerzo de su patriotismo, solo le quedaba la inclemencia del desierto, al cual no dejaban los bienes relativos de que gozaban los hombres de las ciudades.

Requerido constantemente para



servicio militar que demandaba nuestra guerra de la Independencia ¿dónde se dió una batalla en la que el gaucho no lanceó, acuchilló, baleó y venció á los españoles, haciendo gala de ese heroísmo temerario que es el aliento poderoso de su alma, algo como carne de su carne? ¿Donde no estuvieron Güemes y Lavalle, Necochea, Balcarce, Pringles, Lamadrid, Suarez, Olavarría y tantos otros brazos armados constantemente en defensa de la República?

La Independencia se iba logrando, el bienestar se acariciaba, se comenzaba á gozar algunos bienes, y entre tanto ¿que participacion tenia el gaucho en este nuevo teatro de la democracia, que él habia contribuido á cimentar?

Ninguna: seguía siendo soldado, ni hogar, ni familia que lo ligara á la patria ingrata que lo habia engendrado para sacrificarlo, especie de Saturno que bebía sin saciarse la sangre de sus hijos.

La desgracia suele tener sus paroxismos. El alma estalla frenética desgarrando con salvaje complacencia los sentimientos que algun día le sirvieron de consuelo para borrar de sí, hasta el recuerdo de la esperanza maldita, que agotó las lágrimas y marchitó las fibras.

El infortunio del gaucho lo tuvo tambien. La ocasion le fué propicia y él la aprovechó para dar rienda suelta á sus instintos y sus furias.

Al despuntar el año 20, los gauchos recorrían el desierto en todas direcciones, para aproximarse en medio á su desventura, y librar juntos ese combate tremendo que debía perpetuarse en nuestro país hasta que triunfara la idea que ellos estamparon, sin conocerla, en las banderolas rojas de sus lanzas húmedas con sangre.

La representacion que asumían Ramirez, Lopez, Bustos y despues Facundo y Aldao en otras Provincias, la asumió Rosas en la de Buenos Aires.

Radicado en la campaña «sacrificando comodidades y dinero, haciéndose «gaucho, hablando como tal, haciendo «lo que los gauchos hacían protejiéndolos, haciéndose su apoderado, cuidando

«de sus intereses, &, &, &», segun el mismo Rosas lo ha expresado en una confianza—el descendiente de los Condes de Poblaciones fué como una Providencia que surgió de las entrañas de la Pampa en favor de los gauchos, que miraban con indecible asombro ese hombre para ellos extraordinario, y que era su propio engendro y que ya los habia hecho brillar sobre todos, conduciéndolos á ahogar la anarquía en esa ciudad de Buenos Aires, que nunca habia tenido un eco de consuelo para ellos.

Rosas llegó á ser el gran señor de la campaña. El teatro era muy vasto; pero la admiracion y el cariño hacia su persona era llevada en alas, por los gauchos, de pulpería en pulpería, donde templaban sus guitarras para cautar sus alabanzas á ese gaucho hermoso y arrogante que protegía sus hogares y los hacia felices dejándolos vivir de su trabajo al lado de sus hijos. Cómo pues el corazon de la campaña no habia de abrirse con la espontaneidad de la flor del aire para elevar á Rosas al Gobierno?

Rosas adoptó en provecho de su Gobierno fuerte, la idea en nombre de la cual los gauchos y sus jefes vinieron á atar sus potros al pié de la Pirámide de Mayo en 1820. La federacion que une á todos los argentinos bajo el glorioso pabellon de Mayo, hasido pues la venganza que tomaron nuestros gauchos. La devastacion y los males que esto ha causado antes de asentarse para siempre, están compensados con ese infortunio cruento del gaucho que tambien es hijo de esta tierra, y con el porvenir venturoso que esa federacion nos depara si sabemos perseverar en los propósitos que desde 1862, quedaran librados al patriotismo de los pueblos argentinos.

#### IV

Tal es el tipo histórico y social de su «Martin Fierro».

El ha ido desapareciendo á medida que se han ido extendiendo y perfeccionando los principios que el gaucho proclamó y sostuvo durante nuestras peregrinaciones y contiendas.

Pero su condición no ha mejorado en razon de esos progresos. Todavía lo abate su infortunio, porque todavía tenemos mucho desierto desamparado y todavía tenemos alguna barbarie enmascarada en la República.

Todavía el gaucho llora la triste suerte que le cabe en la campaña, donde subsisten para él los rigores que han desaparecido para los demas.

Estos rigores de su suerte mezquina, esta desgracia es lo que canta Vd. tomando á la Pampa como teatro y á un payador valiente y generoso como protagonista.

¿Cómo la ha hecho Vd?....(Aquí debia empezar el juicio crítico.) Ya queda dicho al principio, ya lo han dicho las once ediciones de su libro.

Permítame Vd., pues, que no añada mas á lo que, sobre el particular han dicho las personas competentes que han leído su libro, tributándole á Vd. los elogios que merece su bien cortada pluma para esta clase de literatura, tan poco explotada entre nosotros, á pesar de haber tenido precursores como Hidalgo, Lavardén y Ascasubi, Del Campo, el famoso Anastasio el Pollo y Vd., son los únicos que la han cultivado en nuestros dias. Ambos han obtenido lauros que mañana figurarán en nuestros fastos literarios como frutos ópimos del esfuerzo nobilísimo que tiende á perpetuar en nuestra historia el tipo original y esforzado del rey de los desiertos argentinos.

Son los votos de su amigo

*Adolfo Saldias.*

S/C. Noviembre 16 de 1873.

---

**El Gaucho Martin Fierro.—La vuelta de Martin Fierro.—Poemas campesinos por José Hernandez.**

A pesar de nuestra afición por la lectura, no conocíamos el primero de estos poemas, hasta hace pocos dias, en que su autor tuvo la bondad de enviárnoslo, despertando tal interés en

nuestro corazon, que inmediatamente buscamos el segundo, cuyo mérito, como obra de observacion, corre pareja con el del anterior, aun cuando no suscite la misma curiosidad, por la reproduccion de escenas análogas.

El *gaucho Martin Fierro* ha producido un fenómeno de publicidad en la República Argentina, pues sus once ediciones han alcanzado á la cifra extraordinaria de 50,000 ejemplares.

Un libro que despierta tan vivo anhelo, debe tener algun mérito escepcional, porque, de otra manera, no habia salido, como muchos que conocemos, de los anaqueles de las librerías.

El señor Hernandez ha explotado el venero inexhausto de las costumbres populares, poniendo en accion tipos nacionales, desdeñados por la generalidad de nuestros escritores, haciéndolos vivir, obrar, y sufrir en su medio social, y colocando al mismo tiempo, el dedo sobre las llagas gangrenadas que consumen á una gran parte de la familia argentina.

Martin Fierro es la personificación verdadera del gaucho de la pampa, condenado al servicio forzoso de las armas, desheredados de todos sus derechos de ciudadano perseguido por la autoridad civil, oprimido por la autoridad militar, explotado por los negociantes aventureros, aflijido por el hambre y la desnudez en los campamentos de la frontera.

Diferénciase «Martin Fierro» de otros gauchos creados por nuestra literatura, en que él no es un personaje puramente cómico, sino un héroe dramático, en el que aparecen de tiempo en tiempo, los reflejos de la gracia andaluza, manifestados por medio de un estilo pintoresco, salpicados de imágenes y de comparaciones originales en las cuales asoma un ingenio nativo, una suspicacia propia de quien está acostumbrado á desconfiar, y una inspiración silvestre, pero poética, que lo inclina á cantar alegrías y dolores.

El señor Hernandez ha querido conservar intencionalmente los defectos del lenguaje, de construccion y de métrica en los sentidos versos de su poema.

No estamos de acuerdo con su ma-



nera de entender el arte, porque oremos que la verdad no está reñida con la belleza, y que es posible conservar la originalidad de un tipo, sin herir el oído con las desafinaciones del verso incorrecto.

El ideal del arte consiste en imitar la naturaleza, mejorándola en la medida de nuestras facultades.

La obra que nos ocupa es el fruto de la observación de las costumbres campesinas, estudiadas en la estancia, en la pulpería, que es el club del gaucho, y á la luz del fogón, al rededor del cual improvisa todas las noches su hogar, aquel que no tiene un palmo de tierra propia, en la ilimitada extensión que riega con su sangre.

Por eso la expresión es vigorosa, original el giro de la frase, y nueva y hasta sorprendente, la imagen con que al parecer dá formas tangibles á sus pensamientos.

No se nos oculta que el libro del señor Hernandez contiene un peligro, que sería conveniente que el hiciera desaparecer, luego que se diera cuenta cabal de su importancia.

Aun cuando es verdad que la condición del gaucho es abominable, lo que hasta cierto punto explica sus excesos, la enumeración de sus hazañas, el elogio de su valor, ejercitado en riñas sangrientas, debiera contrapesarse, enseñándole á condenar los extravíos de su sensibilidad.

Está demostrado que las narraciones, rodeadas de circunstancias poéticas, de toda clase de crímenes, desde el suicidio hasta el duelo, y desde el duelo hasta el asesinato vulgar, producen una especie de epidemia moral, que se traduce en otras tantas ofensas á las leyes divinas y humanas, si no las multiplican.

En hora buena que se condene los abusos, y se disculpe ante los jueces que la sociedad se ha dado, los extravíos á que pueden conducir la falta de educación y las injusticias de que un hombre puede ser objeto.

Pero la misión del escritor filosófico, del moralista que pone libros en manos del pueblo, consiste en condenar no solo á quien oprime, sino al oprimido que á su vez abusa de su fuer-

za, y huyendo de sus enemigos se convierte en enemigo de sus semejantes.

El señor Hernandez, que indudablemente posee las aptitudes necesarias para hacerse escuchar, tiene una alta misión que desempeñar, ensanchando su esfera de cronista, haciéndose maestro de los gauchos que lo leen con avidez, inspirándoles aversión al puñal, repugnancia a la sangre, levantando, en una palabra, su nivel moral abriéndoles horizontes que su vista, habituada a explorar la pampa, no ha descubierto todavía.

La tarea debe comenzar por enseñarles a conocer á Dios, mostrándoles que la compañía de una buena conciencia y la esperanza en el cielo, mitigan los sufrimientos y obligan a amar a los hombres.

Su héroe, dotado de una resistencia física que supera á la de la mayor parte de los hijos de la naturaleza, sería doblemente amable y poderoso, si adquiriera esa fuerza moral que domina las pasiones, y encadena la carne al espíritu.

La oportunidad nos parece propicia para llevar á cabo un empeño tan generoso.

El perseguido, en vez de buscar asilo en las tolderías, hoy puede encontrarlo en las ciudades, en las colonias, en las tareas agrícolas que han venido á modificar las condiciones sociales de los campos dominados por el pastoreo, que convertía á los gauchos en beduinos, y a los beduinos en siervos, que ignoraban que existieran hombres buenos y compatriotas justos.

El señor Hernandez, que ha tenido el poder de hacernos derramar lágrimas con la descripción de la *tapera* del rancho de *Martin Fierro*; que ha sabido tocarnos la fibra mas delicada del sentimiento con aquella tierna despedida del vagabundo á las últimas poblaciones cristianas, está llamado á combatir con éxito las preocupaciones del gaucho contra sus paisanos de las ciudades. contra sus prójimos, blancos, negros, nacionales ó extranjeros, ahogando en su corazón el odio con las semillas del amor.

Mientras que el campesino errante.

perseguido por sus delitos, asilado entre los indios, arrojado de las tolдерías por otra ola de sangre, no manifieste al regresar á su pago, como Martin Fierro, el arrepentimiento fecundo del hombre religioso, no debe dar por terminada su labor el poeta á cuyos cantos consagramos estas líneas, hijas de la admiración é inspiradas por el deseo de verlo á la cabeza de una cruzada regeneradora.

«La América del Sur» Marzo 9 de 1879.

*El Gaucho Martin Fierro*, es tambien una lección, es decir, lo que debe ser la poesía: una moral además de un arte, so pena de ser inútil, ó peor aún, perversora. Ese poema es un pequeño curso de moral administrativa para el uso de los comandantes militares, comisarios pagadores, y cuantos tienen que hacer con el pobre gaucho. Allí están fotografiados, estigmatizados todos los malos patriotas, en imágenes verosímiles y verdaderas. Poner en la picota á los malvados, es tanto mas meritorio, cuanto de mas alto se les baja para hacer en ellos la justicia popular.

Muchas leyes y disposiciones hay tendentes á mejorar la suerte del paisano de nuestra campaña, pero dudo que ninguna sea mas eficaz que esos cuadros en que el abuso no dá contra una ley muerta sino contra una caricatura viva; porque como se ha dicho bien, «el ridículo es lo único que temen los que ya no tienen pudor ni remordimientos.» Y en este concepto estamos muy distantes de dar al autor de *Martin Fierro* el consejo que el articulista de la *Tribuna* de Montevideo. «A Montero cuando concluyó su cuadro *Los Funerales de Atahualpa* le dijeron en Florencia y por labios muy autorizados, que no pintara mas. Nosotros sin ser mas que admiradores, diríamos á Hernandez, que se perpetúe solo con *Martin Fierro*.

Nosotros le diríamos por el contrario, que á imitación de Mr. Laserre, aunque su *Martin Fierro* fuese obligado á borrar su nombre como *El Diablo*

*Rosado* de aquel, sigue su ejemplo publicando *El Hijo, El Nieto y el Biznieto* de este *Diablo Rosado* destinado á hacer que no roben al paisano, que no lo traten como á bestia de carga, que respeten en él al ciudadano y al hermano ya que no al hombre de corazón y al valiente.

Esa es la gran misión de la poesía: la mejora moral. Y por fijarnos solo en el género de la poesía de «Martin Fierro», esa fué la regla de su fundador, que no lo es Ascasubi, como pretende el articulista de *La Tribuna* de Montevideo, sino Hidalgo, segun puede verse por sus bellos versos en la *Lira Argentina* impresa en Londres en 1824, si bien Ascasubi y Estanislao del Campo han cultivado con ventaja al género, lo mismo que hoy Hernandez.

Si, siga haciendo cuadros como éste, que son la pura verdad en boca de *Martin Fierro*:

Y andábamos de mugrientos,  
Que el mirarnos daba horror;  
Les juro que era un dolor  
Ver esos hombres, ¡por Cristol  
En mi perra vida he visto  
Una miseria mayor.

Yo no tenía ni camisa  
Ni cosa que se parecía;  
Mis trapos solo pa yesca  
Me podían servir al fin....  
No hay plaga como un fortín  
Para que el hombre padezca.

Poncho, jergas, el apero,  
Las prenditas, los botones,  
Todo, amigo, en los cantones  
Fué quedando poco á poco;  
Ya me tenían medio loco  
La pobreza y los ratones.

Solo una manta peluda  
Era cuanto me quedaba—  
La habia agenciado á la taba  
Y ella me tapaba el bulto—  
Yaguané que allí ganaba  
No salía.... ni con indulto.

Y pa mejor hasta el moro  
Se me jué de entre las manos—  
No soy lerdio.... pero hermano,  
Vino el Comendante un día  
Diciendo que lo queria  
«Pa enseñarle á comer grano.»

.....  
¿Quién es el gaucho? He aquí su retrato, por el que cualquiera lo reconoce al momento: he aquí el formidable

ble cargo contra los que han podido y debido tratar á los hijos del país al menos como á los inmigrantes.

«El nada gana en la paz  
Y es el primero en la guerra—  
No le perdonan si yerra,  
Que no saben perdonar,—  
Porque el gaucho en esta tierra  
Solo sirve pa votar.

Para él son los calabozos,  
Para él las duras prisiones,  
En su boca no hay razones  
Aunque la razón le sobre;  
Que son campanas de palo  
Las razones de los pobres.

Si uno aguanta, es gaucho bruto—  
Si no aguanta, es gaucho malo—  
Déle azote, déle palo!  
Porque es lo que él necesitall—  
De todo el que nació gaucho  
Esta es la suerte maldita.

Complementan el cuadro porcion de pinceladas de mano maestra sobre la vida y los sentimientos del gaucho; por ejemplo, entre otras muchas para las que no hay ya espacio en estas páginas:

«Yo no tengo en el amor  
Quien me venga con querellas;  
Como esas aves tan bellas  
Que saltan de rama en rama—  
Yo hago en el trébol mi cama.  
Y me cubren las estrellas.

.....

Ninguno me hable de penas  
Porque yo pensando vivo  
Y naides se muestre altivo  
Aunque en el estribo esté  
Que suele quedarse á pié  
El gaucho mas álvértido.

Junta esperencia en la vida  
Hasta pa dar y prestar,  
Quien la tiene que pasar  
Entre sufrimiento y llanto;  
Porque nada enseña tanto  
Como el sufrir y el llorar

Viene el hombre ciego al mundo  
Cuartiándolo la esperanza,  
Y á poco andar ya lo alcanzan  
Las desgracias á empujones;  
¡Ju! pucha! que trae liciones  
El tiempo con sus mudanzas!

En resumen: tal vez *Aniceto el Gallo* tiene mas verbosidad gaucha; *Anastasio el Pollo* mas estética para nosotros que entendamos su inmortel *Fausto*; pero

*Martin Fierro* piensa mas como el gaucho, y los gauchos encontrarán siempre que si se ha hecho pueblera y á veces su fraseología podría dejar que desear algo, su corazon y su espíritu están saturados indeleblemente de los dolores y de las injusticias con que la civilizacion por no ser todavía bastantemente cristiana, ha perseguido á la barbarie por ser demasiado débil.

«La Biblioteca Popular» de Buenos Aires, dirigida por el Dr. Miguel Navarro Viola.

## MARTIN FIERRO

Jamás obia alguna ha alcanzado en nuestro país tan extraordinaria popularidad y no menor triunfo que el que ha alcanzado este poema del Sr. D. José Hernandez, su autor.

Los diarios de Buenos Aires, nos hacen saber que se ha publicado la undécima edicion, enriquecida con los variados juicios críticos que se han escrito por personas competentes sobre esta obra, edicion que viene ademas adornada con varias láminas y con el retrato de su autor, el Sr. Hernandez.

Jamás tampoco, se habrá publicado un libro que á la vez que conquistaba tanta popularidad, consiguiese despertar tanto interés y simpatia, al extremo de agotarse completamente la décima edicion que se habia hecho de esa obra, y de que la undécima que acaba de hacerse se haya solicitado y disputado con interés por algunas librerías de Buenos Aires.

Pero no es esto solo lo que prueba la gran popularidad ó interés que ha despertado este poema.

«Martin Fierro» ha cruzado el Océano, con su inmensa fama y popularidad, y alcanzado otros triunfos en Europa, en donde se ha publicado en varios periódicos precedido de grandes elogios.

Allí, como aquí también, notables críticos se han ocupado de este poema en que el autor tan bien ha sabido copiar al hombre de nuestra campaña, cantando sus dolores y desventuras.



como sus alegrías con tanta exactitud y belleza, que es imposible dejar de leerlo mas de una vez.

No es pues de extrañar que, con tal popularidad, la nueva edición que acaba de hacerse por la librería «La Nueva Maravilla» de Buenos Aires, alcance tambien el mismo resultado que los anteriores.

A lo dicho podriamos agregar, que el señor Hernandez, tiene ya concluida la segunda parte de este poema, es decir «La vuelta de Martin Fierro del Desierto» cuya publicación debe hacer en breve.

A qué decir el interés con que ha de ser leída y buscada esta segunda parte de «Martin Fierro»?

«La Capital».—Rosario, Octubre 11 de 1878.

Sr. D. José Hernandez.

Estimado Señor y amigo:

He leído y releído con placer la original y preciosa historia de *Martin Fierro*, con que ha tenido la bondad de obsequiarme.

Es una bellísima obra, y lo mejor que he visto en su género.

Su lectura, interesante por la verdad de los cuadros, por la sencillez y naturalidad de la narración, por la ternura del sentimiento, por la propiedad del colorido, nada deja que desear al lector ilustrado, ó cuyo gusto no esté pervertido por las de las novelas inmorales y absurdas de que está plagada nuestra sociedad.

*Martin Fierro*, es una creación verdadera, de que debe enorgullecerse la literatura de su país, y que acaso no será comprendida, ni estimada en lo que vale, porque no debe su existencia á un nombre inglés, francés ó yankee, á unos de esos nombres de celebridad acaso inmerecida, pero ruidosa, que atestan el mundo de necedades, y que el mundo recoge y aplaude como si fueran bellezas reales.—Por qué esta fatalidad? porque nadie se cree ilustrado si no habla de lo que no entiende, si no aplaude lo que es desatinado y ab-

surdo, pero que tiene el raro mérito de haber nacido muy lejos del país, y de autor estrepitoso y extranjero.

Los yankees nos dieron á este respecto un ejemplo digno de imitación, pero que por ser bueno no imitaremos.

Tuvieron un escritor nacional, Fenimore Copper, que con sus sencillas novelas dió impulso á su naciente literatura. Esas novelas, puramente locales, y destituidas de la intriga del argumento y del brillante estilo que caracteriza á las francesas, entre nosotros, hubiesen muerto; entre los yankees vivieron!!

Los yankees tuvieron el buen sentido de comprender su mérito, de mirarlos como parte de su genio y de su gloria, de honrarse y de enorgullecerse con ellas, y elevándose á la categoría de bellas obras, las esparcieron por todos los países; y hoy, esas novelas al parecer tan simples y modestas ocupan un lugar distinguido en todas las bibliotecas públicas y particulares de los dos continentes.

¿Y de qué trataban esas novelas? precisamente de lo que trata *Martin Fierro*; de la naturaleza, de la vida, del carácter y costumbres de un pueblo nuevo—¿Y valen mas los cuadros de esa naturaleza, de esa vida, de esas costumbres trazó la pluma educada de Fenimore Copper, en prosa, que lo que la inculta de *Martin Fierro* traza con tan graciosos y sencillos versos? Nó! ¿Porqué entonces esa diferencia? Porque Copper nació en un país donde se tiene orgullo en ser yankee, y en preferir lo propio á lo ageno; y *Martin Fierro* en otro, en donde se tiene orgullo en ser necio; donde casi es vergüenza haber nacido en él, y en donde se desdeña lo de casa por bueno que sea, para tomar y aplaudir lo ageno aunque no valga nada.

Este triste y doloroso paralelo entre la suerte de lo nuestro y de lo ageno, me indujo á leerlo de nuevo, temiendo que la sorpresa de la novedad en el primer momento hubiera exajerado mis apreciaciones, pero estas se robustecieron, y me dieron por resultado las siguientes, que someto al criterio de cuantas personas sensatas lo vean.



*Martin Fierro* no solo es un tipo característico de la población semi-nómada de la República Argentina, ó sea de la base de su nacionalidad, puesto que es la mas numerosa, que con ella se obtuvo su independencia, con ella se cuenta para mantenerla, y con ella se guardan las fronteras contra los indios, motivo mas que suficiente para que tuviera las simpatías de todas las gentes ilustradas; sino que es tambien otra cosa mas elevada—Para el vulgo, para los que no comprenden lo que leen—y entre estos hay mucha gente de pró—solo es una historia gauchesca, buena cuando mas para ser cantada en las pulperías y fogones de campaña, pero indigna de ocupar por un momento los ócios de las altas y serias inteligencias, que con su vanidad y su ignorancia honran y dirijen el país.

Para estas gentes, que con decir:—«los gauchos no inventaron el vapor, ni el telégrafo (cosas que tampoco inventaron ellos), los gauchos se van»—creen haberlo dicho todo, *Martin Fierro* no tiene ni puede tener importancia, pero para los que saben leer, para los que comprenden lo que leen, la tiene y grande.

Para estos es, primero y antes que todo un gran pensamiento humanitario, una lección de Gobierno administrativo, que todo hombre verdaderamente serio é ilustrado, debe tomar.

*Martin Fierro* pertenece á esa clase desventurada que en la República Argentina ha sustituido á la negra, extinguida ya, en los trabajos y sacrificios de sangre y de vida, en beneficio exclusivo de las mas elevadas ó mas ambiciosas de la sociedad.

Cuando hubo que pelear por la independencia nacional, ella lo hizo, y con su sangre la conquistó! Ya obtenida, vinieron las guerras extrajerasy volvió á derramarla mientras duraron. Terminadas éstas, y mientras otras no vienen, es el guardian exclusivo de las fronteras, donde diariamente se halla á brazos con el hambre, la miseria y los indios; guardando las fortunas de los grandes hacendados, y la riqueza pública, y este es el mas penoso y terrible de los tributos que paga á una

organización social, por la cual se sacrifica, y de la que no recibe por recompensa, mas que tropelías, insultos y desprecios.

¿Hay que reforzar la guarnición de la frontera? Se hace una arreada de estos desgraciados, ni mas ni menos que como en otro tiempo se hacían las correrías de las yegadas y ganados baguales. Se les acechan como á bestias, en las reuniones, en las carreras, en los bailes, y se cae repentinamente sobre ellos. Los mas diestros ó previsores, escapan; pero el mayor número queda, y sin atender á súplicas, ni á miramientos de razón ó de justicia, los arrancan á los brazos de sus mujeres, de sus hijos, á sus pocos bienes que quedan perdidos, y reuniéndolos á otros tomados del mismo modo, los llevan á las fronteras.

Es preciosísima la descripción que hace de la cacería en que lo agarraron y de la que solo daremos como muestra, la 1<sup>a</sup>, 2<sup>a</sup> y 6<sup>a</sup> estrofas:

Cantando estaba una vez  
En una gran diversion;  
Y aprovechó la ocasion  
Como quizo el Juez de Paz.—  
Se presentó, y ahí no mas  
Hizo una arriada en monton.

Juyeron los mas matreros  
Y lograron escapar—  
Yo no quise disparar—  
Soy manso—y no había por qué—  
Muy tranquilo me quedé  
Y ansí me dejé agarrar.

Formaron un contingente  
Con los que en el baile arriaron—  
Con otros nos mesturaron  
Que habían agarrao tambien—  
Las cosas que aquí se ven  
Ni los diablos las pensaron.

¿Es razonable, es digno este modo modo de proceder?

¿Hay equidad, hay justicia en hacer pesar exclusivamente sobre estos desventurados, un servicio que debía pesar igualmente sobre todos los ciudadanos ó que mejor aun, debía ser hecho por tropas de línea?

¿Hay equidad, hay justicia, en tenerlos indefinidamente en la frontera, donde cuando no mueren, ó huyen, se envejecen, mientras sus familias se di-

suelven, y sus pocos bienes se pierden? hay dignidad, hay justicia, en tenerlos sin paga y hambrientos en desiertos inhospitalarios, donde el sol los abrasa, el frio los hiela y el indio los diezma?

Pero, ¿es solo esto lo que sufre el pobre paisano? Nó! hay algo que es mucho peor, y es el trato bárbaro, inhumano que reciben de su gefes, de los cuales son, no soldados, sino esclavos.

Y qué Indios—ni qué servicio  
Si allí no había cuartel—  
Nos mandaba el Coronel  
A trabajar en su chacras,  
Y dejábamos las vacas  
Que las llevara el Infiel.

Yo primero sembré trigo  
Y despues hice un corral,  
Corté adobe pa un tapial  
Hice un quíncho, corté paja....  
La pucha que se trabaja  
Sin que le larguen ni un rial.

Y es lo pior de aquel enriedo  
Que si uno anda hinchando el lomo  
Se le apean como plomo..  
¡Quien aguanta aquel infierno!

.....

Pero aun hay mas, y es que ocupándolos en estos trabajos, ni los arman, ni los instruyen, ni los disciplinan, de modo que cuando los bárbaros llegan, se encuentran tan nulos y tan incapaces de medirse con ellos, como lo estaban al dejar sus familias, lo cual explica esas continuas y sangrientas derrotas.

¿Es digno de un pueblo culto, es honroso para un gobierno que se dice ilustrado, que esto suceda?

Y no hay que decir que el pueblo y el Gobierno lo ignoran, pues hasta los ciegos y sordos lo saben. ¿Por qué sucede, pues? porque el pueblo culto sumergido en la molición y los goces, mira con apatía, con culpable indiferencia las lagrimas y los sufrimientos que corren y se padecen en lo que llaman fango de la sociedad; y á los que gobiernan, les es corto el tiempo para las exigencias de la fortuna y de la vanidad. ¡Los Presidentes, los Ministros, ocuparse de los dolores, de los infortunios de tales gentes! sería asqueroso; indigno de su carácter y de su ilustración!

*Martin Fierro* al contar sus desdichas, las tropelías é injusticias de que es victima, y que lo arrojan á la vagancia y al crimen, cuenta las de toda su raza, y las cuenta de un modo que las hace ver y palpar.

Tuve en mi pago en un tiempo  
Hijos, hacienda y mujer,  
Pero empecé á padecer  
Me echaron á la frontera,  
¡Y que iba á hallar al volver?  
Tan solo hallé la tapera.

.....

Aparcero! si usted viera  
Lo que se llama canton....  
Ni envidia tengo al raton  
En aquella ratonera—

De los pobres que allí habla  
A ninguno lo largaron.  
Los mas viejos resongaron  
Pero á uno que se quejó,  
En seguida lo estaquiaron  
Y la cosa se acabó.

En la lista de la tarde  
El Gefe nos cantó el punto,  
Diciendo: «quinientos juntos  
«Llevará el que se resiente,  
«Lo haremos pitar del juerte  
«Mas bien dése por juntos».

.....

Y qué Indios—ni qué servicio,  
Allí no había ni Cuartel—  
Nos mandaba el Coronel  
A trabajar en sus chacras  
Y dejábamos las vacas  
Que las llevara el Infiel.

Yo primero sembré trigo  
Y despues hice un corral.  
Corté adobe pa un tapial,  
Hice un quíncho, corté paja....  
La pucha que se trabaja  
Sin que le larguen ni un rial.

Y es lo pior de aquel enriedo  
Que si uno anda hinchando el lomo  
Se le apean como un plomo....  
¡Quien aguanta aquel infierno!

.....

Y andábamos de mugrientos  
Que el mirarnos daba horror;  
Les juro que era un dolor  
Ver esos hombres, por Cristol  
En mi perra vida he visto  
Una miseria mayor.

Yo no tenía camisa  
Ni cosa que se parezca;  
Mis trapos solo da vezca

Me podían servir al fin....  
No hay plaga como un fortín  
Para que el hombre padezca.

Poncho, jergas, el apero,  
Las prenditas, los botones,  
Todo, amigo, en los cantones  
Jué quedando poco a poco,  
Ya me tenían medio loco  
La pobreza y los ratones.

Solo una manta peluda  
Era cuanto me quedaba,  
La habia agenciado a la taba  
Y ella me tapaba el bulto—  
Yaguane que allí ganaba  
No salia.... ni con indulto.

Y pa mejor hasta el moro  
Se me jué de entre las manos—  
No soy lerdo.... pero hermano  
Vino el comandante un día  
Diciendo que lo queria  
«Pa enseñarle á comer grano».

Afigúrese cualquiera  
La suerte de este su amigo,  
A plé y mostrando el umbigo.  
Estropiao, pobre y desnudo,  
Ni por castigo se pudo  
Hacerse mas mal conmigo.

Ansi pasaron los meses  
Y vino el año siguiente,  
Y las cosas igualmente  
Siguieron del mismo modo—

.....  
.....

Entre cuatro bayonetas  
Me tendieron en el suelo—  
Vino el mayor medio en pedo  
Y allí se puso á gritar,  
«Picaro, te he de enseñar  
«A andar reclamando seldosa».

De las manos y las patas  
Me ataron cuatro cinchones—  
Les aguanté los tirones  
Sin que ni un ay! se me oyera.

.....  
.....

*Martin Fierro* nos cuenta en estos versos con un candor, con una verdad admirables, el origen y desarrollo de sus desdichas, la causa primera y única de su vagancia y sus delitos.

Tenia rancho, hacienda, mujer, hijos, y era feliz.—La autoridad lo arranca de su hogar, lo arrebató á sus afecciones, lo lleva á la frontera, al desierto, al frío, á los tormentos, á los peligros, para que con su valor y su sangre defienda la sociedad, siempre agredida, ó amenazada por los indios.

Lo llevan prometiéndole alimentos, ropa, paga, y libertad á los seis meses de servicio.—En vez de alimento, encuentra hambre; en vez de ropa desnudez y frío; en vez de paga, palos y estaqueadas; y en vez de seis meses, se pasan mas de seis años sin que se piense de volverlo á su familia.

Desesperado con su esclavitud y su miseria, huye de una tiranía insostenible, de un servicio que habia ultrapasado los limites del deber y de la justicia, y vuela á su rancho, á los brazos de su mujer y de sus hijos. Parte el corazón el relato de lo que encuentra.

Volvia al cabo de tres años  
De tanto sufrir al nudo,  
Resertor, pobre y desnudo—  
A procurar suerte nueva—  
Y lo mismo que el peludo  
Enderecé pa mi cueva.

No hallé ni rastro del rancho—  
Solo estaba la tapera!  
Por Cristo, si aquello era  
Pa enlutar el corazón—  
Yo juré en esa ocasion  
Ser mas malo que una fiera!

¡Quién no sentirá lo mismo  
Cuando ansi padece tanto!  
Puedo asegurar que el llanto  
Como una mujer largué—  
Ay! mi Dios—si me quedé  
Mas triste que Jueves Santo.

Solo se oían los aullidos  
De un gato que se salvó,  
El pobre se guareció  
Cerca, en una viscachera—  
Venía como si supiera  
Que estaba de güelta yo.

Al dirme dejé la hacienda  
Que era todito mi haber—  
Pronto debíamos volver  
Segun el juez prometia,  
Y hasta entonces cuidaria  
De los bienes, la mujer.

.....  
.....

Despues me contó un vecino  
Que el campo se lo pidieron—  
La hacienda se la vendieron  
En pago de arrendamientos,  
Y qué sé yo, cuantos cuentos,  
Pero todo lo fundieron.

Los pobrecitos muchachos  
Entre tantas afliciones  
Se conchavaron de piones  
¡Mas qué iban á trabajar,  
Si eran como los pichones  
Sin acabar de emplumar!



Por ahí andaran sufriendo  
De nuestra suerte el rigor:  
Me han contado que el mayor  
Nunca dejaba á su hermano—  
Puede ser que algun cristiano  
Los recoja por favor.

Y la pobre mi mujer  
Dios sabe cuanto sufrió!  
Me dicen que se voló  
Con no sé qué gavilan—  
Sin duda á buscar el pan  
Que no podía darle yo.

No es raro que á uno le falte  
Lo que á algun otro le sobre—  
Si no le quedó ni un cobre  
Sino de hijos un enjambré,  
Qué mas iba á hacer la pobre  
Para no morirse de hambre!

¡Tal vez no te vuelva a ver,  
Prenda de mi corazón!  
Dios te dé su protección  
Ya que no me la dió a mí—  
Y á mis hijos dende aquí  
Les echo mi bendición.

Como hijitos de la cuna  
Andarán por ahí sin madre—  
Ya se quedaron sin padre  
Y así la suerte los deja,  
Sin naides que los proteja  
Y sin perro que les ladre.

Los pobrecitos tal vez  
No tengan ande abrigarse,  
Ni ramada ande ganarse,  
Ni rincón ande meterse,  
Ni camisa qué ponerse,  
Ni poncho con qué taparse.

Tal vez los verán sufrir  
Sin tenerles compasión—  
Puede que alguna ocasión  
Aunque los vean tiritando,  
Los echen de algun jogón  
Pa que no estén estorbando.

Estos versos tan naturales, tan sentidos, que parecen escritos con lágrimas; estas quejas tan tiernas, tan patéticas, y que harían llorar a las piedras, si las tuvieran: ¿no dicen nada al corazón ni á la inteligencia de las gentes que se llaman ilustradas, de los hombres que gobiernan y hacen las leyes? ¿No conmovieron a los que tienen el poder y el deber de poner término a tales atrocidades, á tales sufrimientos? Probablemente nó, porque *Martin Fierro* es un bárbaro, un gaucho que se vá.

—¿Qué importa entonces que haya nacido en el país, que haya derramado su sangre defendiéndolo contra los extranjeros ó los indios, que la haya de-

rramado en las contiendas civiles en defensa de su gobierno, de libertades y leyes, de que gozarán otros, pero de que él jamás gozará? ¿quién es él para interrumpir con sus penas los placeres y el sosiego de un hombre ilustrado, de un hombre del poder? ¿qué importa su llanto sus desgracias, si la sociedad, si los gobiernos están á demasiada altura para fijarse en los dolores, en los infortunios que yacen a sus piés?

*Martin Fierro* busca á su mujer, á sus hijos y no los encuentra. Durante su ausencia, la hacienda que habia dejado fué disipada por los acreedores y la autoridad; la mujer y los hijos, desnudos y hambrientos, se dispersaron, y el lugar donde tres años antes existia una familia feliz, solo tiene por recuerdos una tapera arruinada y los maullidos de un gato!

¡Cuánto sentimiento, cuánto color, cuánta poesia!

Pero la medida de sus infortunios no estaba aún colmada; era desertor, se vé perseguido como vago y tiene que huir.

De carta de mas me via  
Sin saber á donde dirme;  
Mas dijeron que era vago  
Y entraron á perseguirme.

Nunca se achican los males,  
Van poco á poco creciendo,  
Y ansina me vide pronto  
Obligado á andar jugando.

Sin familia, sin bienes, sin hogar, y perseguido como vago, halla refugio en la pulperia y el pajonal; se hace nómada y camorrista, frecuenta las *mitlongas*, y pelea y mata, porque destruidos los lazos que lo unian á la sociedad, su miseria, la persecucion que se le hace, y el continuo peligro en que se encuentra, han borrado de su mente toda idea de sociabilidad, y despertado en él los instintos del desierto, la soledad, la independencia y el desprecio de la vida propia, como de la ajena.

Tales son las consecuencias que un detestable sistema de Gobierno y de administracion produce en las provincias argentinas del Oeste del Plata, y por eso dijimos, que *Martin Fierro* era antes que todo una lección mo-

ral de Gobierno administrativo.»—Póngase termino á ese insufrible desórden, cámbiese ese cruel y vergonzoso sistema, y centenares de infelices dejaran de ir á engrosar las hordas salvajes llevándose el contingente de su valor y desesperacion.

Pero *¿Martin Fierro* es solo un pensamiento humanitario, una leccion moral de Gobierno administrativo, bellamente dada bajo las quejas del dolor, bajo los acentos del infortunio? No! *Martin Fierro* es tambien la personificacion de su raza, la mas perfecta que hasta ahora se ha conocido, y que probablemente no tendrá superior, y en este concepto es un monumento típico que honra la literatura argentina.

»*Martin Fierro* no es un gaucho sabio, un gaucho apócrifo, do esos que nos marean con sus gracejos vulgares y con la crítica que hacen de una sociedad que no conocen—*Martin Fierro* es un gaucho legítimo, que solo habla, pero bien, de lo que entiende, y que contándonos su historia, nos hace ver y comprender esos hombres tan numerosos, tan esparcidos en la base de la sociedad argentina, de quienes todo el mundo habla, pero que muy pocos conocen.

Hijo legítimo de las llanuras, nacido sobre el caballo, criado al aire libre, tiene en alto grado todas las calidades y todos los instintos del hombre de la naturaleza; es jinete, pastor, soldado, poeta y nómada; así sus cuadros son animados y tienen el colorido y la expresion de la verdad.

Jinete, recuerda con fuego y con brio las escenas del domador.

Y allí el gaucho inteligente  
En cuanto el potro enriendó,  
Los cueros le acomodó  
Y se le sentó enseguida,  
Que el hombre muestra en la vida  
La astucia que Dios le dió.

Y en las playas corcobiando  
Pedazos se hacía el sotreta  
Mientras él por las paletas  
Le jugaba las lloronas,  
Y al ruido de las caronas  
Salía haciendo gambetas.

Ah! tiempo!.. si era un orgullo  
Ver ginetear un paisano—  
Cuando era gaucho baquiano

Aunque el potro se boliase  
No había uno que no parase  
Con el cabresto en la mano.

• Pastor, pinta con igual animacion  
la vida á la vez sosegada y activa de  
la estancia, sus trabajos y sus goces.

Y apenas la madrugada  
Empezaba á coloriar,  
Los pájaros á cantar,  
Y las gallinas á apiarse,  
Era cosa de largarse  
Cada cual á trabajar.

Este se ata las espuelas,  
Se sale el otro cantando,  
Uno busca un pello blandito,  
Este un lazo, otro un rebenque,  
Y los pingos relinchando  
Los llaman dende el palenque.

.....  
.....

Y mientras domaban unos;  
Otros al campo salian,  
Y la hacienda recogian,  
Las manadas repuntaban,  
Y así sin sentir pasaban,  
Entretenidos el dia.

Y verlos al cair la noche  
En la cocina riñidos,  
Con el juego bien prendido  
Y mil cosas qué contar,  
Platicar muy divertidos  
Hasta despues de cenar.

Y con el buche bien lleno  
Era cosa superior  
Irse en brazos del amor  
A dormir como la gente;  
Pa empezar al dia siguiente  
Las fainas del dia anterior.

Ricuerdo: ¡Qué maravilla!  
Como andaba la gauchada  
Siempre alegre y bien montada  
Y dispuesta pa el trabajo...  
Pero hoy en el dia...barajo!  
No se le vé de aporriada.

El gaucho mas infeliz  
Tenia tropilla de un pelo,  
No le faltaba un consuelo  
Y andaba la gente lista...  
Tendiendo al campo la vista,  
Solo via hacienda y cielo.

Cuando llegaban las yerras,  
¡Cosa que daba calor!  
Tanto gaucho pialador  
Y tironiador sin yel—  
Ah! tiempo! ....pero si en él,  
Se ha visto tanto primor.

Aquello no era trabajo,  
Mas bien era una juncion,  
Y despues de un güen tiron

En que uno se daba maña,  
Pa darle un trago de caña  
Solia llamarlo el patron.

Soldado, describe al natural los ataques y entreveros con los indios, con una verdad y colorido sin rival.

Se vinieron en tropel  
Haciendo temblar la tierra  
No soy manco pa la guerra  
Pero tuve mi jabon,  
Pues iba en un redomon  
Que habia boliao en la sierra.

Qué vocerío! qué barullo!  
Qué apurar esa carrera!  
La indiada todita entera  
Dando alaridos cargó—  
Jué pucha...y ya nos sacó  
Como yeguada matrera.

Qué fletes traiban los bárbaros!  
Como una luz de lijeros—  
Hicieron el entrevero  
Y en aquella mescolanza,  
Este quiero, este no quiero.  
Nos escojian con la lanza.

Al que le dan un chuzazo,  
Difíciloso es que sane,  
En fin, para no echar panes.  
Sálimos por esas lomas,  
Lo mesmo que las palomas,  
Al juir de los gavilanes.

Es de almirar la destreza  
Con que la lanza manejan!  
De perseguir nunca dejan—  
Y nos traiban apretaos,  
Si queríamos de apuraos  
Salimos por las orejas.

Y pa mejor de la fiesta  
En ésta aflicion tan suma,  
Vino un Indio echando espuma,  
Y con la lanza en la mano  
Gritando «Acabau, cristiano  
Metau el lanza hasta el pluma.»

Tendido en el costillar  
Cimbrando por sobre el brazo  
Una lanza como un lazo  
Me atropelló dando gritos—  
Si me descuido..... el maldito  
Me levanta de un lanzazo.

Si me atribulo, ó me encojo  
Siguro que no me escapo:  
Siempre he sido medio guapo  
Pero en aquella ocasion,  
Me hacia buya el corazon  
Como la garganta al sapo.

Dios le perdone al salvaje  
Las ganas que me tenia...  
Desaté las tres marías  
Y lo engatusé á cabriolas...  
Pucha... si no traigo bolas  
Me achura el Indio ese día.

Poeta es incorrecto y verboso, pero claro, verdadero y expresivo.—Su narracion esmaltada y embellecida por las metáforas ó imágenes que emplea, es unas veces indolente y perezosa, animada y rápida otras; pero siempre sencilla, siempre verdadera, siempre melancólica.

Su vena, abundante, fácil y grata, es inagotable; como él mismo lo dice,—  
«las coplas le brotan como agua de manantial.»

Aquí me pongo á cantar  
Al compás de la vigüela.  
Que el hombre que lo desvela  
Una pena estraordinaria,  
Como la ave solitaria  
Con el cantar se consuela.

Pido á los Santos del Cielo  
Que ayuden mi pensamiento,  
Les pido en este momento  
Que voy á cantar mi historia  
Me refresquen la memoria  
Y aclaren mi entendimiento.

Vengan Santos milagrosos,  
Vengan todos en mi ayuda,  
Que la lengua se me afunda  
Y se me turba la vista;  
Pido á mi Dios que me asista  
En una ocasión tan ruda.

.....  
.....

Cantando me he de morir,  
Cantando me han de enterrar,  
Y cantando he de llegar  
Al pié del Eterno Padre—  
Dende el vientre de mi madre  
Vine á este mundo á cantar.

Que no se trabe mi lengua  
Ni me falte la palabra—  
El cantar mi gloria labra  
Y poniéndome á cantar,  
Cantando me han de encontrar  
Aunque la tierra se abra.

Me siento en el plan de un bajo  
A cantar un argumento—  
Como si soplara un viento  
Hago tiritar los pastos—  
Con oros, copas y bastos  
Juega allí mi pensamiento.

Yo no soy cantor letrao,  
Mas si me pongo á cantar  
No tengo cuando acabar  
Y me envejezco cantando,  
Las coplas me van brotando  
Como agua de manantial.



Con la guitarra en la mano  
Ni las moscas se me arriman,  
Naidés me pone el pié encima,  
Y cuando el pecho se entona,  
Hago gemir á la prima  
Y llorar á la bordona.

No puede darse nada más acabado  
como prueba de abundancia y de fa-  
cilidad.

Cuando describe, pinta, y sus cua-  
dros son vivos y animados como la  
naturaleza misma.

Yo he conocido esta tierra  
En que el paisano vivía  
Y su ranchito tenía  
Y sus hijos y mujer....  
Era una delicia el ver  
Cómo pasaba sus días.

Entonces....cuando el lucero  
Brillaba en el cielo santo,  
Y los gallos con su canto  
Nos decían que el día llegaba,  
A la cocina rumbiaba  
El gaucho que era un encanto.

Y sentao junto al jogon  
A esperar que venga el día,  
Al cimarron le prendía  
Hasta ponerse rechoncho  
Mientras su china dormía  
Tapadita con su poncho.

Venía la carne con cuero,  
La sabrosa carbonada,  
Mazamorra bien pisada  
Los pasteles y el glíen vino....  
Pero ha querido el destino,  
Que todo aquello acabara.

No me faltaba una guasca  
Esa ocasion eché el resto:  
Bozal, maniador cabresto,  
Lazo, bolas y manea....  
¡El que hoy tan pobre me vea  
Talvez no crerá todo esto!

Todo esto es bellísimo; pensamiento,  
descripción, versificación. El recuerdo  
del tiempo pasado, la madrugada, la  
oomilona, y el cadoso recuerdo de  
las guascas que constituían sus rique-  
zas, son preciosidades que enternecen,  
que encantan y trasportan al lector á  
la estancia, al rancho, á la yerra, á

todas esas escenas sencillas y tocantes  
que hacen la felicidad del paisano y  
su familia—felicidad real porque está  
en la naturaleza y que solo *Martin  
Fierro* ha sabido pintar con sus ver-  
daderos colores.

Por lo que á mí hace, puedo decir  
que no he visto en las mejores des-  
cripciones de Walter Scott y de Fe-  
nimore Cooper, nada que iguale á la  
sencillez, naturalidad y belleza de éstas.

Tiene todavía en este género, y en-  
tre un cúmulo de bellezas en que es  
difícil elegir, un cuadro sin rival, en  
que compiten la grandeza de la es-  
cena, con la grandeza del terror, en  
que todo es bello, todo es tremendo;  
tremendo el espanto, tremendo el pa-  
vor que inspira. Este cuadro es el  
malon del Indio.

Allí, si, se ven desgracias  
Y lágrimas, y aflicciones,  
Naide le pida perdones  
Al Indio—pues donde entra  
Roba y mata cuanto encuentra  
Y quema las poblaciones.

No salvan de su juror  
Ni los pobres angelitos;  
Viejos, mozos y chiquitos  
Los mata del mismo modo—  
Que el Indio lo arregla todo  
Con la lanza y con los gritos.

Tiemblan las carnes al verlo  
Volando al viento la cerda—  
La rienda en la mano izquierda  
Y la lanza en la derecha—  
Ande enderieza abre brecha  
Pues no hay lanzazo que pierda.

¿Y qué decir de la última estrofa?

¿Quién no vé con espanto ante sus  
ojos al indio feroz y bárbaro, sedien-  
to de sangre, ávido de destrucción y  
carnicería; desnudo, desmelenado y  
terrible, lanza en ristre hiriendo y  
matando con furor cuanto encuentra,  
viejos, mujeres y niños?

Tiemblan las carnes al verlo  
Volando al viento la cerda—  
La rienda en la mano izquierda  
Y la lanza en la derecha—  
Ande enderieza abre brecha  
Pues no hay lanzazo que pierda.

Esto es soberbio, magnífico, y hasta la versificación por su vigor, su rapidez, y su pavorosa eufonía, es grande y digna de la pintura que traza. En ningún idioma puede hacerse nada mejor.

El sentimiento que en todo el canto rebosa, es dulce hasta lo tierno; penetrante hasta el dolor.

De este último hemos dado ya una muestra al describir su llegada á su rancho.

Puedo asegurar que el llanto  
Como una mujer largué  
Ay mi Dios! si me quedé  
Mas triste que Juárez Santo.

Hé aquí ahora algunos del primero de ese sentimiento dulce, preñado de tierna melancolía que brota del alma, y cuyos acentos quejumbrosos y resignados, salen lentos y pesados como pulsaciones de un corazón dolorido.

Y atiendan la relación  
Que hace un gaucho perseguido,  
Que padre y marido ha sido  
Empeñoso y diligente,  
Y sin embargo la gente  
Lo tiene por un bandido.

Junte experiencia en la vida  
Hasta para dar y prestar,  
Quien la tiene que pasar  
Entre sufrimiento y llanto;  
Porque nada enseña tanto  
Como el sufrir y llorar.

Tuve en mi pago en un tiempo  
Hijos, hacienda y mujer,  
Pero empecé á padecer,  
Me echaron á la frontera,  
¡Y qué iba á hallar al volver!  
Tan solo hallé la tapera.

Soségao vivía en mi rancho  
Como el pájaro en su nido—  
Allí mis hijos queridos  
Iban creciendo á mi lado....  
Solo queda al degrading  
Lamentar el bien perdido.

No tiene hijos, ni mujer,  
Ni amigos ni protectores,  
Pues todos son sus señores  
Sin que ninguno lo ampare.

Su casa es el pajonal,  
Su guarida es el desierto;  
Y si de hambre medio muerto  
Le echa el lazo á algún mamón,  
Lo persiguen como á plaito  
Porque es un gaucho ladrón.

Y si de un golpe por ay  
Lo dan güelta panza arriba,  
No hay un alma compasiva  
Que le rece una oración—  
Tal vez como cimarrón  
En una cueva lo tiran.

Para él son los calabozos  
Para él las duras prisiones—  
En su boca no hay razones  
Aunque la razón le sobre,  
Que son campanas de palo  
Las razones de los pobres.  
Si uno aguanta, es gaucho bruto—  
Si no aguanta es gaucho malo—  
Déle azote! déle palo!  
Porque es lo que él necesita!  
De todo él que nació gaucho—  
Esta es la suerte maldita.

Y en esa hora de la tarde  
En que tuito se adormece  
Que el mundo dentro parece  
A vivir en pura calma  
Con las tristezas del alma  
Al pajonal enderieze.

Bala el tierno corderito  
Al lao de la blanca oveja;  
Y á la vaca que se aleja  
Llama el ternero amarrao—  
Pero el gaucho desgraciao  
No tiene á quien dar su queja.

Esta es la verdadera poesía, la poesía del dolor y del alma. ¡Cuántos volúmenes de necedades brillantes contienen las Bibliotecas, cuyo jugo exprimido, no vale el pensamiento y la ternura de estos pocos versos!

La vida nómada que emprende respira la poesía animosa, elevada y melancólica del desierto. El aislamiento, el espacio y el silencio lo inspiran, y canta la Noche, la Soledad y el Peligro:

Y al campo me iba solito  
Mas matrero que el venao—  
Como perro abandonao  
A buscar una tapera,  
O en alguna vizcachera  
Pasar la noche tirao

Sin punto ni rumbo fijo  
En aquella inmensidad  
Entre tanta oscuridad  
Anda el gaucho como duende,  
Allí jamás lo sorprende  
Dormido, la autoridad.

Su esperanza es el coraje,  
Su guardia es la precaucion  
Su pingo es la salvacion,  
Y pasa uno en su desvelo,  
Sin mas amparo que el cielo  
Ni otro amigo que el facon.

.....  
.....  
Ansi me hallaba una noche  
Contemplando las estrellas  
Que le parecen mas bellas  
Cuanto uno es mas desgraciao,  
Y que Dios las aiga crio  
Para consolarse en ellas.

Les tiene el hombre cariño  
Y siempre con alegría  
Ve salir las tres marías  
Que si llueve, cuando escampa  
Las estrellas son la gafa  
Que el gaucho tiene en la pampa.

.....  
.....  
Me encontraba como digo,  
En aquella soledad  
Entre tanta oscuridad  
Echando al viento mis quejas  
Cuando el grito del chajá  
Me hizo parar las orejas.

Como lumbriz me pegué  
Al suelo para escuchar,  
Pronto sentí retumbar  
Las pisadas de los fletes,  
Y que eran muchos gincies  
Conocí sin vacilar.

.....  
.....  
Me refalé las espuelas  
Para no peliar con grillos,  
Me arremangué el calzoncillo,  
Y me ajusté bien la faja  
Y en una mata de paja,  
Probé el filo del cuchillo.

Para tenerlo á la mano  
El flete en el pasto até,  
La cincha le acomodé,  
Y en un trance como aquel,  
Haciendo espaldas en él  
Quietito los aguardé.

Cuando cerca los sentí  
Y que ay no mas se pararon  
Los pelos se me herizaron;  
Y aunque nada vian mis ojos,  
«No se han de morir de antojos»  
Les dije cuando llegaron.

En la refriega que tuvo con la Policía, fué socorrido por *Cruz*, otro gaucho desgraciado y perseguido como él, y como él valiente y poeta. Se hacen amigos; *Cruz* le cuenta su historia que es la misma de *Fierro* y de todos los gauchos; y al hablarle de su querida, lo hace con una pasión y un sentimiento que honrándolo á él, honra y ennoblece á la mujer de campaña.

Yo tambien tuve una pilcha  
Que me enllenó el corazon—  
Y si en aquella ocasion  
Alguien me hubiera buscao—  
Siguro que me habia hallao  
Mas prendido que un boton.

.....  
.....  
Quién es de un alma tan dura  
Que no quiera una mujer!  
Lo alivia en su padecer:  
Si no sale calavera,  
Es la mejor compañera  
Que el hombre puede tener.

Si es güena, no lo abandona  
Cuando lo vé desgraciao,  
Lo asiste con su cuidao  
Y con afan cariñoso  
Y usté tal vez ni un rebozo  
Ni una pollera le ha dao.

¡Cuán noble y hermoso es este retrato de la mujer americana, única que sin interés adhiere y sacrifica por el hombre que ama.

Y usté tal vez ni un rebozo  
Ni una pollera le ha dao.

Hé aquí la mujer tal como la hizo la naturaleza, y tal como es todavía en nuestros campos. Lástima que no pueda decirse otro tanto de todas las de las ciudades, donde estos ejemplos son ya bastante raros.

*Cruz* y *Fierro* unidos por la amistad y recíproco interés, abandonan sus pagos, y se van á los indios—Nada mas natural que este pensamiento y el modo de ejecutarlo—Los proyectos, el raciocinio, y el lenguaje se sostienen hasta el fin con la misma entonacion, con el mismo interés con que empezó la historia.

Véase la conclusion que queda este reotipada en la mente del lector.



Si hemos de salvar ó nó—  
De esto naide nos responde,  
Derecho ande el sol se esconde  
Tierra adentro hay que tirar,  
Algún día hemos de llegar...  
Después sabremos á donde.

No hemos de perder el rumbo  
Los dos somos güena yunta—  
El que es gaúcho va ande apunta,  
Aunque inore ande se encuentra;  
Pa el lao en que el sol se dentro  
Dueblan los pasos la punta.

Allá habrá seguridad  
Ya que aquí no la tenemos,  
Méno males pasaremos  
Y ha de haber grande alegría,  
El día que nos descolguemos  
En alguna toldería.

Fabricaremos un toldo  
Como lo hacen tantos otros,  
Con unos cueros de potro  
Que sea sala y sea cocina,  
¡Tal vez no falte una china  
Que se apiade de nosotros!

El que maneja las bolas,  
El que sabe echar un pial,  
Y sentársele á un baúal  
Sin miedo de que lo baje,  
Entre los mismos salvajes  
No puede pasarlo mal.

Cruz y Fierro de una estancia  
Una tropilla se arriaron—  
Por delante se la echaron  
Como criollos entendidos,  
Y pronto sin ser sentidos  
Por la frontera cruzaron.

Y cuando la habian pasao,  
Una madrugada clara  
Le dijo Cruz que mirara  
Las últimas poblaciones  
Y á Fierro dos lagrimones  
Le rodaron por la cara.

Las citas casi igualarian al texto, si hubieran de citarse todas sus bellezas; pero sobra con lo hecho para formarse una idea de la obra.

Habrá gente, sin embargo, para quie-

nes las bellezas del pensamiento y de poesía de que está profusamente sembrada, no serán tales bellezas, por la razon soberanamente estúpida de que el estilo y el lenguaje, sean gauchescos; como si bajo todas las lenguas y estilos no pudieran manifestarse con propiedad y elevacion los sentimientos del alma, los quejidos del dolor, los encantos de la poesía.

Para tales gentes valdrá mas un millar de embustes de saudeces y absurdos referentes á pueblos y costumbres que no conocen ni les interesan, pero que estén penosamente bruñidos con el limado y violento estilo de Víctor Hugo, con el esmerado y florido de Lamartine, ó el festivo de Dumas, que la verdad animada de estos cuadros, en que todo es real, vivo, interesante y bello. A tales gentes es preciso comprenderlas.

Concluiremos repitiendo, que como pensamiento poético, y como ejecución, es lo mejor que hemos visto en su género; y creemos muy difícil, por no decir imposible que pueda superarse.

Tengo pues la satisfaccion íntima de felicitarlo por una creacion que hace tanto honor á su corazon como á su talento; que honra altamente á la literatura de su país; que conservará para siempre ese tipo característico, cuyo original está próximo á desaparecer, pero que no morirá mientras haya imprentas para reproducirlo, y que puede gloriarse con razon de haber eternizado.

Esperando que nuevas obras de su pluma me proporcionen solaces agradables como los que esta me ha dado quedo—

Suyo servidor y amigo.

Juan Maria Torres.

Montevideo, su casa, Febrero 13 de 1874.

Vamos á publicar enseguida una carta del mismo Sr. Torres rehusando su aprobacion al título de Juicio Crítico con que encabezamos su trabajo, y que él encuentra demasiado pretencioso, limitándose á darle modestamente las Agradecimientos.

Nos permitiremos antes de hacerlo, decir dos palabras muy breves al respecto.

Como observa con muchísima propiedad el Sr. Torres, no siendo *Martin Fierro* una obra de arte, no pueden aplicárselo sus reglas, y hacer á su respecto un juicio crítico literario.

Pero sus *Apreciaciones* han seguido otro rumbo, y han ido por consiguiente mas allá, penetrando profundamente en la índole y la intencion del libro que examinaba; ha descubierto en él, con espíritu sagaz y fina observacion, el sentimiento que comunica vida y movimiento á cada uno de los cuadros, que él mismo acaba de poner en relieve con tan exquisito pulso, y con observaciones de tal carácter y de tanto alcance; que lo que él llama modestamente APRECIACIONES, no es nada ménos sino un JUICIO FILOSÓFICO SOCIAL, en que se ven mezcladas á cada paso, observaciones de un orden grave y elevado, con reflexiones sugeridas por una serena cuanta profunda moralidad, y animado todo él por un sentimiento vivo y delicado de la belleza y de la poesia.

El Sr. Torres le ha abierto á *Martin Fierro*, puertas donde sus formas incultas, no le daban el derecho de solicitar entrada.

El, en efecto, se sustrae á la crítica literaria. — Es el tipo de una raza.

Es el hijo de la naturaleza, como el Sr. Torres lo ha llamado; es el cantor del Desierto.

No tiene maestro, ni otra escuela que la de sus desgracias.

No tiene otra inspiracion que la de sus propios afectos, y los écos que brotan de su alma, son los trasportes de su alegría ó los ayes de su dolor, ruidos fáciles y espontáneos, no nacidos por el arte, ni empalidecidos por la ficcion, ni avivados por el esfuerzo de su inteligencia.

Es inculto, es agreste, pero es real y verdadero.

Carta, porque nació cantor. — Es gaucha, y se ha entrado al parnaso en carro.

Que estas líneas sirvan de respuesta al Sr. Torres, ni tengan mas

objeto que emitir las breves observaciones que hemos consignado en ellas, nos complacemos en publicar su carta, á la cual hemos hecho referencia.

Es la siguiente:

*Señor D. José Hernandez.*

Su casa, Febrero 23 de 1873.

Estimado señor y amigo:

He visto en *La Patria* que se dá el título de JUICIO CRÍTICO á las APRECIACIONES que hice de su bella obra, *Martin Fierro*.

Permítame mi amigo, que rehuse mi aprobacion á un título de tan pretensioso pues no tiene base desde que esa obra por la especialidad de su carácter, no está ni puede estar sujeta á la critica literaria.

Para que *Martin Fierro* pudiera ser objeto de critica, era preciso que fuera una obra de arte, sujeta á sus reglas y por consiguiente á su aplicacion—no siéndolo—no pueden aplicársele, luego no puede hacerse un juicio crítico sobre ella.

*Martin Fierro* es un gaucha verdadero, lejítimo, hijo puro de la naturaleza, que no sabe lo que es arte y ni aun conoce los elementos del idioma que habla; es el cantor inspirado del desierto que arroja al aire torrentes de poesia inculta, pero hermosa como la calandria ó el gilguero, sus trinos y gorjeos.

No pueden, pues, aplicársele los preceptos de un arte que no conoce, ni de una gramática que no ha estudiado. Lo mas que puede hacerse con él, es lo que yo hice, saborear sus bellezas: ir mas allá seria una pretension absurda. Y es esto precisamente lo que constituyo su mérito, pues acaso tiene mas valor real, y mas bellezas poéticas bajo el tosco lenguaje que emplea, que muchas obras que se dan por modelo de correccion y de arte.

Le agradeceré tenga á bien publicar ésta, á continuacion del último trozo de mis *Apreciaciones sobre Martin Fierro*, como un correctivo al título de Juicio Crítico, con que aparecieron.

*Juan Maria Torres*

## BIBLIOGRAFIA

Señor D. José Hernandez

Tratándose de juzgar un libro, ni Vd. ni yo gustamos de hacer floreos literarios, yendo siempre derechos al bulto, al punto objetivo ó como quien dice, al eje ó muelle espiral sobre que describe su rotacion el argumento. Aplicando tan económico sistema para darle mi opinion sobre *Martin Fierro*, no me detendré en decir donde faltó á las leyes de la rima, ni cual ripio debiera desaparecer si hay éste ó aquel concepto contrario á la buena prosodia.

Solo juzgando ensayos juveniles es pertinente detenerse en la parte elemental de la composicion; pero como Vd., á lo que entiendo, no está en el caso de aprender el mejor empleo de las sinalefas y otras figuras didácticas del divino arte, voy sin rodeos á manifestarle mis impresiones.

Repetidas veces he saboreado las bellezas contenidas en las bien descritas aventuras de su héroe, creacion bellísima por la doble faz, riente y sombría, con que se dibuja en gigantesco relieve, esto sin oontar con lo sabroso de la crítica con que Vd. decora su admirable cuadro.

Su trabajo, escrito sin duda por mero pasatiempo, responde á tendencias dominante en su espíritu, preocupado desde larga fecha por la mala suerte del gaucho: y es la manifestacion cumplida de sus simpatias en favor de esos pobres parias, condenados por los abusos del poder á vivir constantemente armados del sable, creando y destruyendo situaciones que siempre concluyen por serles adversas. En las luchas civiles, la peor parte ha sido para ellos; y durante la paz armada en que los caudillos han mantenido la República, el campamento y los fortines los han alejado de la vida laboriosa y de los sagrados vínculos del hogar, relajando la constitucion de la familia y bastardeando las generaciones: convirtiéndolos en nómades habitantes de nuestras inmensas praderas, cuando no están sujetos al yugo del servicio, que es un lote

en el repartimiento de los bienes de la libertad por cuya conquista tantos años han pugnado.

*Martin Fierro* es la encarnacion de la multitud: órgano reproductor del lamento de los gauchos sujeto al bárbaro servicio de fronteras que, como una onda poderosa viene á estrellarse ante la indiferencia granítica de los gobiernos.

Si aquí tuviéramos un público capaz de reivindicar los derechos del hombre y del ciudadano, agredidos en el habitante nativo del campo, su libro habria producido el efecto maravilloso alcanzado en la América del Norte por «La Cabaña de Tio Tom», porque uno y otro son producto de la mas sublime filantropia. Levantar una raza abatida, devolviéndole las condiciones oiviles y políticas que el abuso arrebató atrevidamente, es la tendencia de ambos libros: allá se atacaba una institucion legal y sin embargo triunfó el grito de la naturaleza, en tanto que aquí el pobre gaucho es flagelado sin derecho por un simple abuso de fuerza.

Lo dicho, relativamente al objeto, y por lo que respecta á su tipo, no vacilo en decirlo que, sin pretenderlo, ha dejado usted muy atrás á nuestros payadores en cuanto al fondo y oportuna eleccion de la estrofa. La décima no la usa el gaucho sino en composiciones breves de amor ó en felicitaciones, y el romance asonantado nunca: evitando estos escollos y haciendo uso del sexteto octosílabo, la imitacion de los trobos campesinos es perfecto.

Los que han manejado este género entre nosotros, poseyendo el medio literario, desconocian las peculiaridades de moral, de filosofia, de religion y aun de política que hacen del gaucho un sér escepcional, difícil de medirle en el cartabon de los compadritos chicos.

El *compadre* en la campaña, es la depuracion incorrecta de la sencillez rústica que, perdiendo todo su sabor original, se aproxima y entremezcla con el *compadre* de la ciudad, degeneracion correcta del habitante culto; y en esa zona que deslinda la oivilización de la barbárie, los predios rústi-



cos de los urbanos; término medio del estado social argentino, se desenvuelve la existencia bullanguera del tipo estudiado para representar al gaucho, y que en su eterna manía de espectacularizarse, hace grotesco lo que es bello.

En este concepto, Vd. se hallaba en condiciones ventajosas para desarrollar su tesis, porque habiendo vivido por mucho tiempo en contacto con el gaucho de las cuatro provincias litorales, y siendo como es, un observador fino y de criterio, tenía que ofrecernos en sus cuadros la verdad, eterna fuente de la belleza: y si á esto se agrega un fácil manejo de la lengua y gran respeto á los preceptos literarios, terminará diciendo: que ni como aspiración noble á favor de los habitantes del campo, ni como crítica de los abusos cometidos en el servicio de fronteras, ni como interpretación del gaucho moralmente juzgado, he tenido, hasta hoy, la ocasión de leer algo que le aventaje.

Queda de Vd. S. S. S. y amigo.

Mariano A. Pelliza.

Marzo 27 de 1873

## BIBLIOGRAFIA

Acaba de darse á la publicidad un pequeño libro con el título con que encabezamos estas líneas.

El brillante éxito que ha obtenido en la Campaña, nós ha llamado la atención y sea dicho de paso, empezamos su lectura con cierta desconfianza que se esplica en los numerosos chascos de que es víctima nuestro público en materia de composiciones literarias.

Sin embargo, debemos confesar que el libro en cuestion, está muy lejos de ser lo que generalmente se llama *un fiambre*; su argumento no puede ser mas verosímil, ni sus personajes mas verídicos. Su autor el Sr. Hernández, antiguo redactor del «Rio de la Plata», nos demuestra que conoce profundamente las costumbres del campamento

y los secretos del fogon, nos enseña el aduar del hombre semi-salvaje, con toda la desnudez vergonzosa de su realidad.

Pero hay escenas que indudablemente no las comprenderá sino la persona que haya vivido algun tiempo en el campamento, imágenes que solo el que haya cruzado errante nuestras dilatadas pampas podrá valorar.

Con el grosero lenguaje de los habitantes del campo, hace apreciaciones pintorescas y de un colorido magnífico—exhibiéndonos tipos que solo Ascasubi y Del Campo han descrito con éxito en nuestros dias.

A pesar de que no somos partidarios de este género de literatura, porque creemos que para herir la imaginación de las masas no se necesita escribir en el lenguaje literal con que ellas manifiestan sus pensamientos, porque como ha dicho un notable literato oriental—*se puede sentir en gaucho y espresarse en lenguaje culto y castizo*, enseñando á las generaciones del porvenir como se sentía en nuestra época, preocupándose poco de como se espresa el sentimiento lo que á la verdad poco importará á nuestros sucesores; sin embargo, la composición del señor Hernandez tiene tan hermosos pensamientos, ideas de poesía en natural tan elevadas y exquisitas, que se puede perdonar la forma en que se presentan á la imaginación impresionable del pueblo de nuestras campañas, seguro que el mas ignorante paisano comprenderá el fondo de verdad y aun la moral del argumento.

El mas extraño á nuestras costumbres populares, verá brillar en medio á las tinieblas que se proyectan del cuadro de salvaje ignorancia que el autor describe, brillantes luces, que el mismo fondo oscuro hace notables, aumentando su magnitud.

En medio de la ceguedad del fanatismo supersticioso, y de los mas groseros vicios, se destacan hermosas flores que se revelan por su exquisito perfume á pesar del estilo y de la forma.

*Martin Fierro* no es el tipo del gaucho patriota, que allá en la alborada de nuestra independencia, nos describía Hidalgo: entusiasta, indomable y cristiano.

No es, tampoco, el gaucho que nos exhibe Ascasubi luchando por las libertades de su Patria en los ejércitos de Paz ó de Lavalle—ni menos el paisano semi-educado que nos pinta Del Campo en su popular «Fausto»—*Martin Fierro* es una creacion de otro género—es el hijo desheredado de una raza de centauros, envilecido, perseguido, y menospreciado por la sociedad en que vive, engendro miserable de la guerra civil y la ignorancia, con todo el caudal de pasiones que puede abrigar en su corazon un sér humano, y sin siquiera el derecho de manifestarlas libremente—verdadero pária de nuestros dias, pero indomable; ignorante, pero con arranques de nobleza; resistiéndose á ser arrastrado al ignominioso servicio de frontera y batiéndose como un leon con la partida del pago—Ginete como un tártaro, fuerte como un atleta, práctico en las inmensurables sendas del desierto como un árabe, sufrido, sobrio, como nadie en el mundo—esto es algo de lo que el autor nos hace conocer en su tipo, y á la verdad que la creacion no ha podido ser mas feliz.

Aquí, en los grandes centros de poblacion, nadie se cuidará del tipo; todo el mundo ignora que á esa raza de hombres que va desapareciendo empujada por las brisas de la civilizacion, se le deben nuestra independencia y nuestras libertades!!

Felicitamos ardientemente al señor Hernandez por su hermoso trabajo, y deseáramos que siguiera en esa senda, haciéndonos escuchar en ese género la lira casi abandonada de Ascasubi y de Del Campo.

Lautaro

(El Mercantil, Febrero 6 de 1873)

## BIBLIOGRAFÍA

El gusto por la lectura está formado y generalizado gratamente en todo el territorio de la República Argentina.

La escuela y la Biblioteca Popular están desparramadas hasta las mismas faldas de los Andes. En la Rioja, el lugar mas apartado y que se considera-

ba la provincia menos culta de la Confederacion Argentina, se siente el movimiento expansivo de la civilizacion sacudiendo á todos sus habitantes del marasmo intelectual que los dominaba, comunicándoles por medio del libro nueva vida y presentándoles rientes perspectivas.

El lector de la ciudad, no tiene naturalmente exigencias especiales y privilegiadas por determinados libros. Lee todo lo útil, todo lo bueno y malo que nos envian las prensas europeas, y todo lo que arrojan á la publicidad las casas editoras que tenemos.

Pero, conseguir que el habitante de las campañas lea sin fastidiarse, lea con provecho y queden en su imaginacion impresiones nobles y permanentes, es algo mas sério de lo que á primera vista parece. En el espíritu del labriego es menester que el libro ó la anecdota moral dejen huellas; es necesario que la enseñanza de su rústica inteligencia adquiere, no se pierda ni se extinga, combatida por las costumbres incultas y las faenas rudas del campesino.

¿Cómo, pues, conseguir pasto intelectual aparente y fructuoso para el gaucho de nuestras llanuras? Ni el señor Sarmiento que estudiaba interesadamente el problema, pudo descubrir la incógnita de él, obcureciéndola mas bien con las traducciones inconvenientes que aconsejaba.

No tiene punto alguno de contacto el *sagutter* de las selvas norte-americanas, con el semi-salvaje gaucho del desierto. Son dos naturalezas totalmente distintas, sin afinidades que las aproximen, pues las obras de Dickens que recrean al labrador americano, prepararian la siesta de los que viven en el rancho.

En el campamento del ejército que luchaba por la causa hermosa de la civilizacion cisplatina, tiene origen una escuela literaria que de tarde en tarde hace prosélitos entre nosotros.

*Aniceto el Gallo* es tambien un tipo á lo Byron, á lo Quintana, á lo Bello, etc. Es gefe de escuela, autor de una literatura destinada á quitarle al desierto y á la ignorancia, sus mas preciosas presas.



Coetáneo con el insigne Figueroa, iniciaron en buena hora un género de publicación, que era como la primer semilla arrojada en terrenos feraces y propicios para cosechas compensadoras.

El ejemplo que ellos daban, encontró como dijimos ya, de cuando en cuando imitadores.

El estilo gauchi-poético despertaba en la imaginación precoz de nuestros poetas, deseos loables de seguir la estela de Aniceto, pero no lo conseguían siempre, porque no se penetraban íntimamente de la perfecta originalidad que distingue al gefe, y se iban á estrellar, sin quererlo, en el género que cultivaba Moore ó en las canciones inimitables de Beranger.

Por mucho tiempo, pues, el cetrodo ha tenido Ascasubi, aunque *Anastasio el Pollo* hubiera hecho conatos para arrancárselo.

Hoy se ha retirado Ascasubi de la arena en que se lanzó ardoroso y espléndido; se refugia en el hogar con la misma grandeza y majestad con que se asilaban en los *Invalidos*, los restos que quedaban de los heroicos tercios del viejo Imperio.

Pero así como a esa generación homérica del valor y el patriotismo francés, le sucedió otra nueva digna de recoger la herencia; así ha encontrado Ascasubi con el autor de *Martin Fierro*, un sucesor que, hará mas todavía que conservarla intacta, que la enriquecerá, pues tiene dotes privilegiados para conseguirlo.

En todas las librerías de esta diudad está modestamente hospedado un folleto de humilde apariencia, pero que ejercerá en los palacios de las capitales, en los ranchos de campaña ó en los tollos del desierto, la influencia bienhechora y solazante que nos producían en otro tiempo los poemas de Aniceto.

D. José Hernandez (su autor) ha pintado con la misma inspiración y destreza que Ruguendas y Monvoisin ese cuadro de la naturaleza americana, de este lado del continente, que exige en el artista potencia de genio y conocimiento acaudalado de detalles.

*Martin Fierro* es el héroe del poema del Sr. Hernandez; *Martin Fierro* es

un gaucha completo, sin rival, sin padres conocidos, sin amigos de la infancia, sin nada que lo ligue á la rutina que ha caracterizado á otras creaciones idénticas á la del Sr. Hernandez.

A Montero, cuando concluyó su cuadro *Los funerales de Atahualpa*, le dijeron en Florencia, y por labios muy autorizados, que no pintara mas. Nosotros sin ser mas que admiradores, diríamos á Hernandez, que se perpetúe solo con *Martin Fierro*.

Al leer las páginas interesantes de *Martin Fierro*, nos hemos reconciliado con el infeliz gaucha. Francamente, lo queríamos mal. El chiripá, la bota de potro y el inseparable pañuelo al cuello, nos prevenían siempre desfavorablemente; lo creíamos feroz cuando tal vez pudo ofrecernos techo y alimento en el rancho en que pasa su vida.

Uno de esos dramas que se producen alguna vez en las llanuras argentinas, mezcla de sentimientos generosos y costumbres, bárbaras es lo que pinta el Sr. Hernandez. Las boleadoras, la maneja, el redomon, las caronas, etc., todo ese vocabulario originalísimo de la vida gauchesca, campea en *Martin Fierro*. Es un paseo que se hace á la pampa. Es algo más: leyéndolo, se hace la ilusión de haber vivido cinco, diez, quince años en compañía de *Martin*: es decir, en pleno desierto, en el mismo aduar. Es imperecedera la impresión que deja en el ánimo; mas poderosa aun para el lector del Río de la Plata, que la que produce Cooper leyendo su *Trampero*.

Desconfiamos de haber escrito con acierto:

Estas líneas las trazamos inmediatamente que concluimos la sabrosa lectura que nos ha proporcionado la inteligencia chispeante y original de Hernandez.

La *Biblioteca Popular* de las campañas argentina ú oriental, está obligada á tener en sus estantes á *Martin Fierro*.

Cuando el local de la biblioteca sea visitado por algun gaucha, de esos arrogantes y esbeltos, de pingó arábi-



go y recado de plata, y reviste la publicacion de que nos hemos ocupado, exclamará, estamos seguros: *Martin Fierro es otro yo!*

*La Tribuna* de Montevideo, editorial de 23 de Marzo de 1873.

Este artículo fué reproducido por *La Patria*, de Lima con algunos fragmentos del libro.

## BIBLIOGRAFIA

JOSE HERNANDEZ

(Autor del GAUCHO MARTIN FIERRO)

Si nosotros fuéramos susceptibles de sentir orgullo, ó al menos de confesarlo conociéndolo, nunca tendríamos mejor oportunidad para manifestarlo, que en estos momentos, al haber escrito el nombre del distinguido escritor que encabeza este artículo.

Pero nuestro orgullo, seria orgullo nacional.

Hijo de una nacion que bien pudiera decirse que recién empieza á la vida del progreso y de la civilizacion, nos sentimos enaltecidos en cada uno de nuestros compatriotas que avanzan un paso en el engrandecimiento nacional.

José Hernandez pertenece á la carrera de las letras.

Entre los muy pocos obreros que trabajan para darnos una literatura propia, hoy ocupa un lugar distinguido este valiente publicista, cuya fecunda imaginacion nos ha dado las bien concluidas páginas de *Martin Fierro*.

En esta obra, se hace la mas viva y acabada pintura de la dramática existencia de nuestros gauchos, cuyo tipo caballeresco se va perdiendo, ó se ha bastardeado con el contacto de la civilizacion que empieza á extenderse en la campaña, *Martin Fierro*, es una leyenda de coloridos tan naturales y patéticos, tan rica de novedad, tan filosóficamente historiada, la vida errante del gaucho, tan llena de fuego y de pasion como de ternura y sentimiento, que viene á colocar á su

autor entre los primeros poetas argentinos.

Porque el *Martin Fierro* es, á nuestro entender, una joya literaria que está destinada á embellecer nuestras bibliotecas.

Pero no siendo nuestro ánimo hacer la crítica del precioso libro de Hernandez, vamos á volver al punto de partida.

Con todo lo que se relaciona con nuestra naciente literatura, somos como el avaro ante su tesoro, le damos la importancia de nuestra codicia nacional, de nuestro amor á lo bello, de nuestra fé en los triunfos futuros de la inteligencia argentina.

Por esto hablamos con entusiasmo de *Martin Fierro*.

Y este legítimo entusiasmo se exalta mas, cuando vemos lo bien que ha sido recibida esta obra en el extranjero.

Al autor de *Martin Fierro* se le distingue en Nueva-York, dándole un lugar preferente en una Asociacion Literaria.

En un periódico español se reproduce su obra, haciéndole los más justicieros encomios.

En París se están publicando en el popular «Correo de Ultramar» el *Martin Fierro*, honor que pocos trabajos literarios de la República Argentina han alcanzado.

De Norte-América han solicitado la adquisienciencia del autor para hacer una edicion de lujo, cuyo tiraje será de muchos miles.

Tambien se ha pedido el retrato de Hernandez y algunos apuntes biográficos, para que precedan á la obra; reservándose allí hacer el juicio crítico de esa produccion del Rio de la Plata.

Con tal motivo, véase lo que dice una correspondencia de Nueva-York, dirigida en Agosto á *La Tribuna* de Montevideo.

«En algun periódico español, no recordamos bien si de las Antillas ó de la Península, hemos leído por décima vez á Magariños Cervantes en su *Celilar*. A continuacion y con un pequeño preámbulo del editor, hemos regalado nuestra imaginacion con la lectura de *Martin Fierro*, por el Sr. D. José Hernandez. Piezas de ese género, que caracte-

rizan tipos nacionales que han de llevar á la posteridad el retrato fiel é imperecedero de un pueblo, no deberian quedar, segun nos informa el preámbulo aludido, archivadas en poder de un círculo de amigos.

*Martin Fierro*, primo hermano de *Celilar*, como la ha bautizado el editor citado, ha despertado el deseo de imprimir seis mil ejemplares en tipo hermoso y papel de lujo, siendo este número el calculado fácil de colocar en los países de lengua española mas inmediatos á este. Para el objeto es necesario la autorizacion del señor Hernandez ó del poseedor del derecho de publicacion.

Al intercalar esto, que es ajeno al argumento de la presente correspondencia, lo hacemos para que sirva de aviso á quienes pudiera interesar. Si se quisiera favorecer nuestro proyecto, estimaremos se nos remita propuesta cerrada y rotulada «Equis—New-York» remitiendo el paquete á la oficina de *La Tribuna* de Montevideo, el cual, no lo dudamos, nos será remitido por esos amables editores.

Rogamos tambien, en caso que fuese aceptada nuestra idea, se nos remita una copia fotografica, del autor Sr. Hernandez, y algunos apuntes biográficos de él. Estos dos objetos, contribuirán en mucho al embellecimiento de la obra.

Hacemos votos por la felicidad del Sr. Hernandez, á quien hemos cedido ya un lugar de preferencia en nuestra asociacion Literaria. Que la patria al bendecir su nombre, le entone un himno de admiracion!» (\*)

La obra de Hernandez, pues, ya es popular en el extranjero y ha dado á su autor una justa celebridad.

En tanto ¿que ha hecho la prensa Argentina?

Se ha ocupado acaso de recorrer sus páginas, de formular su juicio, de saludar siquiera á su autor?

No; ha callado con el abandono que le es peculiar, cuando se trata de las figuras distinguidas que se levantan entre nosotros.

¡Mezcla de egoismo y de indiferencia, donde no brota una chispa de ese fuego santo que en el lenguaje patriótico, llámase orgullo nacional!!

Nosotros no creamos reputaciones, antes bien, devoramos nuestros hijos, á semejanza del dios de la fábula.

Ese egoismo en lo que se relaciona á los hombres que han de dar una li-

teratura á nuestro país, nos lleva hasta cometer actos de grandes injusticias.

Hace algun tiempo que hemos pedido, por la prensa, se nos remitan apuntes biográficos de hombres que se hayan distinguido en la literatura, en el foro, en el clero, en las armas, en la política, en algo, en fin, ya como próceres de la patria, como mártires, como amigos de la humanidad. Este pedido lo hicimos por habérselo encomendado el bibliógrafo Sr. Cortés, que está para emprender la publicacion de un *Diccionario Biográfico Americano*, y que queria que en él figurase dignamente la República Argentina.

Sin embargo que hemos hecho este llamado varias veces, hasta hoy ni por amor al país, ni como recuerdos de familia, se nos ha enviado un solo apunto para poder mandar al *Diccionario*.

En este mismo mes hemos anunciando la publicacion del *Parnaso Argentino*, trabajo del mismo literato Sr. Cortés, permitiéndonos rogar á nuestros colegas presten su valioso apoyo á esa obra nacional, y nadie nos ha honrado contestando á nuestra invitacion.

Esto ¿qué significa?

¿Así es posible tengamos literatura, si se mira con tanto menosprecio los primeros trabajos que han de formar la base de su monumento?

Triste es decirlo, pero al paso que vamos, tarde ó nunca llegaremos al Helicon, donde no seria tan difícil trepar en alas de esa inteligencia, que como un don del cielo, chispea con tanta superabundancia desde las orillas del Plata hasta las nevadas cumbreras de los Andes.

Cárlos Calvo es una reputacion europea, y en la República Argentina no se conocen sus obras.

Alberdi es mas respetado en el extranjero por sus grandes talentos, que en nuestro país, donde es raro encontrar uno de sus libros.

Y así muchos prohombres en las letras como en el foro, á quienes su patria olvida.

¿Quién conoce la obra de Hernandez, sin embargo de haberse anunciado en las librerías?

Sus compatriotas los argentinos

(\*) La extensa correspondencia de que han sido copiados los anteriores párrafos, es de Nueva York—Junio 30 de 1873, publicada en *La Tribuna* de Montevideo, el 24 de Agosto del mismo año

muy pocos; pero en cambio ya es aplaudida en la Banda Oriental, en Norte-América, en España y en París. Muy pronto será conocida en todas partes del mundo, donde haya quien hable el idioma de Cervantes.

¿Y eso, á quién lo debemos?—á los extranjeros que nos honran.

Al cerrar este artículo, solo sentimos que nuestra pobre pluma haya tenido que ocuparse de la literatura nacional cuando hay tantos escritores que si hubieran emprendido esta digna tarea, hubieran podido estimular, entusiasmado á la noble juventud que se levanta en la arena literaria.

Nosotros hemos creído cumplir con un deber, al rendir este pobre homenaje al inspirado autor de *Martin Fierro*.

(*El Mercurio del Rosario*)

Este artículo fué transcrito en «La Tribuna» de Montevideo de 13 de Diciembre de 1873.

## MARTIN FIERRO\*

Bello poema, que hábil pinta,  
Nuestra raza primitiva,  
No ya salvaje, cautiva  
De la clase superior,  
Que entre la casa y la tolda,  
Entre la ciudad, la pampa,  
Vive libre, en ranchos campá,  
Sin Cacique ni Señor.

El hombre civilizado  
La oprime de aquí y estrecha,  
Hambrienta, de allí, la acecha  
Del salvaje, la crueldad,  
Ni tan culta ni tan fiera,  
Que á uno ú otro le haga amigos.  
Sónle á la vez enemigos,  
El desierto y la ciudad.

Y si el espíritu eleva,  
En sus horas sin consuelo,  
Halla apenas viendo al cielo,  
Su Dios y su religion.  
Mas queda al gaucho sin patria,  
En su horfandad y pobreza,  
La madre Naturaleza,  
Sus fuerzas, su corazon.

\* Esta composicion la estractamos del bello tomo de poesias que con el título «El Peregrino del Plata», acaba de dar á la publicidad el distinguido argentino Dr. José María Zubiria

Entonces busca en su pecho  
La dulce paz, la alegría,  
Y halla fuente de poesia  
Inagotable en su amor.  
Este endulza sus dolores  
En él templa sus pasiones,  
Díctale coplas, canciones,  
Tiernas, de suave color.

Y entre trabajos y penas,  
Sin cuidarse del mañana,  
No vé que tiene cercana  
Su noche—¡raza infeliz!.....  
Que en un crepúsculo vive;  
Y las luces, la cultura  
Disipándolo, á otra altura,  
La encaminan mas feliz.

Y, cuando al fin, desaparezca  
De nuestro suelo Argentino,  
Siguiendo el ancho camino  
De la civilizacion;  
No la lloren el progreso,  
Ni la ciencia, ni la gloria;  
No conserven su memoria  
La moral, la religion.

Pero en el Pecho Argentino,  
Habrá siempre dulce afecto,  
Por ese tipo perfecto  
De nuestra raza en embrion.  
El gaucho cuidó el ganado,  
El gaucho sembró la tierra,  
Dulce en la paz, fiero en la guerra,  
Héroe, bardo y dócil peon.

Es colono primitivo,  
Rudo, osado y solitario,  
Valiente y hospitalario,  
Sin amañes, sin doblez,  
Como la Pampa, sombrío,  
Como el Plata, caprichoso,  
Y cual pampero, animoso,  
Toma al ombú su altivez.

A nadie pidió la idea,  
Ni la espresion, ni el sentido,  
Costumbre, idioma, vestido  
Original se dará.  
Con su traje pintoresco,  
Su cribado calzoncillo,  
En el cinto su cuchillo,  
Su poncho, su chiripá.

Junto al fuego de su rancho,  
Mira al canipo, su cosecha....  
Y en la guitarra, su endecha,  
En vez de canto, es gemir....  
Ultimos ecos del vate,  
Que contempla decadente  
Su raza, y al fin presiente,  
Que vá á dejar de existir....

No perecerán con ella  
Su historia, su fiel retrato;  
De *Martin Fierro* el relato;  
Su recuerdo hará inmortal;



Que es el poema de la vida,  
La vida de un pueblo entero,  
En su génio verdadero,  
En su tipo virginal.

En sus usos y costumbres,  
Virtudes, vicios, pasiones,  
Sentimiento, inspiraciones,  
Alma, lengua, corazón;  
Y con tal verdad descrito,  
Que aunque haya desaparecido,  
Ha de escapar al olvido  
El *gaucho* en ese Pantheon.

1875.

**Cartas poéticas al poeta colombiano Jorge Isaac, por Salvador Mario.**

**CARTA ULTIMA**

Jorge: Vuelvo á tomar mi humilde péñola  
Para escribirte la tercera carta,  
Sobre un recuerdo que tus dulces versos,  
Trajeron á mi alma.

Recordé, al suspirar tus bellos cantos.  
Las *décimas* que al son de la guitarra  
Entona, tristemente *Martin Fierro*  
Al borde de la Pampa.

Ese agreste cantor, que simboliza  
La miserable vida de una raza  
Que espera, como él dice, que algun criollo  
Gobierne en esta patria!

¡Raza infeliz que, con la fé sublime  
Del que lleva en el alma una esperanza,  
Espera que algun Cristo la redima  
De su culpa soñadal

¡Cuántos, amigo Jorge, de sus hijos  
Merecen que en el centro de una plaza  
Se lea eleve un monumento eterno  
Por sus grandes hazanas.

¡Cuántos porque nacieron en América  
No tienen ni un recuerdo ni una lágrima,  
Habiendo muerto, como grandes héroes,  
Luchando por la patria!

¡Cuántos hay que merecen la aureola  
Del genio de las musas agraciadas,  
Y que no se les dá, porque se inspiran  
Muy léjos de la Francia!

*Martin Fierro*, el poeta sin laureles,  
En el silencio de la noche canta,  
Con voz de doloroso sentimiento,  
Sus improbas desgracias.

Y no advierte que canta las de todos  
Los que nacen al borde de la Pampa,  
Los que saben luchar como leones  
En las grandes batallas!

No advierte que en sus *décimas* monótonas  
Hay destellos rosados de alborada  
Iluminando un mágico paisaje,  
De tierra americana.

No advierte que hay relámpagos de tarde  
Clareando la llanura solitaria,  
Donde palpita la mirada eterna  
Del Dios de las borrascas!

No advierte que la vida de los campos  
Con colores espléndidos retrata:  
¡Con los colores que le presta el Iris  
Del cielo de la patria!

En la verdad él busca la poesia;  
Y en la verdad de sus colores la halla.  
Como una fresca y cándida violeta  
En medio de unas zarzas.

Del *payador* humilde, *Martin Fierro*,  
Te envío, Jorge; las hermosas páginas,  
Léelas á orillas del modesto *Nima*,  
En tu valle del Cáuca.

Sin más, amigo, te saluda atento,  
Desde una *tosca* del inmenso Plata,  
El que, á pesar de Avellaneda, admira  
Los versos que tu cantas!

Salvador Mario.

Buenos Aires, Diciembre 17 de 1877.

**EL PAYADOR**

En un espacioso rancho  
De amarillentas totóras,  
En derredor asentadas  
De una llama serpeadora,  
Que ilumina los semblantes  
Como funeraria antorcha  
Hirviendo el agua en el fuego,  
Y de una mano tras otra  
Pasando el sabroso mate  
Que todos con gusto toman,  
Se pueden contar muy bien  
Como unas doce personas,  
Pero están con tal silencio,  
Con tanta calma reposan,  
Que solo se escucha el eco  
De guitarra gemidora,  
Mezclado con los acentos  
De una voz que melancólica,  
Murmura tan dulcemente

Como el viento entre las hojas.  
Es un payador, que tierno  
Alza allí sentida trova,  
Y al compás de su guitarra  
Versos á raudales brota;  
Pero versos expresivos,  
De cadencia voluptuosa,  
Y que expresan tiernamente  
De su pecho las congojas.  
Es verdad que muchas veces  
La ingrata rima cohorta  
Pensamientos que grandiosos  
Se traslucen mas no asoman,  
Y como nocturnas luces  
Al irradiar se evaporan.  
La fantasia sujeta  
En las redes del idioma,  
No permite que se eleve  
La inspiracion creadora,  
Ni que sus altivas alas  
Del arte los grillos rompan,  
Ni que el instinto del génio  
Les trace una senda propia,  
Mostrándole allá en los cielos  
Aquella ansiada corona,  
Que iluminando el espacio  
Con su luz esplendorosa  
Vibra un rayo diamantino

Que el númen del vate esponja  
Para embeber fácilmente  
De su corazon las gotas,  
Y destilarlas despues  
Con el llanto de la aurora  
Convertidas en cantares  
Que vuelan de zona en zona,  
¡Y cuántas veces no obstante  
Sus desaliñadas coplas,  
Sin esfuerzo ni trabajo  
Como las tranquilas ondas,  
Una á una, dulcemente,  
Van saliendo de su boca!  
O derrepente veloces,  
Penetrantes, ardorosas,  
Se escapan como centellas  
Y el fondo del alma tocan!  
Porque su maestro es  
La naturaleza sola,  
A quien ellos sin saber  
A oscuras y á tientas copian.  
Asi el cantor sin curarse  
De reglas que no le importan,  
Sigue raudo y caprichoso  
Su bien comenzada trova.

CELIAR—*Alejandro Magariños  
Cervantes.*

# MARTIN FIERRO

---

## CRITICAS INJUSTAS

---

### ESTETICA Y FILOSOFIA

---

Si la poesia es el espejo mas fiel del alma intima de un pueblo y el acabado retrato de los caracteres y costumbres del mismo, puede decirse qué, la nuestra ha tenido muy pocos representantes.

Hidalgo, Ascasubi, Del Campo y Hernandez, han sido tal vez los únicos poetas argentinos, que sin necesidad de buscar inspiraciones y modelos en los autores extrangeros, han sabido arrancar de sus lirás, verdaderos acentos nacionales que reflejan de un modelo tan admirable como gráfico, la fisonomía moral de nuestro pueblo, y el carácter peculiar y distintivo de nuestros antiguos gauchos, pintando, al propio tiempo, con inimitable y opulento colorido, la intensa magestad de nuestra Pampa y de nuestro cielo con todos sus esplendores y delicados perfumes.

Los demas vates, Andrade y Echevarría, Mármol y los Gutierrez, fueron, á pesar de sus relevantes dotes de pensadores profundos y de su inagotable inspiración, pocas veces desmentida, representantes genuinos, si bien mucho menos directos, del romanticismo avasallador, del neo-clasismo soberano, ó del naturalismo ó verismo convencionales, por mas de que se diga, por autoridades en materias literarias, que todas estas palabras están desprovistas de sentido, si se desciende al fondo mismo de las cosas.

No me compete á mí—por mas que pudiera hacerlo— juzgar si Hidalgo, fundador de esta escuela y relegado al olvido por los propios, cumplió ó no con la misión que se impuso; ni si el único móvil de las obras de Ascasubi fué el de hacer que el hombre culto se riera del lenguaje del gaucho, y mucho menos examinar si es ó no cierto que Estanislao del Campo se propuso criticar las obras artísticas por boca de los gauchos. Me guian otras intenciones, figurando en primer término, la de hacer resaltar la injusticia con que ha sido tratado el autor de MARTIN FIERRO por algunos criticos, eminentemente argentinos, y por algunos profesores de literatura, quienes han tenido la avilantez de decir, que, Hernandez era, en union de Ascasubi, *insoportable y prosaico*.

---

Hace ya mucho tiempo que, llamado á desempeñar la cátedra de literatura en uno de nuestros primeros establecimientos de enseñanza, tuve ocasion de advertir que en los programas correspondientes al curso de 5° año del Colegio Nacional, nada se hablaba de Hernandez, ni en la parte que se refiere á la poesia nacional, ni en otra alguna.

Mis dudas y mis vacilaciones, á este respecto fueron grandes, llegando á



extremo de leer cuatro ó cinco veces seguidas, tanto como la ida y la vuelta de MARTIN FIERRO. Estas dudas solo se disiparon, cuando al aparecer la obra titulada «América Literaria», (coleccion de trozos escogidos de los primeros poetas y prosistas americanos), vi en el prólogo escrito por el doctor Juan Antonio Argerich con referencia á la seccion argentina las siguientes palabras, en que despues de haber juzgado con demasiada parcialidad, por cierto, á Olegario V. Andrade y á Estanislao del Campo, exclama: «¡Qué diferencia con Ascasubi y con Hernandez, lisa y llanamente insoportables y prosaicos!»

Habiendo sido catedrático de literatura en el Colegio Nacional, la persona que estas frases estampaba en un libro que debia tener—como ha tenido—gran circulacion, no podia extrañarme ya, cual era la causa de haber eliminado de los estudios de literatura, el nombre del poeta eminentemente nacional, de que voy á ocuparme, no con la erudicion y detenimientos necesarios, pere sí con la buena fé del que vá á exponer juicios propios que en forma alguna se separan de las reglas del arte, como trataré de demostrarlo.

Para los que así opinan, imperan, desde luego, el charlatanismo, la ingenuidad, el espíritu de sistema y la seca retórica de los pedantes sin facultades creadoras, á quienes tanto critican, siendo por otra parte, letra muerta para ellos, los justos, bien pensados y mejor escritos juicios críticos que habrán de preceder al mío.

No era el señor Hernandez—en mi concepto—el poeta, irresoluto y tímido, ni estaba ajeno de antiguos resabios, aun cuando muchas veces le vemos fluctuar, entre un pasado de que no quisiera apartarse, un presente lleno de corrupcion y de personalismos y un futuro que le causaba espanto y le llenaba el alma de la melancolía y amargura de que están impregnados algunos de sus magnificos versos.

El autor de MARTIN FIERRO, no es un caso aislado, no obstante el género que cultivó. Mármol, Echevarria y Andrade tambien sufrieron las mismas angustias al ver cómo desaparecian los tiempos casi patriarcales, á impulsos de la civilizacion y del progreso: progreso que traia consigo refinamientos y costumbres hasta entonces ignoradas y que al propio tiempo que gustaban de aquellos y de éstas los seres humanos, perdian como por encanto, su adorable sencillez y la ingenuidad que tanto los caracterizaba, en los primeros albores y aun casi á mediados del siglo de las luces.

El gaucho, en este concepto, era retardatario; costábale gran trabajo desprenderse de sus costumbres; por eso era mirado con recelo; por eso se le trataba injustamente y hasta se le despreciaba. ¿Que extraño es, pues que el señor Hernandez haya trocado contra estas injusticias y esos absurdos, tratando al propio tiempo de perpetuar una raza noble, hospitalaria, generosa, varonil, sóbria y trabajadora....?

MARTIN FIERRO, tan enérgico, tan arrogante, tan varonil, compendia en sí,—por incomprensible é inexplicable paradoja,—el máximo del valor personal y la suma de la debilidad humana.

Extraño contraste: tiene valor para luchar, cuerpo á cuerpo, con diez, con veinte hombres, no importaba con cuantos y no lo tiene para romper con el pasado y seguir la corriente de los demás seres. No quiere matar y mata, ó lo que es lo mismo, tiene valor para hacerlo, pero es débil para resistir los impulsos que le incitan á ello, ó para acatar con resignacion el fallo de la suerte.

Y, sin embargo, MARTIN FIERRO, en los momentos de vacilacion y de desesperacion, cuando vacila ó cuando llora, cuando canta ó cuando rie, es varonil, es fuerte y en esto no se parece ciertamente, ni á Anastasio el Pollo, ni á Santos Vega, ni á Juan Sin Ropa.

Hay algo mas todavía en la obra del señor Hernandez, que no pueda pasar desapercibido para ninguna persona inteligente y de mediana instruccion.

Se moteja y se tacha al señor Hernandez, de prosaico y de insoportable, y sin embargo —salvo rarísimos períodos— la obra que nos ocupa está completamente encadenada y sujeta, no solamente á los invariables principios de la estética, sino tambien á los de la mas sana filosofia, si bien puestos al alcance de los críticos mas obtusos.

Está encadenada á los principios de la estética, porque no habiendo paletas cuyos colores compitan con la palabra humana, ésta se amolda admirablemente al lenguaje del gauchó, á fin de que no palidezcan en nuestra imaginacion las imágenes de MARTIN FIERRO, de Cruz y del viejo Vizcacha; pinturas todas que pueden competir, á pesar de la diferencia de género, con las de algunos clásicos europeos. La verdad y el colorido de ellas, nos hacen sentir y pensar, obligándonos á terminar la lectura del libro una vez abierto, y hasta, si se nos permitiese la frase, llorar cuando ellos lloran y reir cuando ellos rien. Si la estética es la ciencia de la sensibilidad, debo confesar que MARTIN FIERRO está sujeta á los principios que ella establece por cuanto su lectura me ha causado diversas emociones é impresiones.

Considerada la obra que me ocupa, bajo el punto da vista filosófico, debo confesar tambien que su filosofia es tanto mas valiosa cuanto es mas original.

No se verán en ellas máximas tomadas de Kaut, de Spencer, de Ribot, de Aristóteles ó de otros filósofos, pero en cambio, las que Hernandez pone en boca del viejo Vizcacha, de MARTIN FIERRO y del payador moreno, son además de ser concisas y claras, tan originales como los refranes que Cervantes pone en la de Sancho, ó las máximas que oportunamente coloca el mismo autor en la de *Don Quijote*.

Los *dichos*, pues, refranes, ó máximas de que está sembrada, tanto la ida como la vuelta de MARTIN FIERRO, constituyen la filosofia popular, expresada en lenguaje gauchesco, con expresiones y modismo puramente locales, pero cuyo fondo de verdad no puede negar ninguna persona instruida.

Voy á terminar; MARTIN FIERRO, es una obra que descansa en sólidas bases: es el producto de la observacion y de la experimentacion, por cuanto refleja en unas cuantas individualidades, identificándose con ellas, toda una raza entera, que el progreso moderno, en sus múltiples manifestaciones, se ha encargado de hacer que desaparezca.

DR. MOORNE.





Tal vez en el corazón—lo tocó un Santo Bendito—a un gaucho que pegó el grito, y dijo—«Cruz no consiente—  
que se cometa el delito—de matar así un valiente. . . .



---

# MARTIN FIERRO

---

Acá me pongo á cantar  
Al compás de la vigüela,  
Que el hombre que lo desvela  
Una pena extraordinaria,  
Como el ave solitaria  
Con el cantar se consuela.

Pido a los Santos del Cielo  
Que ayuden mi pensamiento,  
Les pido en este momento  
Que voy á cantar mi historia  
Me refresquen la memoria  
Y aclaren mi entendimiento.

Vengan Santos milagrosos,  
Vengan todos en mi ayuda,  
Que la lengua se me añuda  
Y se me turba la vista;  
Pido á mi Dios que me asista  
En una ocasión tan ruda.

Yo he visto muchos cantores,  
Con famas bien obtenidas,  
Y que después de adquiridas  
No las quieren sustentar:—  
Parecé que sin largar  
Se cansaron en partidas.

Mas ande otro criollo pasa  
Martin Fierro ha de pasar,  
Nada lo hace recular  
Ni las fantasmas lo espantan;  
Y dende que todos cantan  
Yo tambien quiero cantar.

Cantando me he de morir,  
Cantando me han de enterrar,  
Y cantando he de llegar  
Al pie del Eterno Padre—  
Dende el vientre de mi madre  
Vine á este mundo á cantar.

Que no se trave mi lengua  
Ni me falte la palabra—  
El cantar mi gloria labra  
Y poniéndome á cantar,  
Cantando me han de encontrar  
Aunque la tierra se abra.

Me siento en el plan de un bajo  
A cantar un argumento—  
Como si soplara un viento  
Hago tiritar los pastos—  
Con oros, copas y bastos  
Juega allí mi pensamiento

Yo no soy cantor letrado,  
Mas si me pongo á cantar  
No tengo cuando acabar  
Y me envejezco cantando,  
Las coplas me van brotando  
Como agua de manantial

Con la guitarra en la mano  
Ni las moscas se me arriman,  
Naides me pone el pie encima.  
Y cuando el pecho se entona,  
Hago gemir á la prima  
Y llorar a la bordona.

Yo soy toro en mi rodeo  
Y torazo en rodeo ageno.  
Siempre me tuve por güeno  
Y si me quieren probar,  
Salgan otros á cantar  
Y veremos quien es menos.

No me hago al lao de la güeya  
Aunque vengan degollando,  
Con los blandos yo soy blando  
Y soy duro con los duros.  
Y ninguno en un apuro  
Me ha visto andar tutubiando.

En el peligro ¡que Cristos!  
El corazón se me ensancha  
Pues toda la tierra es cancha,  
Y de esto naides se asombre,  
El que se tiene por hombre  
Ande quiera hace pata ancha.

Soy gaucho, y entiendaló  
Como mi lengua lo esplica,  
Para mi la tierra es chica  
Y pudiera ser mayor  
Ni la víbora me pica  
Ni quema mi frente el Sol,

Nací como nace el peje  
En el fondo de la mar;  
Naides me puede quitar  
Aquello que Dios me dió—  
Lo que al mundo truge yo  
Del mundo lo he de llevar

Mi gloria es vivir tan libre  
Como el pájaro del Cielo,  
No hago nido en este suelo  
Ande hay tanto que sufrir;  
Y naides me ha de seguir  
Cuando yo remonto el vuelo.

• Yo no tengo en el amor  
Quien me venga oon querellas;  
Como esas aves tan bellas  
Que saltan de rama en rama—  
Yo hago en el trébol mi cama.  
Y me cubren las estrellas.

Y sepan cuantos escuchan  
De mis penas el relato  
Que nunca peléo ni mato  
Sino no por necesidá;  
Y que á tanta alversidá  
Solo me arrojó el mal trato.

Y atiendan la relacion  
Que hace un gaucho perseguido,  
Que padre y marido ha sido  
Empeñoso y diligente,  
Y sin embargo la gente  
Lo tiene por un bandido.

## II

Ninguno me hable de penas  
Porque yo penando vivo  
Y naides se muestre altivo  
Aunque en el estribo esté  
Que suele quedarse á pie  
El gaucho mas alvertido.

Junta esperencia en la vida  
Hasta pa dar y prestar,  
Quien la tiene que pasar  
Entre sufrimiento y llanto;  
Porque nada enseña tanto  
Como el sufrir y el llorar.

Viene el hombre ciego al mundo  
Cuartitiéndolo la esperanza,  
Y a poco andar ya lo alcanzan  
Las desgracias a empujones;  
¡Jué pucha! que trae liciones  
El tiempo con sus mudanzas!

Yo he colocado esta tierra  
En que el paisano vivía  
Y su ranchito tenía  
Y sus hijos y mujer.....  
Era una delicia el ver  
Como pasaba sus días.

Entonces...cuando el lucero  
Brillaba en el cielo santo,  
Y los gallos con su canto  
Nos deoían que el día llegaba,  
A la cocina rumbiaba  
El gaucho que era un encanto

Y sentao junto al fogón  
A esperar que venga el día.  
Al cimarron le prendía  
Hasta ponerse rechoucho,  
Mientras su china dormía  
Tapadita con su poncho.

Y apenas el horizonte  
Empezaba á coloriar  
Los pájaros á cantar,  
Y las gallina a apiarse,  
Era cosa de largarse  
Cada oual a trabajar.

Este se ata las espuelas,  
Se sale el otro cantando,  
Uno busca un pellón blando,  
Este un lazo, otro un rebenque,  
Y los pingos relinchando  
Los llaman desde el paleuque.

El que era piñon domador  
Enderezaba el corral,  
Ande estaba el animal  
Bufando que se las pela....  
Y mas malo que su agüela  
Se hacia astillas el bagual.

Y allí el gaucha inteligente  
En cuanto el potro enriéndolo,  
Los cueros le acomodó  
Y se lo sentó enseguida;  
Que el hombre muestra en la vida  
La astucia que Dios le dió.

Y en las playas corcobiando  
Pedazos se hacia el sotreta  
Mientras él por las paletas  
Le jugaba las lloronas,  
Y al ruido de las caronas  
Salía haciendose gambetas.

Ah! tiempos!... si era un orgullo  
Ver ginetiar un paisano—  
Cuando era gaucha baquiano  
Aunque el potro se boliasse,  
No habia uno que no parasse  
Con el cabresto en la mano.

Y mientras domaban unos,  
Otros al campo salían,  
Y la hacienda recogían,  
Las manadas repuntaban,  
Y así sin sentir pasaban,  
Entretenidos el día

Y verlos al cair la noche  
En la cocina riunidos,  
Con el juego bien prendido  
Y mil cosas que contar,  
Platicar muy divertidos  
Hasta despues de cenar.

Y con el buche bien lleno  
Era cosa superior  
Irse en brazos del amor  
A dormir como la gente,  
Pa empezar al día siguiente  
Las fainas del día anterior

Ricuerdo! ¡Que maravilla!!  
Cómo andaba la gauchada,  
Siempre alegre y bien montada  
Y dispuesta pa el trabajo....  
Pero al presente...barajo!  
No se le vé de aporriada.

Ei gaucha mas infeliz  
Tenia tropilla de un pelo  
No le faltaba un consuelo  
Y andaba la gente lista....  
Terdiendo al campo la vista,  
Solo via hacienda y cielo.

Cuando llegaban las yerras,  
Cosa que daba calor!  
Tanto gaucha pialador  
Y tironcador sin yel—  
Ah! tiempos!...pero si en él.  
Se ha visto tanto primor.

Aquello no era trabajo,  
Mas bien era una junción,  
Y despues de un güen tirón  
En que uno se daba maña,  
Pa darle un trago de caña  
Solia llamarlo el patrón.

Pues vivia la mamajuana  
Siempre bajo la carreta.  
Y aquel que no era chancleta  
En cuanto el goyete via,  
Sin miedo se le prendia  
Como güérfano a la teta.

Y que jugadas se armaban  
Cuando estábamos riunidos!  
Siempre ibamos prevenidos  
Pues en tales ocasiones,  
A ayudarles á los piones  
Caibau muchos comedidos.



Eran los días del apuro  
Y alboroto pa el hembraje,  
Pa preparar los potajes  
Y obsequiar bien á la gente,  
Y así, pues, muy grandemente,  
Pasaba siempre el gauchage.

Venia la carne con cuero,  
La sabrosa carbonada,  
Mazamorra bien pisada  
Los pasteles y el güen vino....  
Pero ha querido el destino,  
Que todo aquello acabara.

Estaba el gauchito en su pago  
Con toda seguridad;  
Pero aura.... barbaridá!  
La cosa anda tan fruncida,  
Que gasta el pobre la vida  
En juir de la autoridá.

Pues si usté pisa en su rancho  
Y si el alcalde lo sabe  
Lo caza lo mesmo que ave  
Aunque su mujer aborte....  
No hay tiempo que no se acabe  
Ni tiento que no se corte!

Y al punto dése por muerto  
Si el alcalde lo bolea,  
Pues hay no más se le apea  
Con una felpa de palos, —  
Y despues dicen que es malo  
El gauchito si los peléa.

Y el lomo le hinchán á golpes,  
Y le rompen la cabeza,  
Y luego con lijereza  
Así lastimao y todo,  
Lo amarran codo con codo.  
Y pa el cepo lo enderiezan.

Ay comienzan sus desgracias,  
Ay principia el pericon;  
Porque ya no hay salvacion,  
Y que usté quiera ó no quiera,  
Lo mandan á la frontera  
O lo echan á un batallon.

Así empezaron mis males  
Lo mesmo que los de tantos.  
Si gustan.... en otros cantos  
Les diré lo que he sufrido—  
Despues que uno está.... perdido  
No lo salvan ni los santos.

## III

Tuve en mi pago en un tiempo  
Hijos, hacienda y mujer,  
Pero empecé á padecer,  
Me echaron a la frontera,  
¡Y qué iba á hallar al volver!  
Tan solo hallé la tapera.

Sosegao vivia en mi rancho  
Como el pájaro en su nido—  
Allí mis hijos queridos  
Iban creciendo á mi lao....  
Solo queda al desgraciao  
Lamentar el bien perdido.

Mi gala en las pulperias  
Era en habiendo más gente,  
Ponerme medio caliente,  
Pues cuando puntao me encuentro,  
Me salen coplas de adentro  
Como agua de la virtiente.

Cantando estaba una vez  
En una gran diversión;  
Y aprovechó la ocasión  
Como quiso el Juez de Paz....  
Se presentó y ahí no más  
Hizo una arriada en monton.

Juyeron los más matreros  
Y lograron escapar—  
Yo no quise disparar—  
Soy manso y no habia porqué—  
Muy tranquilo me quedé  
Y así me dejé agarrar.

Allí un gringo con un órgano  
Y una mona que bailaba,  
Haciéndonos rair estaba  
Cuando le tocó el arreo—  
¡Tan grande el gringo y tan feo!  
Lo viera como lloraba.

Hasta un inglés zangaiador  
Que decía en la última guerra,  
Que él era de Inca-la-perra  
Y que no quería servir,  
Tuvo tambien que juir  
A guarecerse en la Sierra

Ni los mirones salvaron  
De esa arriada de mi flor—  
Fué acoyarao el cantor  
Con el gringo de la mona—  
A uno solo, por favor,  
Logró salvar la patrona.

Formaron un contingente  
Con los que del baile arriaron—  
Con otros nos mesturaron  
Que habían agarrao también—  
Las cosas que aquí se ven  
Ni los diablos las pensaron.

A mi el Juez me tomó entre ojos  
En la última votación—  
Me le había hecho el remolon  
Y no me arrimé ese día,  
Y él dijo que yo servía  
A los de la espocicion.

Y así sufrí ese castigo  
Tal vez por culpas ajenas—  
Que sean malas o sean güenas  
Las listas, siempre me escondo—  
Yo soy un gaucho redondo  
Y esas cosas no me enllenan.

Al mandarnos nos hicieron  
Mas promesas que á un altar—  
El Juez nos jué á proclamar  
Y nos dijo muchas veces:  
«Muchachos, á los seis meses  
«Los van á ir á revelar.»

Yo llevé un moro de número  
Sobresaliente el matucho!  
Con él gané en Ayacucho  
Mas plata que agua bendita—  
Siempre el gaucho necesita  
Un pingo pa fiarle un pucho.

Y cargué si dar mas güeltas  
Con las prendas que tenía,  
Gergas, poncho, cuanto había  
En casa, tuito lo alcé—  
A mi china la dejé  
Media desnuda ese día.

No me faltaba una guasca,  
Esa ocasion heché el resto:  
Bozal maniador cabresto,  
Lazo, bolas y manea....  
El que hoy tan pobre me vea  
Tal vez no oirá todo esto!!

Así en mi moro escarciendo  
Enderesé á la frontera;  
Aparceros! si usted viera  
Lo que se llama Canton:....  
Ni envidia tengo al raton  
En aquella ratonera.

De los pobres que allí había  
A ninguno lo largaron,  
Los mas viejos resongaron,  
Pero á uno que se quejó  
Enseguida lo estaquiaron  
Y la cosa se acabó.

En la lista de la tarde  
El Jefe nos cantó el punto  
Diciendo: «quinientos juntos  
«Llevará el que se resierte,  
«Lo haremos pitar del juerte  
«Mas bien dese por dijunto.»

A naides le dieron armas,  
Pues toditas las que había  
El Coronel las tenía,  
Sigun dijo esa ocasion  
Pa repartirlas el día  
En que hubiera una invasion.

Al principio nos dejaron  
De haraganes criando sebo.  
Pero despues.....no me atrevo  
A decir lo que pasaba—  
Barajo.....si nos trataban  
Como se trata á malevos

Porque todo era jugarles  
Por los lomos, con la espada,  
Y aunque usted no hiciera nada,  
Lo mesmito que en Palermo,  
Le daban cada cepiada  
Que lo dejaban enfermo

Y qué indios—ni qué servicio,  
No teníamos ni Cuartel—  
Nos mandaba el Coronel  
A trabajar en sus chacras,  
Y dejabamos las vacas  
Que las llevara el infiel.

Yo primero sembré trigo  
Y despues hice un corral,  
Corté adobe pa un tapial,  
Hice un quincho, corté paja....  
La pucha que se trabaja  
Sin que le larguen un rial.

Y es lo pior que aquel enriedo  
Que si uno anda hinchando el lomo  
Se le apéan como un plomo....  
¡Quien aguanta aquel infierno!  
Si eso es servir al Gobierno,  
A mí no me gusta el cómo.

Mas de un año nos tuvieron  
En esos trabajos duros,—  
Y los indios, le asiguro,  
Dentraban cuando querian:  
Como no los perseguian  
Siempre andaban sin apuro.

A veces decia al volver  
Del campo la descubierta,  
Que estuvieramos alerta  
Que andaba adentro la indiada;  
Porque habia una rastrillada  
O estaba una yegua muerta

Recien entónces salia  
La orden de hacer la riunion—  
Y cáibamos al canton  
En pelos y hasta enancaos,  
Sin armas, cuatro pelaos  
Que íbamos a hacer jabon.

Ay empesaba el afan  
Se entiende, de puro vicio  
De enseñarle el ejercicio  
A tanto gaucho recluta,  
Con un estrutor...que...bruta  
Que nunca sabia su oficio.

Daban entonces las armas  
Pa defender los cantones,  
Que eran lanzas y latones  
Con ataduras de tiento.....  
Las de juego no las cuento  
Porque no habia municiones

Y un sargento chamuscao  
Me contó que las tenían,  
Pero que ellos las vendian  
Para cazar avestruces;  
Y así andaban noche y dia  
Déle bala a los ñanduces.

Y cuando se iban los indios  
Con lo que habian manotiao,  
Salíamos muy apuraos  
A perseguirlos de atras,  
Si no se llevaban mas  
Es porque no habian hallao.

Alli, si, se ven desgracias  
Y lágrimas, y aflicciones,  
Naides le pida perdone  
Al indio—pues donde entra  
Roba y mata cuanto encuentra  
Y quema las poblaciones.

No salvan de su juror  
Ni los pobres angelitos:  
Viejos, mozos y chiquitos  
Los mata del mesmo modo—  
Que el Indio lo arregla todo  
Con la lanza y con los gritos

Tiemblan las carnes al verlo  
Volando al viento la cerda—  
La rienda en la mano izquierda  
Y la lanza en la derecha—  
Ande enderieza abre brecha  
Pues no hay lanzazo que pierda

Hace trotiadas tremendas  
Dende el fondo del desierto  
Ansi llega medio muerto  
De hambre, de sed y de fatiga,  
Pero el Indio es una hormiga  
Que día y noche está despierto.

Sabe manejar las bolas  
Como naides las maneja,  
Cuanto el contrario se aleja  
Manda una bola perdida,  
Y si lo alcanza, sin vida,  
Es siguro que lo deja.

Y el Indio es como tortuga  
De duro para espichar;  
Si lo llega á destripar  
Ni siquiera se le encoge  
Luego sus tripas recoge,  
Y se agacha á disparar.

Hacían el robo a su gusto  
Y después se iban de arriba,  
Se llevaban las cantivas  
Y nos contaban que a veces  
Les descarnaban los pieses  
A las pabrecitas, vivas.

¡Ah! sí partía el corazón  
Ver tantos males, canejo!  
Los perseguíamos de lejos  
Sin poder ni galopiar;  
¿Y qué habíamos de alcanzar  
En unos bichocos viejos?



Nos volvíamos al cantón  
A las dos o tres jornadas,  
Sembrando las caballadas:  
Y pa que alguno la venda,  
Rejuntábamos la hacienda  
Que habían dejao resagada

Una vez entre otras muchas,  
Tanto salir al botón,  
Nos pegaron un malón  
Los indios, y una lanciada,  
Que la gente acobardada  
Quedó dende esa ocasión.

Habían estao escondidos  
Aguaitando atrás de un cerro....  
¡Lo viera á su amigo Fierro  
Aflojar como un blandito!  
Salieron como maíz frito  
En cuanto sonó un cencerro.

Al punto nos dispusimos  
Aunque ellos eran bastantes,  
La formamos al instante  
Nuestra gente que era poca,  
Y golpiándose en la boca  
Hicieron fila adelante,

Se vinieron en tropel  
Haciendo temblar la tierra  
No soy manco pa la guerra  
Pero tuve mi jabón,  
Pues iba en un redomón  
Que había boliao en la sierra.

Qué vocerío! qué barullo!  
Qué apurar esa carrera!  
La indiada todita entera  
Dando alaridos cargó—  
Jué pucha.... y ya nos sacó  
Como yeguada matrera.

Que fletes traían los bárbaros!  
Como una luz de ligeros—  
Hicieron el entrevero  
Y en aquella mescolanza,  
Este quiero, este no quiero,  
Nos escojían con la lanza.

Al que le dan un chuzazo,  
Dificultoso es que sane,  
En fin, para no echar panes,  
Salimos por esas lomas,  
Lo mesmo que las palomas,  
Al juir de los gavilanes

Es de almirar la destreza  
Con que la lanza manejan!  
De perseguir nunca dejan—  
Y nos traían apretaos,  
Si queríamos de apuraos  
Salirnos por las orejas.

Y pa mejor de la fiesta  
En esa aflicción tan suma,  
Vino un Indio echando espuma,  
Y con la lanza en la mano  
Gritando «Acabau cristiano  
Metau el lanza hasta el pluma.»

Tendido en el costillar  
Cimbrando por sobre el brazo  
Una lanza como un lazo  
Me atropelló dando gritos—  
Si me descuido.... el maldito  
Me levanta de un lanzazo.

Si me atribulo, o me encojo  
Siguro que no me escapo:  
Siempre he sido medio guapo  
Pero en aquella ocasión,  
Me hacía bulla el corazón  
Como la garganta al sapo.

Dios le perdone al salvaje  
Las ganas que me tenía....  
Desaté las tres marías  
Y lo engatusé á cabriolas....  
Pucha.... si no traigo bolas  
Me achura el Indio ese día.

Era el hijo de un cacique  
Sigun yo lo averigüé—  
La verdá del caso jué  
Que me tuvo apuradazo  
Hasta que al fin de un bolazo  
Del caballo lo bajé.

Ay no más me tiré al suelo  
Y lo pisó en las paletas—  
Empezó á hacer morisquetas  
Y á mesquinar la garganta....  
Pero yo hice la obra santa  
De hacerlo estirar la geta.

Allí quedó de mojon  
Y en su caballo salté,  
De la indiada disparé,  
Pues si me alcanza me mata,  
Y al fin me les escapé  
Con el hilo de una pata.

## IV

Seguiré esta relación  
Aunque pa chorizo es largo:  
El que pueda hágase cargo  
Cómo andaría de matrero,  
Despues de salvar el cuero  
De aquel trance tan amargo.

Del sueldo nada les cuento  
Porque andaba disparando,  
Nosotros de cuando en cuando  
Solíamos ladrar de pobres—  
Nunca llegaban los cobres  
Que se estaban aguardando.

Y andábamos de mugrientos  
Que el mirarnos daba horror;  
Les juro que era un dolor  
Ver esos hombres, por Cristol  
En mi perra vida he visto  
Una miseria mayor.

Yo no tenía ni camisa  
Ni cosa que se parezca;  
Mis trapos solo pa yezca  
Me podían servir al fin....  
No hay plaga como un fortín  
Para que el hombre padezca.

Poncho, jergas, el apero,  
Las prenditas, los botones,  
Todo, amigo, en los cantones  
Jué quedando poco á poco,  
Ya nos tenían medio loco  
La pobreza y los ratones.

Solo una manta peluda  
Era cuanto me quedaba—  
La había agenciao á la taba  
Y ella me tapaba el bulto—  
Yaguané que allí ganaba  
No salía.... ni con indulto.

Y pa mejor hasta el moro  
Se me jué de entre las manos—  
No soy lerdo.... pero hermano,  
Dino el comendante un dia  
Viciendo que lo queria  
«Pa enseñarle á comer grano».

Afigúrese cualquiera  
La suerte de este su amigo,  
A pié y mostrando el umblico,  
Estropiao, pobre y desnudo,  
Ni por castigo se pudo  
Hacerse más mal conmigo.

Ansi pasaron los meses,  
Y vino el año siguiente,  
Y las cosas igualmente  
Siguieron del mismo modo—  
Adrade parece todo  
Pa atormentar á la gente.

No teníamos más permiso,  
Ni otro alivio la gauchada,  
Que salir de madrugada  
Cuando no habia Indio ninguno,  
Campo ajuera á hacer boliadas  
Desocando los reyunos

Y cáibamos al canton  
Con los fletes apiastaos—  
Pero á veces medio aviaca  
Con plumas y algunos cueros—  
Que pronto con el pulpero  
Los teníamos negociaos.

Era un amigo del Jefe  
Que con un boliche estaba,  
Yerba y tabaco nos daba  
Por la pluma de avestruz,  
Y hasta le hacía ver la luz  
Al que un cuero le llevaba.

Solo tenia cuatro frascos  
Y unas barricas vacías,  
Y á la gente le vendia  
Todo cuanto precisaba....  
Algunos creíban que estaba  
Allí la proveduría.

Ah! pulpero habilidoso,  
Nada le solia faltar—  
Ay juna—y para tragar  
Tenia un buche de ñandú,  
La gente le dió en llamar  
«El boliche de virtù».

Aunque es justo que quien vende  
Algun poquitito muerda,  
Tiraba tanto la cuerda  
Que con sus cuatro limetas.  
El cargaba las carretas  
De plumas, cueros y cerda





Era el hijo de un cacique—según yo lo avirigüe—la verdad del caso jué—que me tuvo apuradazo—hasta que al fin de un bolazo—del caballo lo bajé





Nos tenía apuntaos á todos  
 Con más onentas que un rosario,  
 Cuando se anunció un salario  
 Que iban á dar, ó un socorro—  
 Pero sabe Dios que zorro  
 Se lo comió al Comisario.

Pues nunca lo vi llegar  
 Y al cabo de muchos días—  
 En la mesma pulperia  
 Dieron una *buena cuenta*—  
 Que la gente muy contenta  
 De tan pobre recibía.

Sacaron unos sus prendas  
 Que las tenían empeñadas,  
 Por sus diudas atrasadas  
 Dieron otros el dinero;  
 Al fin de fiesta el pulpero,  
 Se quedó con la mascada.

Yo me arrecosté á un horcón  
 Dando tiempo á que pagaran,  
 Y poniendo güena cara  
 Estuve haciéndome el poyo,  
 A esperar que me llamaran  
 Para recibir mi boyo.

Pero ay me pude quedar  
 Pegao pa siempre al horcón—  
 Ya era casi la oracion  
 Y ninguno me llamaba—  
 La cosa se me ñublaba  
 Y me dentró comezon.

Pa sacarme el entripao  
 Vi al Mayor, y lo fi á hablar—  
 Yo me le empecé á atracar,  
 Y como con poca gana  
 Le dije: «Tal vez mañana  
 Acabarán de pagar».

«—Qué mañana ni otro día»  
 Al punto me contestó,  
 «La paga ya se acabó,  
 «Siempre has de ser animal»—  
 Me raj y le dije: «Yo....  
 «No he recibido ni un rial».

Se le pusieron los ojos  
 Que se le querían salir,  
 Y ay no más volvió á decir  
 Comiéndome con la vista:  
 «—Y qué querés recibir  
 «Si no has dentrao en la lista?»

«—Esto si que es amolar»  
 Dije yo pa mis adentros,  
 «Van dos años que me encuentro  
 «Y hasta aura he visto ni un grullo,  
 «Dentro en todos los barullos  
 «Pero en las listas no dentro».

Vide el plaito mal parao  
 Y no quise aguardar más....  
 Es güeno vivir en paz  
 Con quien nos ha de mandar—  
 Y reculando pa trás  
 Me le empecé á retirar.

Supo todo el Comendante  
 Y me llamó al otro día,  
 Diciéndome que quería  
 Averiguar bien las cosas—  
 Que no era el tiempo de Rosas,  
 Que aura á naides se debía.

Llamó al cabo y al sargento  
 Y empezó la indagación  
 Si había venido al canton  
 En tal tiempo ó en tal otro...  
 Y si había venido en potro,  
 En reyuno ó redomón.

Y todo era alborotar  
 Al ñudo y hacer papel,  
 Conoci que era pastel  
 Pa engordar con mi guayaca,  
 Mas si voy al Coronel  
 Me hacen bramar en la estaca.

¡Ah! hijos de una... la codicia  
 Ojalá les ruempa el saco;  
 Ni un pedazo de tabaco  
 Le dán al pobre soldao,  
 Y lo tienen de delgao  
 Mas lijero que un guenaco.

Pero que iba á hacerles yo,  
 Charavon en el desierto;  
 Más bien me daba por muerto  
 Pa no verme más fundido—  
 Y me les hacía el dormido  
 Aunque soy medio despierdo.

## V

Yo andaba desesperao,  
Aguardando una ocasión  
Que los indios un malon  
Nos dieran y entre el estrago  
Hacérmeles cimarron  
Y volverme pa mi pago.

Aquello no era servicio  
Ni defender la frontera—  
Aquello era ratonera  
En que solo gana el juerte—  
Era jugar á la suerte  
Con una taba culera.

Alli tuito vá al revés:  
Los milicos son los piones,  
Y ardan en las poblaciones  
Emprestaos pa trabajar—  
Los rejuntan pa peliar  
Cuando entran indios ladrones.

Yo he visto en esa milonga  
Muchos Jefes con estancia,  
Y piones en abundancia,  
Y majadas y rodeos;  
He visto negocios feos  
A pesar de mi inorancia.

Y colijo que no quieren  
La barunda componer—  
Para eso no ha de tener  
El Jefe, que esté de estable,  
Más que su poncho y su sable,  
Su caballo y su deber.

Ansina, pues, conociendo  
Que aquel mal no tiene cura,  
Que tal vez mi sepultura  
Si me quedo iba á encontrar,  
Pensé en mandarme mudar  
Como cosa más sigura.

Y pa mejor, una noche  
Qué estaqufada me pegaron,  
Casi me descoyuntaron  
Por motivo de una gresca—  
¡Ay juna, si me estiraron  
Lo mesmo que guasca frescal

Jamás me puedo olvidar  
Lo que esa vez me pasó—  
Dentrando una noche yo  
Al fortin, un enganchao,  
Que estaba medio mamao,  
Allí me desconoció.

Era un gringo tan bozal,  
Que nada se le entendía—  
¡Quién sabe de ánde sería!  
Tal vez no juera cristiano;  
Pues lo único que decia  
es que era *pa-po-litano*.

Estaba de centinela  
Y por causa del peludo  
Verme más claro no pudo  
Y esa fué la culpa toda—  
El bruto se asustó al nudo  
y fi el pabo de la boda.

Cuando me vido acercar:  
«*Quen vivore*».... preguntó  
«*Qué víboras*»—dije yo—  
«*Ha garto*»—me pegó el grito:  
Y yo dije despacito  
«*Más lagarto serás vos.*»

Ay no más—Cristo me valga!  
Rastrillar el jusil siento—  
Me agaché, y en el momento  
El bruto me largó un chumbo—  
Mamao, me tiró sin rumbo  
Que sino, no cuento el cuento.

Por de contao, con el tiro  
Se alborotó el avispero—  
Los Oficiales salieron  
Y se empezó la junción—  
Quedó en su puesto el nacion—  
Y yo fi al estaquiadero.

Entre cuatro bayonetas  
me tendieron en el suelo—  
Vino el mayor medio en pedo,  
Y alli se puso á gritar,  
«*Picaro 'te he de enseñar*  
«*A andar reclamando sueldos.*»

De las manos y las patas  
Me ataron cuatro sinchones—  
Les aguanté los tirones  
Sin que ni un ¡ay! se me oyera  
Y al gringo la noche entera  
Lo harté con mis maldiciones



Yo no sé porqué el Gobierno  
Nos manda aquí á la frontera,  
Gringada que ni siquiera  
Se sabe atracar á un pingo—  
Si ereerá al mandar un gringo  
Que nos manda alguna fiera!

No hacen más que dar trabajo  
Pues no saben ni ensillar,  
No sirven ni pa carniar;  
Y yo he visto muchas veces,  
Que ni voltiadas las reses  
Se les querian arrimar.

Y lo pasan sus mercedes  
Lengüetiando pico á pico—  
Hasta que viene un milico  
A servirles el asao—  
Y eso si, en lo delicao,  
Parecen hijos de rico.

Si hay calor, ya no son gente,  
Si yela, todos tiritan—  
Si usté no les dá, no pitan  
Por no gastar en tabaco,—  
Y cuando pescan un naco  
Uno al otro se lo quitan.

Cuando llueve se acoquinan  
Como perro que oye truenos—  
Qué diablos—solo son güenos  
Pa vivir entre maricas—  
Y nunca se andan con chicas  
Para alzar ponchos ajenos.

Pa vichar son como ciegos.  
No hay ejemplo de que entiendan.  
Ni hay uno solo que aprenda  
Al ver un bulto que cruza.  
A saber si es avestruza,  
O si es ginete, ó hacienda.

Si salen a perseguir  
Despues de mucho aparato,  
Tuitos se pelan al rato  
Y va quedando el tendal—  
Esto es como en un nidál  
Echarle güebós a un gato.

## VI

Vamos entrando recien  
A la parte mas sentida,  
Aunque es todita mi vida,  
De males una cadena—  
A cada alma dolorida  
Le gusta cantar sus penas.

Se empezó en aquel entónce  
A rejuntar caballada,  
Y riunir la milicada  
Teniéndola en el Canton,  
Para una despedición  
A sorprender á la Indiada.

Nos anunciaban que iríamos  
Sin carretas ni bagajes,  
A golpiar á los salvajes  
En sus mismas tolderias—  
Que á la güelta pagarian  
Licenciándolo al gauchaje.

Que en esta despedicion  
Tuviéramos la esperanza,  
Que iba a venir sin tardanza  
Sigun el Jefe contó,  
Un ministro ó qué sé yo—  
Que le llamaban Don Ganza.

Que iba á riunir el Ejército  
Y tuitos los batallones—  
Y que traiba unos cañones  
Con más rayas que un cotin—  
Pucha... las conversaciones  
Por allá no tenían fin.

Pero esas trampas no enriedan  
A los zorros de mi laya,  
Que esa Ganza venga o vaya  
Poco le importa á un matrero—  
Yo tambien dejé las rayas....  
En los libros del pulpero.

Nunca juí gaucho dormido  
Siempre pronto, siempre listo—  
Yo soy un hombre, ¡qué Cristal  
Que nada me ha acobardao,  
Y siempre sali parao  
En los trances que me he visto.

Dende chiquito gané  
La vida con mi trabajo,  
Y aunque siempre estuve abajo  
Y no sé lo que es subir—  
Tambien el mucho sufrir  
Suele cansarnos—¡barajo!

En medio de mi inorancia  
Conozco que nada valgo—  
Soy la liebre o soy el galgo  
A sigun los tiempos andan,  
Pero tambien los que mandan  
Debieran cuidarnos algo.

Una noche que riunidos  
Estaban en la carpeta  
Empinando una limeta  
El Jefe y el Juez de Paz—  
Yo no quise aguardar más,  
Y me hice humo en un sotreta.

Me parece el campo orégano  
Dende que libre me veo—  
Donde me lleva el deseo  
Allí mis pasos dirijo—  
Y hasta en las sombras, de fijo  
Que donde quiera rumbeo.

Entro y salgo del peligro  
Sin que me espante el estrago,  
No aflojo al primer amago  
Ni jamás fí gaucho lerdo:—  
Soy pa rumbiar como el cerdo  
Y pronto cai á mi pago.

Volvia al cabo de tres años  
De tanto sufrir al ñudo  
Resertor, pobre y desnudo—  
A procurar suerte nueva—  
Y lo mesmo que el peludo  
Enderecé pa mi cueva.

No hallé ni rastro del rancho—  
Solo estaba la tapera!—  
Por Cristo, si aquello era  
Pa enlutar el corazon—  
Yo juré en esa ocasion  
Ser más malo que una fiera!

¡Quién no sentirá lo mesmo  
Cuando ansi padece tanto!  
Puedo asigurar que el llanto  
Como una mujer largué—  
Ay! mi Dios—si me quedé  
Más triste que Jueves Santo!

Solo se oiban los aullidos  
De un gato que se salvó,  
El pobre se guareció  
Cerca, en una vizcachera—  
Venía como si supiera  
Que estaba de güelta yo.

Al dirme dejé la hacienda  
Que era todito mi haber—  
Pronto debíamos volver  
Sigun el Juez prometia,  
Y hasta entonces cuidaria  
De los bienes, la mujer.

.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....

Despues me contó un vecino  
Que el campo se lo pidieron—  
La hacienda se la vendieron  
En pago de arrendamientos  
Y qué sé yo, cuántos cuentos,  
Pero todo lo fundieron.

Los pobrecitos muchachos  
Entre tantas aflicciones  
Se conchavaron de piones  
¡Mas qué iban á trabajar,  
Si eran como los pichones  
Sin acabar de emplumar!

Por ahí andarán sufriendo  
De nuestra suerte el rigor;  
Me han contado que el mayor  
Nunca dejaba á su hermano—  
Puede ser que algun cristiano  
Los recoja por favor.

¡Y la pobre mi mujer—  
Dios sabe cuánto sufrió!  
Me dicen que se voló  
Con no sé que gavilan—  
Sin duda á buscar el pan  
Que no podía darle yo.

No es ráro que á uno le falte  
Lo que á algun otro le sobre—  
Si no le quedó ni un cobre  
Si no de hijos un enjambre,  
¿Qué más iba á hacer la pobre  
Para no morir de hambre?

Tal vez no te vuelva á ver,  
 Prenda de mi corazon!  
 Dios te dé su proteccion  
 Ya que no me la dió á mi—  
 Y á mis hijos dende aquí  
 Les echo mi bendicion.

Como hijitos de la cuna  
 Andarán por ahí sin madre—  
 Ya se quedaron sin padre  
 Y así la suerte los deja,  
 Sin naides que los proteja  
 Y sin perro que les ladre.

Los pobrecitos tal vez.  
 No tengan ande abrigarse,  
 Ni ramada ande ganarse,  
 Ni rincon ande meterse,  
 Ni camisa qué ponerse,  
 Ni poncho con qué taparse.

Tal vez los verán sufrir  
 Sin tenerles compasion—  
 Puede que alguna ocasion  
 Aunque los vean tiritando,  
 Los echen de algun jogon  
 Pa que no estén estorbando.

Y al verse ansina espantaos  
 Como se espanta á los perros,  
 Irán los hijos de Fierro  
 Con la cola entre las piernas  
 A buscar almas más tiernas  
 O esconderse en algun cerro.

Mas tambien en este juego,  
 Voy á pedir mi bolada—  
 A naides le debo nada  
 Ni pido cuartel ni doy;—  
 Y ninguno dende hoy  
 Ha de llevarme en la armada.

Yo he sido manso primero,  
 Y seré gaucho matrero—  
 En mi triste circunstancia  
 Aunque es mi mal tan profundo,  
 Nací, y me he criado en estancia,  
 Pero ya conozco el mundo.

Ya le conozco sus mañas,  
 Le conozco sus cucañas,  
 Sé cómo hacen la partida,  
 La enriedan y la manejan—  
 Deshaceré la madeja  
 Aunque me cueste la vida.

Y aguante el que no se anime  
 A meterse en tanto engorro,  
 O sino ápretese el gorro  
 O para otra tierra emigre—  
 Pero yo ando como el tigre  
 Que le roban los cachorros.

Aunque muchos cren que el gaucho  
 Tiene un alma de reyuno—  
 No se encontrará ninguno  
 Que no lo dueblen las penas—  
 Mas no debe aflojar uno  
 Mientras hay sangre en las venas.

## VII

De carta de mas me via  
 Sin saber á dónde dirme;  
 Mas dijeron que era vago  
 Y entraron á perseguirme.

Nunca se achican los males,  
 Van poco á poco creciendo,  
 Y ansina me vide pronto  
 Obligado á andar juyendo.

No tenia mujer, ni rancho,  
 Y á más, era resertor,  
 No tenia una prenda güena  
 Ni un peso en el tirador.

A mis hijos infelices,  
 Pensé volverlos á hallar—  
 Y andaba de un lao al otro  
 Sin tener ni qué pitar.

Supe una vez por desgracia  
 Que había un baile por allí—  
 Y medio desesperao  
 A ver la milonga fuí.

Riunidos al pericon  
 Tantos amigos hallé,  
 Que alegre de verme entre ellos,  
 Esa noche me apedé.

Como nunca, en la ocasion  
 Por peliar me dió la tranca,  
 Y la emprendí con un negro  
 Que trujo una negra en ancas.



Al ver llegar la morena  
Que no hacia caso de naidas,  
Le dije con la mamúa  
—«Va...ca...yendo gente al baile.»

La negra entendió la cosa  
Y no tardó en contestarme  
Mirándome como á perro  
«Mas vaca será su madre.»

Y entró al baile muy tiesa  
Con más cola que una zorra,  
Haciendo blanquiar los dientes  
Lo mesmo que mazamorra.

—«Negra linda»....dije yo—  
«Me gusta....pa la carona»—  
Y me puse á champurriar  
Esta coplita fregona:

«A los blancos hizo Dios,  
«A los mulatos San Pedro,  
«A los negros hizo el diablo»  
«Para tizon del infierno.»

Habia estao juntando rabia  
El moreno dende ajuera—  
En lo escuro le brillaban  
Los ojos como linterna.

Lo oonocí retobao  
Me acerqué y le dije presto:  
«Po...r...rudo que un hombre sea  
«Nunca se enoja por esto.»

Corcobió el de los tamangos  
Y creyéndose muy fijo:  
—«Mas *porrudo* serás vos,  
«Gaucha roto» me dijo.

Y ya se me vino al humo  
Como á buscarme la hebra—  
Y un golpe le acomodé  
Con el porron de ginebra.

Ay no más pegó el de ollin  
Más gruñidos que un chanchito,  
Y pelando un envenao  
Me atropelló dando gritos.

Pegué un brinco y abrí cancha  
Diciéndoles:—«Caballeros  
«Dejen venir ese toro»  
«Solo naci....solo muero.»

El negro, despues del golpe  
Se habia el poncho refalao  
Y dijo:—«Vas á saber  
«Si es solo ó acompaño.»

Y mientras se arremangó  
Yo me saqué las espuelas,  
Pues malicié que aquel tio  
Ne era de arriar con las riendas.

No hay oosa como el peligro  
Pa refrescar un mamao,  
Hasta la vista se aclara  
Por mucho que haiga chupao.

El negro me atropelló  
Como á quererme comer—  
Me hizo dos tiros seguidos  
Y los dos le abarajé.

Yo tenia un facon con S  
Que era de lima de acero;  
Le hize un tiro, lo quitó  
Y vino ciego el moreno.

Y en el medio de las aspas  
Un planazo le asenté,  
Que lo largué culebriando  
Lo mesmo que buscapié.

Le colorearon las motas  
Con la sangre de la herida  
Y volvió a venir furioso  
Como una tigre parida.

Y ya me hizo relumbrar  
Por los ojos el cuchillo,  
Alcanzando con la punta  
A cortarme en un carrillo.

Me hirvió la sangre en las venas  
Y me le afirmé al moreno,  
Dándole de punta y hacha  
Pa dejar un diablo menos.

Por fin en una topada  
En el cuchillo lo alcé  
Y como un saco de güesos  
Contra un cerco lo largé.

Tiró unas cuantas patadas  
Y ya cantó pa el carnero—  
Nunca me puedo olvidar  
De la agonía de aquel negro.

En esto la negra vino,  
Con los ojos como agí  
Y empezó la pobre allí  
A bramar como una loba—  
Yo quise darle una soba  
A ver si la hacia callar  
Más, pude reflesionar  
Que era malo en aquel punto,  
Y por respeto al dijunto  
No la quise castigar.

Limpié el facón en los pastos,  
Desaté mi redomon,  
Monté despacio, y sali  
Al tranco pa el cañadon.

Después supe que al finao  
Ni siquiera lo velaron,  
Y retobao en un cuero,  
Sin resarle lo enterraron.

Y dicen que dende entónces  
Cuando es la noche serena,  
Suele verse una luz mala  
Como de alma que anda en pena

Yo tengo intención á veces  
Para que no pene tanto,  
De sacar de allí los güesos  
Y echarlos el campo santo.

## VIII

Otra vez en un boliche  
Estaba haciendo la tarde,  
Cayó un gaucha que hacia alarde  
De guapo y peliador—

A la llegada metió  
El pingo hasta la ramada—  
Y yo sin decirle nada  
Me quedé en el mostrador.

Era un terne de aquel pago  
Que naidés le reprecia,  
Que sus enriedos tenia  
Con el señor Comendante:—

Y como era protegido,  
Andaba muy entonao,  
Y á cualquiera desgraciae  
Lo llevaba por delante.

Ah! pobre! si el mismo oreiba,  
Que la vida le sobraba,  
Ninguno diria que andaba  
Aguaitándolo la muerte—

Pero ansi pasa en el mundo,  
Es ansi la triste vida—  
Pa todos está escondida,  
La güena ó la mala suerte.

Se tiró al suelo, al dentrar  
Le dió un empeyón a un vasco—  
Y me alargó un medio frasco  
Diciendo—«Beba cuñao»  
—«Por su hermana» contesté,  
Que por la mia no hay ouidao.»

—«Ah! gaucha, me respondió,  
«De que pago será crioyo?—  
«Lo andará buscando el oyo?—  
«Deberá tener güen cuero?  
«Pero ande bala este toro  
«No bala ningun ternero»

Y ya salimos trensaos  
Porque el hombre no era lerdo,  
Mas como el tino no pierdo,  
Y soy medio ligeron,  
Le dejé mostrando el sebo  
De un revés con el facón.

Y como con la justicia  
No andaba bien por allí,  
Cuanto pataliar lo vi,  
Y el pulpero pegó el grito,  
Ya pa el palenque sali  
Como haciéndome el chiquito

Monté y me encomendé a Dios,  
Rumbiando para otro pago—  
Que el gaucha que llaman vago  
No puede tener querencia,  
Y ansi de estrago en estrago  
Vive llorando la ausencia.

El anda siempre juyendo,  
Siempre pobre y perseguido,  
No tiene cueva ni nido  
Como si fuera maldito—  
Porque ser gaucha.... baraje.  
El ser gaucha es un delito.

Es como el patrio de posta:  
Lo larga este, aquel lo toma,—  
Nunca se acaba la broma—  
Dónde chico se parece  
Al arbolito que crece,  
Desamparao en la loma.

Le echan la agna del bautismo  
Aquel que nació en la selva,  
«Buscá madre que te engüelva»  
Le dice el flaire y lo larga,  
Y dentra a cruzar el mundo  
Como burro con la carga.

Y se cria viviendo al viento  
Como oveja sin trasquila—  
Mientras su padre en las filas  
Anda sirviendo al Gobierno—  
Aunque tirite de invierno  
Naide lo ampara ni asila.

Le llaman «gaucho mamao»  
Si lo pillan divertido,  
Y que es mal entretenido  
Si en un baile lo sorprenden;  
Hace mal si se defiende  
Y si no, se vé... fundido.

No tiene hijos, ni mujer,  
Ni amigos ni protectores,  
Pues todos son sus señores  
Sin que ninguno lo ampare—  
Tiene la suerte del güey—  
Y donde irá el güey que no are!

Su casa es el pajonal,  
Su guarida es el desierto;  
Y si de hambre medio muerto  
Le echa el lazo á algun mamón,  
Lo persiguen como á pleito,  
Porque es un gaucho ladrón.

Y si de un golpe por ay  
Lo dan güelta panza arriba,  
No hay un alma compasiva  
Que le rece una oración—  
Tal vez como cimarrón  
En una cueva lo tiran.

•El nada gana en la paz  
Y es el primero en la guerra—  
No le perdonan si yerra,  
Que no saben perdonar,—  
Porque el gaucho en esta tierra  
Solo sirve pa votar.

Para él son los calabozos,  
Para él las duras prisiones,  
En su boca no hay razones  
Aunque la razón le sobre;  
Que son campanas de palo  
Las razones de los pobres.

Si uno aguanta es gaucho bruto—  
Si no aguanta, es gaucho malo—  
Déle azote, déle palo!  
Porque es lo que él necesita!—  
De todo el que nació gaucho  
Esta es la suerte maldita.

Vamos suerte—vamos juntos  
Dónde que juntos nacimos—  
Y ya que juntos vivimos  
Sin podernos dividir...  
Yo abriré con mi cuchillo  
El camino pa seguir.

## IX

Matreriando lo pasaba  
Y á las casas no venía  
Solía arrimarme de día  
Mas lo mesmo que el carancho  
Siempre estaba sobre el rancho  
Espionando á la polecía,

Viva el gaucho que ande mal  
Como zorro perseguido—  
Hasta que al menor descuido  
Se lo atarazquen los perros  
Pues nunca le falta un yerro  
Al hombre mas alvertido.

Y en esa hora de la tarde  
En que tuito se adormece,  
Que el mundo dentrar parece  
A vivir en pura calma  
Con las tristezas del alma  
Al pajonal enderiese.

Bala el tierno oorderito  
Al lao de la blanca oveja  
Y á la vaca que se aleja  
Llama el ternero amarrao—  
Pero el gaucho de graciao  
No tiene á quien dar su queja.



Anda es que al venir la noche  
Iba á buscar mi guarida—  
Pues anda el tigre se anida  
Tambien el hombre lo pasa—  
Y no queria que en las casas  
Me rodiára la partida.

Pues aun cuando vengan ellos  
Cumpliendo con sus deberes,  
Yo tengo otros pareceres  
Y en esa conducta vivo—  
Que no debe un gaucha altivo  
Peliar entre las mujeres.

Y al campo me iba solito  
Mas matrero que el venao—  
Como perro abandonao  
A buscar una tapera,  
O en alguna viscachera  
Pasar la noche tirao.

Sin punto ni rumbo fijo  
En aquella inmensidá  
Entre tanta oscuridá  
Anda el gaucha como duenda.  
Allí jamás lo sorprende  
Dormido, la autoridá.

Su esperanza es el coraje,  
Su guardia es la precaucion.  
Su pingo es la salvacion,  
Y pasa nno en su desvelo,  
Sin más amparo que el cielo  
Ni otro amigo que el facon.

.....  
.....  
.....

Ansi me hallaba una noche  
Contemplando las estrellas  
Que le parecen más bellas  
Cuando uno es más desgraciao,  
Y que Dios las haiga criaio  
Para consolarse en ellas.

Les tiene el hombre cariño  
Y siempre con alegría  
Ve salir las tres marías;  
Que si llueve, cuanto escampa,  
Las estrellas son la guía  
Que el gaucha tiene en la pampa

Aquí no valen doctores,  
Solo vale la experiencia,  
Aquí verian su inocencia

Esos que todo lo saben;—  
Por que esto tiene otra llave  
Y el gaucha tiene su cencia

Es triste en medio del campo  
Pasarse noche enteras  
Contemplando en sus carreras  
Las estrellas que Dios cria,—  
Sin tener más compañía  
Que su delito y las fieras.

Me encontraba como digo,  
En aquella soledá,  
Entre tanta oscuridá,  
Echando al viento mis quejas,  
Cuando el grito del chajá  
Me hizo parar las orejas.

Como lumbriz me pegué  
Al suelo para escuchar;  
Pronto sentí retumbar  
Las pisadas de los fletes,  
Y que eran muchos ginetes  
Conocí sin vacilar.

Quando el hombre está en peligro  
No debe tener confianza,  
Ansi tendido de panza  
Puse toda mi atencion  
Y ya escuché sin tardanza;  
Como el ruido de un laton.

Se venian tan calladitos  
Que yo me puse en cuidao,  
Talvez me hubieran bombiao  
Y me venian á buscar;  
Mas no quise disparar  
Que eso es de gaucha morao.

Al punto me santigüé  
Y eché de ginebra un taco,  
Lo mesmito que el mataco  
Me arroyé con el porron:  
«Si han de darme pa tabaco,  
Dije, «esta es güena ocasion:»

Me refalé las espuelas,  
Para no peliar con grillos,  
Me arremangué el calzoncillo  
Y me ajusté bien la faja;  
Y en una mata de paja,  
Probé el filo del cuchillo.

Para tenerlo á la mano  
El flete en el pasto ató,

La cincha le acomodé,  
Y en un trance como aquel,  
Haciendo espaldas en él  
Quietito los aguardé.

Cuando cerca los sentí,  
Y que hay nomas se pararon,  
Los pelos se me erizaron  
Y aunque nada veían mis ojos,  
«—No se han de morir de antojo»  
—Les dije, cuando llegaron.

Yo quise hacerles saber  
Que allí se hallaba un varon;  
Les conocí la intencion  
Y solamente por eso  
Fué que les gané el tiron,  
Sin aguardar voz de preso.

—«Vos sos un gaucha matrero»  
Dijo uno haciéndose el güeno,  
«Vos matastes un moreno  
«Y otro en una pulperia,  
«Aquí está la polecia  
«Que viene a justar tus cuentas;  
«Te va alzar por las cuarenta  
«Si te resistis hoy dia.»

—«No me vengan, contesté,  
«Con relacion de dijuntos;  
«Esos son otros asuntos;  
«Vean si me pueden llevar.  
«Que yo no me he de entregar  
«Aunque vengan todos juntos.»

Pero no aguardaron más,  
Y se apiaron en monton—  
Como á perro cimarron  
Me rodiaron entre todos,  
Yo me encomendé á los Santos,  
Y eché mano á mi facon.

Y ya vide el fogonazo  
De un tiro de garabina,  
Mas quiso la suerte indina  
De aquel maula, que me errase.  
Y ay no más lo levantase  
Le mesmo que una sardina.

A otro que estaba apurao  
Acomodando una bola,  
Le hice una dentrada sola,  
Y le hice sentir el fierro.  
Y ya salió como el perro  
Cuando le pisan la cola.

Era tanta la afliccion  
Y la angustia que tenían,  
Que tuitos se me venían  
Donde yo los esperaba,  
Uno al otro se estorbaba  
Y con las ganas no vían.

Dos de ellos que traiban sables  
Más garifos y resueltos,  
En las hilachas envueltos  
Enfrente se me pararon,  
Y á un tiempo me atropellaron  
Lo mesmo que perros sueltos.

Me fuí reculando en falso  
Y el poncho adelante eché,  
Y cuanto le puso el pié  
Uno medio chapeton,  
De pronto le di un tiron  
Y de espaldas lo largué.

Al verse sin compañero  
El otro se sofrenó,  
Entónces le dentré yo,  
Sin dejarlo resollar,  
Pero ya empezó á aflojar  
Y á la pu...n....ta disparó

Uno que en una tacuara  
Había atao una tijera,  
Se vino como si fuera  
Palenque de atar terneros,  
Pero en dos tiros certeros  
Salió aullando campo ajuera.

Por suerte en aquel momento  
Venía coloriendo el alba  
Y yo dije «si me salva  
«La virgen en este apure,  
«En adelante le juro  
«Ser mas güeno que una malva.

Pegué un brinco y entre todos  
Sin miedo me entreveré—  
Echo ovillo me quedé  
Y ya me cargó una yunta,  
Y por el suelo la punta  
De mi facon les jugué.

El mas engolocinao  
Se me apió con un achazo,  
Se lo quité con el brazo  
De nó, me mata los piojos;  
Y antes de que diera un paso  
Le eché tierra en los dos ojos.

Y miétras se sacudia  
 Refregándose la vista,  
 Yo me le fui como lista  
 Y ay no más me le afirmé  
 Diciéndole: «Dios te asista»  
 Y de un revés lo voltié.

Pero en ese punto mesmo  
 Sentí que por las costillas  
 Un sable me hacia cosquillas  
 Y la sangre se me heló—  
 Dende ese momento yo,  
 Me salí de mis casillas.

Dí para atrás unos pasos  
 Hasta que pude hacer pié,  
 Por delante me lo eché  
 De puntas y tajos á un criollo;  
 Metió la pata en un oyo,  
 Y jo al oyo lo mandé.

Tal vez en el corazon  
 Lo tocó un Santo Bendito,  
 A un gancho, que pegó el grito,  
 Y dijo:—«Cruz no consiente  
 «Que se cometa el delito»  
 «De matar ansi un valiente!

Y ay no más se me apareó,  
 Dentrándole á la partida,  
 Yo les hice otra embestida  
 Pues entre dos era robo;  
 Y el Cruz era como robo  
 Que defiende su guarida.

Uno despachó al infierno  
 De dos que lo atropellaron,  
 Los demás remolinaron,  
 Pues íbamos á la fija.  
 Y á poco andar dispararon  
 Lo mesmo que sabandija.

Ay quedaban largo á largo  
 Los que estiraron la geta,  
 Otro iba como maleta,  
 Y Cruz de atrás les decia:  
 «Que venga otra polecia»  
 «A llevarlos en carreta.»

Yo junté las osamentas,  
 Me hiqué y les recé un bendito;  
 Hice una cruz de un palito  
 Y pedí a mi Dios clemente,  
 Me perdonára el delito  
 De haber muerto tanta genta.

Dejamos amontonaos  
 A los pobres que murieron,  
 No sé si los recojieron  
 Porque nos fuimos a un rancho,  
 O si tal vez los caranchos  
 Ay no más se los comieron.

Lo agarramos mano á mano  
 Entre los dos al porron,  
 En semejante ocasion  
 Un trago á cualquiera encanta  
 Y Cruz no era remolon  
 Ni pijotiaba garganta.

Calentamos los gargueros,  
 Y nos largamos muy tiesos,  
 Siguiendo siempre los besos  
 Al pichel, y por más señas,  
 Ibamos como cigüeñas  
 Estirando los pescuesos.

—«Yo me voy, le dije, amigo,  
 «Donde la suerte me lleve,  
 «Y si es que alguno se atreve  
 «A ponerse en mi camino  
 «Yo seguiré mi destino  
 «Que el hombre hace lo que debe.»

«Soy un gaucha desgraciao  
 «No tengo donde ampararme,  
 «Ni un palo donde rascarme,  
 «Ni un árbol que me cubije;  
 «Pero ni aun esto me aflige  
 «Porque yo sé manejar.»

«Antes de cair al servicio  
 «Tenia familia y hacienda,  
 «Cuando volví, ni la prenda,  
 «Me la habian dejao ya,—  
 «Dios sabe en lo que vendrá  
 «A parar esta contienda.»

X

CRUZ

—Amigazo, pa sufrir  
 Han nacido los varones—  
 Estas son las ocasiones  
 De mostrarse un hombre juerta,  
 Hasta que venga la muerte  
 Y lo agarre á coscorronea



El andar tan despilchao  
Ningun mérito me quita,  
Sin ser un alma bendita  
Me duelo del mal ageno:  
Soy un pastel con relleno  
Que parece torta frita.

Tampoco me faltan males  
Y desgracias, le prevengo,  
Tambien mis desdichas tengo,  
Aunque esto poco me aflige—  
Yo sé hacerme el chanchito rengo  
Cuando la cosa lo esige.

Y con algunos ardiles  
Voy viviendo, aunque roto;,  
A veces me hago el sarnoso  
Y no tengo ni un granito,  
Pero al chifle voy ganoso  
Como panzon al maiz frito.

A mí no me matan penas  
Mientras tenga el cuero sano,  
Venga el sol en el verano  
Y la escarcha en el invierno—  
Si este mundo es un infierno  
¿Porqué afligirse el cristiano?

Hagásmole cara fiera  
A los males, compañero,  
Porque el zorro más matrero  
Suele cair como un chorlito;  
Viene por un corderito  
Y en la estaca deja el cuero.

Hoy tenemos que sufrir  
Males que no tienen nombres  
Pero esto á naides lo asombre  
Porque ansina es el pastel;  
Y tiene que dar el hombre  
Más vueltas que un carretel.

Yo nunca me he de entregar  
A los brazos de la muerte—  
Arrastro mi triste suerte  
Paso á paso y como pueda—  
Que donde ei débil se queda  
Se suele escapar el fuerte.

Y ricuerde cada cual  
Lo que cada cual sufrió,  
Que lo que es, amigo, yo,  
Hago ansi la cuenta mia:  
Ya lo pasado pasó—  
Mañana será otro dia.

Yo tambien tuve una pilcha  
Que me enllenó el corazon—  
Y si en aquella ocasion  
Alguien me hubiera buscado—  
Siguro que me habia hallado  
Mas prendido que un boton.

En la güella del querer  
No hay animal que se pierda...?  
Las mujeres no son lerdas—  
Y todo gauchito es dotor  
Si pa cantarle el amor  
Tiene que templar las cuerdas.

Quién es de un alma tan dura  
Que no quiera una mujer!  
Lo alivia en su padecer:  
Si no sale calavera  
Es la mejor compañera  
Que el hombre puede tener.

Si es güena, no lo abandona  
Cuando lo vé desgraciado,  
Lo asiste con su cuidao,  
Y con afan cariñoso  
Y usté tal vez ni un rebozo  
Ni una pollera le ha dao.

Grandemente lo pasaba  
Con aquella prenda mia—  
Viviendo con alegria  
Como la mosca en la miel—  
¡Amigo, que tiempo aquel!  
La pucha—que la queria!

Era la águila que á un árbol  
Dende las nubes bajó,  
Era más linda que el alba  
Cuando va rayando el sol—  
Era la flor deliciosa  
Que entre el trebolar creció.

Pero, amigo, el Comendante  
Que mandaba la milicia,  
Como que no desperdicia  
Se fué refalando á casa;  
Yo le conocí en la traza  
Que el hombre traiba malicia.

El me daba voz de amigo,  
Pero no le tenia fé—  
Era el jefe, y ya se vé,  
No podia competir yo—  
En mi rancho se pegó  
Lo mesmo que saguaipé.

A poco andar conocí,  
Que ya me habia desbancao,  
Y él siempre muy entonao,  
Aunque sin darme ni un cobre,  
Me tenia de lao á lao  
Como encomienda de pobre.

A cada rato, de chasque  
Me hacia dir á gran distancia,  
Ya me mandaba á una estancia.  
Ya al pueblo, ya á la frontera—  
Pero él en la comendancia  
No ponía los piés siquiera.

Es triste á no poder más  
El hombre en su padecer,  
Si no tiene una mujer  
Que lo ampare y lo consuele:  
Mas pa que otro se la pele  
Lo mejor es no tener.—

No me gusta que otro gallo  
Le cacaré á mi gallina—  
Yo andaba ya con la espina,  
Hasta que en una ocasion  
Lo pillé junto al jogon  
Abrazándome á la china.

Tenia el viejito una cara  
De ternero mal lamido,  
Y al verlo tan atrevido  
Le dije:—«Que le aproveche;  
«Que habia sido pa el amor  
«Como guacho pa la leche.»

Peló la espada y se vino  
Como á quererme ensartar,  
Pero yo sin tutubear  
Le volví al punto á decir:  
—«Cuidao no te vas á pér....tigo  
Poné cuarta pa salir.»

Un puntazo me largó  
Pero el cuerpo le saqué,  
Y en cuanto se lo quitó  
Para no matar un viejo,  
Con cuidao, medio de lejos  
Un planazo le asenté.

Y como nunca al que manda  
Le falta algun adulon  
Uno que en esa ocasion  
Se encontraba allí presente,  
Vino apretando los dientes  
Como perrito mamon.

Me hizo un tiro de revuelver  
Que el hombre creyó siguro,  
Era confiao y le juro  
Que cerquita se arrimaba—  
Pero siempre en un apuro  
Se desentumen mis tabas.

El me siguió menudiando  
Mas sin poderme asertar,  
Y yo, déle culebriar  
Hasta que al fin le dentré  
Y ay nomas lo despaché  
Sín dejarlo resollar.

Dentré á campiar enseguida  
Al viejito enamorao,  
El pobre se habia ganao  
En un noque de leja—  
¡Quién sabe como estaria  
Del susto que habia llevao!

Es zonzo el cristiano macho  
Cuando el amor lo domina!—  
El la miraba á la indina,  
Y una cosa tan jedionda  
Sentí yo, que ni en la fonda  
He visto tal jedentina.

Y le dije:—«Pa su agüela  
«Han de ser esas perdices»  
Yo me tapé las narices,  
Y me salí estornudando,  
Y el viejo quedó olfatiando  
Como chico con lumbrices.

Cuando la mula recula  
Señal que quiere cosiar—  
Ansí se suele portar  
Aunque ella lo disimula,  
Recula como la mula  
La mujer, para olvidar.

Alcé mi poncho y mis prendas  
Y me largué á padecer  
Por culpa de una mujer  
Que quiso engañar á dos—  
Al rancho le dije *adios*  
Para nunca más volver.

Las mujeres, dende entonces,  
Conocí á todas en una—  
Ya no he de probar fortuna  
Con carta tan conocida:  
Mujer y perra parida,  
No se me atraca ninguna.

## XI

A otros les brotan las coplas  
Como agua de manantial;  
Pues a mí me pasa igual:  
Aunque las mías nada valen,  
De la boca se me salen  
Como ovejas del corral.

Que en puertiendo la primera,  
Ya la siguen las demás,  
Y en montones las de atrás,  
Contra los palos se estrellan,  
Y saltan y se atropellan  
Sin que se corten jamás.

Y aunque yo por mi inorancia  
Con gran trabajo me esplico,  
Cuando llego á abrir el pico  
Téngalo por cosa cierta,  
Sale un verso y en la puerta  
Ya asoma el otro el hocico.

Y emprésteme su atencion  
Me oirá relatar las penas  
De que traigo la alma llena—  
Porque en toda circunstancia,  
Paga el gaucho su inorancia  
Con la sangre de sus venas.

Despues de aquella desgracia  
Me refugié en los pajales,  
Andube entre los cardales  
Como vicho sin guarida—  
Pero, amigo, es esa vida  
Como vida de animales.

Y son tantas las miserias  
En que me he sabido ver  
Que con tanto padecer  
Y sufrir tanta afliccion  
Malicio que he de tener  
Un callo en el corazon.

Ansi andaba como guacho  
Cuando pasa el temporal—  
Supe una vez por mí mal  
De una milonga que habia,  
Y ya pa la pulperia  
Enderezé mi bagual.

Era la casa del baile  
Un rancho de mala muerte,  
Y se eullenó de tal suerte  
Que andábamos á empujones—  
Nunca faltan encenrones  
Cuando un pobre se divierte.

Yo tenia unas medias botas  
Con tamaños verdugones—  
Me pusieron los talones  
Con crestas como los gallos  
Si viera mis aflicciones  
Pensando yo que eran callos.

Con gato y con fandanguillo  
Habia empezao el changango  
Y para ver el fandango  
Me colé haciéndome bola—  
Más, metió el diablo la cola,  
Y todo se volvió pango.

Habia sido el guitarrero  
Un gaucho duro de boca—  
Yo tengo pacencia poca  
Pa aguantar cuando no debo,  
A ninguno me le atrevo  
Pero me halla el que me toca.

A bailar un pericon  
Con una moza salí,  
Y cuanto me vido allí  
Sin duda me conoció—  
Y estas coplitas cantó  
Como por rairse de mí:

«Las mujeres son todas  
«Como las mulas—  
«Yo no digo que todas  
«Pero hay algunas  
«Que á las aves que vuelan  
«Les sacan plumas.»

«Hay gauchos que presumen  
«De tener damas—  
«No digo que presumen  
«Pero se alaban  
«Y á lo mejor los dejan  
«Tocando tablas.»

Se secretiaron las hembras—  
Y yo ya me encoré—  
Volié la anca y le grité  
«Dejá de cantar.....ohicharra»  
Y de un tajo á la guitarra  
Tuitas las cuerdas corté.







Al punto salió de adentro  
Un gringo con un júsil—  
Pero nunca he sido vil,  
Poco el peligro me espanta—  
Yo me refalé la manta  
Y la eché sobre candil.

Gané en seguida la puerta  
Gritando:—«Naidés me ataje»  
Y alborotao el embraje  
Lo que todo quedó escuro,  
Empezó á verse en apuro  
Mesturao con el gauchage.

El primero que salió  
Fué el cantor y se me vino—  
Pero yo no pierdo el tino  
Aunque haiga tomao un trsgo—  
Y hay algunos por mi pago  
Que me tienen por ladino.

No ha de haber achocao otro—  
Le salió cara la broma;  
A su amigo cuando toma  
Se le despeja el sentido,  
Y el pobrecito había sido  
Como carne de paloma.

Para prestar un socorro  
Las mujeres no son lerdas—  
Antes que la sangre pierda  
Lo arrimaron á unas pipas—  
Ay lo dejé con las tripas  
Como pa que hiciera cuerdas.

Monté y me largué a los campos  
Más libre que el pensamiento,  
Como las nubes al viento  
A vivir sin paradero,  
Que no tiene el que es matrero  
Nido, ni rancho, ni asiento.

No hay fuerza contra el destino  
Que le ha señalao el cielo—  
Y aunque no tenga consuelo  
Aguante el que está en trabajo—  
¡Naidés se rasca pa abajo!  
¡Ni se lonjea contra el pelo!

Con el gaucha desgraciao  
No hay uno que no se entone—  
La menor falta lo espone  
A andar con los avestruces!  
Faltan otros con mas luces  
Y siempre hay quien los perdona.

## XII

Yo no sé que tantos meses  
Esta vida me duró.  
A veces nos obligó  
La miseria á comer potro—  
Me habia acompaña con otros  
Tan desgraciaos como yo.—

Más ¿para qué platicar  
Sobre esos males,—canejo?  
Nace el gaucha y se hace viejo,  
Sin que mejore su suerte,  
Hasta que por ay la muerte  
Sale á cobrarle el pellejo.

Pero como no hay desgracia  
Que no acabe alguna vez,  
Me aconteció que despues  
De sufrir tanto rigor,  
Un amigo por favor  
Me compuso con el juez.

Le advertiré que en mi pago  
Ya no va quedando un criollo,  
Se los ha tragao el oyo,  
O juido ó muerdo en lo guerra  
Porque, amigo, en esta tierra  
Nunca se acaba el embrollo.—

Colijo que jué por eso  
Que me llamó el juez un dia,  
Y me dijo que queria  
Hacerme á su lao venir,  
Y que dentrase á servir  
De soldao de Polecia.—

Y me largó una ploclama  
Tratándome de valiente.  
Que yo era un hombre decente,  
Y que dende aquel momento  
Me nombraba de sargento  
Pa que mandára la gente.

Ansi estuve en la partida  
Pero, ¿qué habia de mandar?  
Anoche al irlo á tomar  
Vide güena coyuntura—  
Y á mí no me gusta andar  
Con la lata á la cintura.

.....  
.....  
.....



Ya conoce, pues quien soy,  
Tenga confianza conmigo,  
Cruz le dió mano de amigo  
Y no lo ha de abandonar—  
Juntos podemos buscar  
Pa los dos un mesmo abrigo.

Andaremos de matreros  
Si es preciso pa salvar—  
Nunca nos ha de faltar  
Ni un güen pingo pa juir—  
Ni ul pajal ande dormir,  
Ni un matambre que ensartar.

Y cuando sin trapo alguno  
Nos haiga el tiempo dejao—  
Yo le pediré emprestao  
El cuero á cualquiera lobo  
Y hago un poncho, si lo sobo,  
Mejor que poncho engomao.

Para mi la cola es pecho  
Y el espinazo cadera—  
Hago mi nido ande quiera  
Y de lo que encuentro como—  
Me echo tierra sobre el lomo  
Y me apeo en cualquier tranquera

Y dejo rodar la bola  
Que algun dia se ha de parar—  
Tiene el gaucha que aguantar  
Hasta que lo trague el oyo—  
O hasta que venga algun criollo  
En esta tierra mandar.

Lo miran al pobre gaucha  
Como carne de cogote:  
Lo tratan al estricote—  
Y si ansi las cosas andan,  
Porque quieren los que mandan  
Aguantemos los azotes.

Pucha—si usté los oyera  
Como yo en una ocasion,  
Tuita la conversacion  
Que con otro tuvo el juez—  
Le asiguro que esa vez  
Se me achicó el corazon.

Hablaban de hacerse ricos  
Con campos en las fronteras—  
De sacarla mas ajuera  
Donde habia campos baldios  
Y llevar de los partidos  
Gente que la defendiera.

Todos se güelven proyotos  
De colonias y carriles—  
Y tirar la plata a miles  
En los gringos enganchaos,  
Miéntas al pobre soldao  
Le pelan la chaucha—ah! viles!

Pero si siguen las cosas  
Como van hasta el presente  
Puede ser que de repente  
Veamos el campo desierto,  
Y blanqueando solamente  
Los güesos de los que han muerto

Hace mucho que sufrimos  
La suerte reclusiva—  
Trabaja el gaucha y no arriba.  
Porque á lo mejor del caso.  
Lo levantan de un sogazo  
Sin dejarle ni saliva.

De los males que sufrimos  
Hablan mucho los puebleros  
Pero hacen cómo los teros  
Para esconder sus neditos:  
En un lao pegan los gritos  
Y en otro tienen los güevos.

Y se hacen los que no aciertan  
A dar con la coyuntura—  
Miéntas al gaucha lo apura  
Con rigor la autoridad,  
Ellos á la enfermeda  
Le están errando la cura.

## XIII

## MARTIN FIERRO

Ya veo que somos los dos  
Astillas del mesmo palo—  
Yo paso por gaucha malo  
Y usté anda del mesmo modo,  
Y yo pa acabarlo todo  
A los Indios me refalo.

Pido perdon á mi Dios  
Que tantos bienes me hizo—  
Pero dende que es preciso  
Que viva entre los infieles—  
Yo seré cruel con los cruels—  
Ansi mi suerte lo quiso.



Por la frontera cruzaron—Y cuando la habian pasao,—una madrugada clara—le dijo Cruz que mirara—las últimas poblaciones





Dios formó lindas las flores,  
Delicadas como son—  
Les dió toda perfeccion  
Y cuanto él era capaz—  
Pero al hombre le dió mas  
Cuando le dió el corazon.

Le dió claridá á la luz,  
Juerza en su carrera al viento  
Le dió vida y movimiento  
Dende el águila al gusano—  
Pero más le dió al cristiano  
Al darle el entendimiento.

Y aunque á las aves les dió  
Con otras cosas que inoro,  
Esos piquitos como oro  
Y un plumaje como tabla—  
Le dió al hombre mas tesoro  
Al darle una lengua que habla.

Y dende que dió á las fieras  
Esa juria tan inmensa,  
Que no hay poder que las vensa  
Ni nada que las asombre—  
¿Qué ménos le daría al hombre  
Que el valor pa su defensa?

Pero tantos bienes juntos  
Al darle, malicio yo  
Que en sus adentros pensó  
Que el hombre los precisaba,  
Pues los bienes igualaba  
Con las penas que les dió.

Y yo empujao por las mias  
Quiero salir de este infierno:—  
Ya no soy pichon muy tierno  
Y sé manejar la lanza—  
Y hasta los Indios no alcanza  
La facultá del Gobierno.

Yo sé que allá los caciques  
Amparan á los cristianos,  
Y que lo tratan de «Hermanos»  
Cuando se van por su gusto—  
A qué andar pasando sustos....  
Alcemos el poncho y vamos.

En la cruzada hay peligros  
Pero ni aun esto me aterra—  
Yo ruedo sobre la tierra  
Arrastrao por mi destino—  
Y si erramos el camino....  
No es el primero que lo erra.

Si hemos de salvar ó nó—  
De esto naide nos responde,  
Derecho ande el sol se esconde  
Tierra adentro hay que tirar,  
Algun día hemos de llegar...  
Despues sabremos á donde.

No hemos de perder el rumbo  
Los dos somos güena yunta—  
El que es gaucho va ande apunta;  
Aunque inore ande se encuentra;  
Pa el lao en que el sol se dentra  
Dueblan los pasos la punta.

De hambre no perecemos  
Pues sigun otros me han dicho  
En los campos se hallan vichos  
De lo que uno necesita....  
Gamas, maticos, mulitas,  
Avestruces y quirquinchos.

Cuando se anda en el desierto  
Se come uno hasta las colas—  
Lo han cruzado mujeres solas  
Llegando al fin con salú,  
Y á dè ser gaucho el ñandú  
Que se escape de mis bolas.

Tampoco á la sé le temo,  
Yo la aguanto muy contento,  
Busco agua olfatiando al viento  
Y dende que no soy manco,  
Ande hay duraznillo blanco  
Cabo, y la saco al momento.

Allá habrá seguridá  
Ya que aquí no la tenemos,  
Ménos males pasaremos  
Y ha de haber grande alegría,  
El día que nos descolguemos  
En alguna tolderia.

Fabricaremos un toldo  
Como lo hacen tantos otros,  
Con unos cueros de potro  
Que sea sala y sea cocina,  
¡Tal vez no falte una china  
Que se apiade de nosotros!

Allá no hay que trabajar,  
Vive uno como un señor—  
De cuando en cuando un malon—  
Y si de él sale con vida,  
Lo pasa echao panza arriba  
Mirando dar güelta el sol.

Y ya qué á juerza de golpes  
La suerte nos dejó aflujo,  
Puede que allá veamos luz  
Y se acaben nuestras penas;  
Todas las tierras son güenas  
Vamosnos amigo Cruz.

El que maneja las bolas,  
El que sabe echar un pial,  
Y sentársele á un bagual  
Sin miedo de que lo baje,  
Entre los mismos salvajes  
No puede pasarlo mal.

El amor como la guerra  
Lo hace el criollo con canciones—  
A mas de eso en los malones  
Podemos aviarnos de algo,  
En fin, amigo yo salgo,  
De estas pelegrinaciones.

.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....

En este punto, el cantor  
Buscó un porron pa consuelo.  
Echó un trago como un cielo,  
Dando fin á su argumento;  
Y de un golpe el instrumento,  
Lo hizo astillas contra el suelo.

•Ruempo, dijo, la guitarra,  
Pa no volverme á tentar,  
Ninguno la ha de tocar  
Por siguro tenganló;  
Pues naidas ha de cantar  
Cuándo este gaucho cantó

Y daré fin á mis coplas  
Con aire de relacion,  
Nunca falta un pregunton  
Mas curioso que mujer,  
Y tal vez quiera saber  
Como jué la conclusion:

Cruz y Fierro de una estancia  
Una tropilla se arriaron—  
Por delante se la echaron  
Como criollos entendidos,  
Y pronto sin ser sentidos  
Por la frontera cruzaron.

Y cuando la habian pasao,  
Una madrugada clara  
Le dijo Cruz que mirára  
Las últimas poblaciones  
Y á Fierro dos lagrimones  
Le rodaron por la cara.

Y siguiendo el fiel del rumbo  
Se entraron en el desierto—  
No sé si los habrán muerto,  
En alguna correria,  
Pero espero que algun dia  
Sabré de ellos algo cierto.

Y ya con estas noticias  
Mi relación acabé,  
Por ser ciertas las conté,  
Todas las desgracias dichas—  
Es un telar de desdichas  
Cada gaucho que usté vé.

Pero ponga su esperanza  
En el Dios que lo formó,  
Y aquí me despido yo  
Que he relatao á mi modo,  
Males que conocen todos  
Pero que naidas cantó.

-E FIN -

## OTRAS COMPOSICIONES DEL Sr. HERNANDEZ

### EL VIEJO Y LA NIÑA

Cruza un arroyo inocente  
Sobre un campo de esmeralda,  
Y á su orilla crece un sauce  
Reflejándose en sus aguas.  
En sus transparentes ondas,  
Serenas, limpias y mansas,  
Varios descuidados cisnes  
Su blanco plumaje, bañan.  
Los pintados pajarillos,  
Saltando de rama en rama,  
Enamorados y alegres,  
Con sus dulces trinos cantan.  
Y las flores caprichosas,  
Que crecen entre la grama,  
Aquel manto de verdura,  
Entapizan y engalanan.  
Y las perfumadas brisas,  
Al cruzar en ténue calma,  
Rosan leve y suavemente,  
Agua, cisnes, flor y grama.  
Pálido un rayo de sol,  
Que se quiebra entre las ramas.  
Va á reflejar moribundo  
En las cristalinas aguas.  
Del verde sauce á la sombra  
Un pobre viejo descansa,  
Pura la mirada y limpia,  
Serena, aunque triste el alma.  
A sus trémulas rodillas  
Alegre una niña salta,  
Y sus sonrosados dedos  
Entre sus canas enlaza.  
En las huellas de la vida  
Muestra en su faz arrugada,  
Y ella refleja en su frente  
La pureza y la esperanza  
De la sien del viejo penden  
Escasas hebras de plata,  
Pues deja tan poco el mundo  
Que hasta deja pocas canas,  
Y ella los sedosos rizos,  
Flotantes sobre la espalda,  
Por la brisa acariceados  
No suelta, sino derrama,  
El es la verdad del fin  
Es la realidad ingrata;  
Y ella es la ilusion risueña  
Que dá vida á la esperanza.

El es el árido invierno  
Con su nieve y sus escarchas,  
Es desierto, soledad,  
Repulsion, tinieblas, nada.  
Y en la senda de la niña,  
la primavera derrama  
Todas sus galas floridas  
Con generosa abundancia.  
El es la noche sombría,  
Ella la aurora galana,  
Ella viene y el se vá  
Libre de oongoja el alma.  
Ella en su inquieta inocencia  
Jugueteando con sus canas  
—Porqué motivo, le dice,  
Tienes la cabeza blanca?  
Fija en la niña el anciano  
Pura y serena mirada,  
Sus secos labios contrae  
Lijera sonrisa amarga  
—No sabes, niña inocente,  
No sabes niña adorada  
Que la vida se parece  
A la antorcha que se apaga?  
Seductoras ilusiones,  
Nuestra juventud engañan  
Y al retirarse fugaces  
El tinte del pelo cambian  
Vienen muchos desencantos  
Muere ó se vá la esperanza;  
Que la esperanza de ayer  
Es desencanto mañana  
Y solo nos deja el mundo  
Al terminar la jornada,  
Al espíritu congojas  
Pero no á los ojos lágrimas,  
Solo deja el desengaño  
Y tristezas en el alma,  
Las arrugas en el rostro  
Y en la cabeza las canas!!  
Oyó la niña el sermon  
Sin entender ni palabra,  
Pues la vida tiene aún  
Arcanos que ella no alcanza.  
Se fué á arrojar juguetona  
Piedrecillas en el agua,  
Los cisnes tienden el vuelo  
Y el viejo vuelve á su casa



Las flores siguen creciendo,  
 Las aguas siguen su marcha,  
 Sigue el sauce dando sombra,  
 Sigue el pájaro en sus ramas.  
 Sigue la brisa apasible  
 Y al verde follaje arranca  
 Esa tímida armonía  
 Que sólo persibe el alma  
 Mas yo he seguido hasta aquí,  
 Y es tiempo de decir basta,  
 Porque las penas son mías  
 Y soy dueño de ocultarlas.

Yo soy ese pobre viejo  
 Lleno de arrugas y canas  
 Y es la niña juguetona,  
 La lectora de esta fábula.  
 Guarde ella sus ilusiones,  
 Yo mis tristezas amargas,  
 Ella sus blondos cabellos  
 Y yo mis escasas canas.  
 Que ya fugaron veloces  
 Las ilusiones del alma;  
 Pues ayer compré un billete  
 Y no me he sacado nada.

## LOS DOS BESOS

Volaron aquellas horas  
 En que la mente delira:  
 Sin cuerdas está mi lira  
 Y sin fuego el corazón.  
 Y pues que cantar no puedo  
 Tus encantos y embelesos,  
 A una historia de dos besos  
 Presta, niña, tu atención.

En los inmensos espacios  
 Dos besos que iban errantes,  
 Vagos, perdidos, flotantes,  
 Se llegaron á encontrar.  
 Y al tocarse levemente,  
 Yerto el uno y maldecido,  
 Tembló el otro, como herido  
 Por aquel roce fatal.

Y entre el éter las nubes,  
 Dó el trueno tiene su cuna,  
 Un tibio rayo de luna  
 Los ilumina á los dos.  
 Y el silencio interrumpiendo  
 Que en los espacios reinaba,  
 Un génio que allí pasaba  
 Oyó la siguiente voz:

—¿Quién eres?

—¿A donde vas?  
 Por el espacio, infinito?

—Tan fresco tú.

—Tu marchito

—¿De donde saliste, di?

—Yo soy ternura.

—Yo rabia.

—Yo dulzura.

—Yo dolor.

—Yo soy hijo del Amor

—Yo del odio y frenesí.

—Yo vierto un alma en otra alma

Divinizando las dos:

Soy el hábito de Dios,

Soy inocencia y virtud.

—Y yo soy remordimiento

Infamia, oprobio, perfidia:

Soy maldición, soy envidia.

Y perversa ingratitud.

—Yo soy perfume suave,

Soy celestial armonía,

Soy placer, soy alegría,

Soy esperanza que brota.

—Yo soy maldición, blasfemia.

Soy rencor de furias lleno,

Soy para el alma, veneno

Que destila gota á gota.

—Yo soy pureza y esencia.

—Yo crimen y falsedad.

—Yo salvé á la humanidad,

—Yo á la humanidad perdí.

—Soy yo de origen divino

—A mí el infierno me hizo.

—Yo nací en el Paraíso,

—Yo en Jerusalén nací.

—Yo soy virtud

—Yo maldad

—Yo inocencia

—Yo delito

—Yo soy deleite infinito.

—Yo soy infinito horror.

—Digámonos, pues, quien somos,

Y así saldremos de dudas

—Yo soy el beso de Judas

—Yo el primer beso de Amor

Y los dos al separarse,  
Para seguir su camino  
Por un mandato Divino  
Se miraron con horror,

—¡Adios! yo busco en el mundo  
Odios, venganzas, agravios!.....  
Y yo unos cándidos labios  
Que me den vida y calor.

## EL CARPINTERO

Al compás de su herramienta  
Mientras trabaja afanoso  
Así sus desdichas cuenta,  
Así canta y se lamenta  
Un carpintero amoroso.

«Es mi vida su mirada,  
Y cuando su voz escucho,  
Siento mi alma arrebatada  
De tierno gozo inundada.....  
—Muchacho, trae el cerrucho.

«Brotan de sus ojos bellos  
Penetrando el corazón  
Esos fúlgidos destellos  
Y absorto me quedo en ellos.....  
—Muchacho, trae el formón.

«De sus labios de granada  
Se escapa de amor el soplo,  
Y es ondeante y perfumada  
La abellera rizada.....  
—Muchacho, trae el escoplo.

«Y mi vida antes serena  
Tornóse agitada y turbia  
Cambióse el placer en frena,  
De amor gimo en la cadena,  
Muchacho, trae la gurbia.

«Y cariñoso con ella  
Inocente el cefirillo  
Juega al mirarla tan bella  
Fulgente como una estrella,  
Muchacho, trae el cepillo.

«Por ella es este dolor  
Por ella siento esta pena,  
Y ella con su cruel rigor  
Desdena, ingrata! mi amor:  
Muchacho, trae la barrena.»

Y amante sigue sus llantos  
Y sus eternas disputas  
Aliviando sus quebrantos  
Con sus amorosos cantos  
Entre tablas y virutas.

## CANTARES

Libros

A las unas les gustan  
Crónicas viejas,  
Y gustan a las niñas  
Lindas novelas—  
Mas no me asusto  
De que tengan entre ellas  
Distintos gustos.

Y para que no digan  
Que es impolítico,  
Después de estas verdades  
Haré un cumplido  
Las viejas, vivan!  
Que son madres ó abuelas  
De lindas niñas.

La vie  
Pa  
Y da vu  
Con  
Pero l:  
Tiene para  
Dedos de





# LA VUELTA

—DE—

# MARTIN FIERRO

POR  
JOSÉ HERNANDEZ

DECIMA EDICION ADORNADA CON DIEZ LAMINAS



CASA EDITORA Y DEPOSITO GENERAL  
LIBRERIA · MARTIN FIERRO · —147, BOLIVAR, 147

1894



## Quatro palabras de conversación con los Lectores

Entrego á la benevolencia pública, con el título: LA VUELTA DE MARTIN FIERRO, la segunda parte de una obra que ha tenido una acogida tan generosa, que en seis años se han repelido once ediciones con un total de cuarenta y ocho mil ejemplares.

El cuanto á su parte literaria, solo diré que no se debe perder de vista al juzgar los defectos del libro, que es copia fiel de un original que los tiene, y repetiré, que muchos defectos están allí con el objeto de hacer mas evidente y clara la imitación de los que lo son en realidad.

Un libro destinado á despertar la inteligencia y el amor á la lectura en una población casi primitiva, á servir de provechoso recreo, despues de las fatigosas tareas, á millares de personas que jamás han leído, debe ajustarse estricitamente á los usos y costumbres de esos mismos lectores, rendir sus ideas é interpretar sus sentimientos en su mismo lenguaje, en sus frases mas usuales, en su forma mas general, aunque sea incorrecta; con sus imágenes de mayor relieve, y con sus giros mas característicos, á fin de que el libro se identifique con ellos de una manera tan estrecha é íntima, que su lectura no sea sino una continuación natural de su existencia.

Solo así pasan sin violencia del brabajo al libro; y solo así, esa lectura puede serles amena, interesante y útil.

¡Ojalá hubiera un libro que gozára del dichoso privilegio de circular incesantemente de mano en mano en esa inmensa población diseminadas en nuestras vastas campañas, y que bajo una forma que lo hiciera agradable, que asegurara su popularidad, sirviera de ameno pasatiempo á sus lectores, pero:—

Enseñando que el trabajo honra lo es la fuente principal de toda mejora y bienestar.—

Enaltecendo las virtudes morales que nacen de la ley natural y que sirven de base á todas las virtudes sociales.—

Inculcando en los hombres el sentimiento de veneración hacia su Creador, inclinándolos á obrar bien.—

Afando las supersticiones ridículas y generalizadas que nacen de una deplorable ignorancia.—

Tendiendo á regularizar y dulcificar las costumbres, enseñando por medios hábilmente escondidos, la moderación y el aprecio de sí mismo; el respecto á los demas; estimulando la fortaleza por el espectáculo del infortunio acerbo, aconsejando la perseverancia en el bien y la resignación en los trabajos.—

Recordando á los Padres los deberes que

la naturaleza les impone para con sus hijos, poniendo ante sus ojos los males que produce su olvido, induciéndolos por ese medio á que mediten y calculen por sí mismo todos los beneficios de su cumplimiento.—

Enseñando á los hijos como deben respetar y honrar á los autores de sus dias.—

Fomentando en el esposo el amor á su esposa, recordando á esla los santos deberes de su estado; encareciendo la felicidad del hogar, enseñando á todos á tratarse con respeto reciproco, robusteciendo por todos estos medios los vínculos de la familia y de la sociabilidad.—

Afirmando en los ciudadanos el amor á la libertad, sin apartarse del respeto que es debido á los superiores y magistrados.—

Enseñando á los hombres con escasas nociones morales, que deben ser humanos y clementes, caritativos con el huérfano y con el desvalido; fieles á la amistad; gratos á los favores recibidos; enemigos de la holgazanería y del vicio; conforme con los cambios de fortuna: amantes de la verdad, tolerantes, justos y prudentes siempre.

Un libro que todo esto, mas que esto, ó parte de esto enseñara sin decirlo, sin revelar su prelección, sin dejarla conocer siquiera, seria indudablemente un buen libro, y por cierto; que levantaria el nivel moral é intelectual de sus lectores aunque dijera *nada* por *nadie*, *resertor* por *desertor*, *mesmo* por *mismo*, ó otros barbarismos semejantes; cuya enmienda le está reservada á la escuela, llamada á llenar un vacío que el poema debe respetar, y á corregir vicios y defectos de frascología, que son tambien elementos de que se debe apoderar el arte para combatir y eslrpar males morales mas fundamentales y trascendentes, examinándolo bajo el punto de vista de una filosofía mas elevada y pura.

El progreso de la locucion no es la base del progreso social, y un libro que se propusiera tan elevados fines, debería prescindir por completo de las delicadas formas de la cultura de la frase, subordinándose á las imperiosas exigencias de sus propósitos moralizadores, que serian en tal caso el éxito buscado.

Los personajes colocados en escena de berian hablar en su lenguaje peculiar y propio, con su originalidad, su gracia y sus defectos naturales, porque despojados de ese ropaje, lo serian igualmente de su carácter típico, que es lo único que los hace simpático, conservando la imitación y la verosimilitud en el fondo y en la forma.

Entra tambien en esta parte la elección



del prisma á través del cual le es permitido á cada uno estudiar sus tiempos. Y aceptando esos defectos como un elemento, se idealiza también. se piensa, se inclina á los demás á que piensen igualmente, y se agrupan, se preparan y conservan pequeños monumentos de arte, para los que ha de estudiarlo mañana y levantar el grande monumento de la historia de nuestra civilización.

El gaucho no conoce ni siquiera los elementos de su propio idioma, y sería una impropiedad cuando menos, y una falta de verdad muy censurable, que quien no ha abierto jamás un libro, siga las reglas de arte de Blair, Hermosilla ó la Academia.

El gaucho no aprende á cantar. Su único maestro es la espléndida naturaleza que en variados y majestuosos panoramas se extiende delante de sus ojos.

Canta porque hay en él cierto impulso moral, algo de métrico, de rítmico que domina en su organización y que lo lleva hasta el extraordinario extremo de que, todos sus refranes, sus dichos agudos, sus proverbios comunes son espesados en dos versos octosílabos perfectamente medidos, acentuados con inflexible regularidad, llenos de armonía, de sentimiento y de profunda intención.

Eso mismo hace muy difícil, sino de todo punto imposible, distinguir y separar cuales son los pensamientos originales del autor, y cuales los que son recojidos de las fuentes populares.

No tengo noticia que exista ni que haya existido una raza de hombre aproximados y la naturaleza, cuya, sabiduría proverbial llene todas las condiciones rítmicas de nuestros proverbios gauchos.

Qué singular es, y qué digno de observación, el oír á nuestros paisanos mas incultos, expresar en dos versos claros y sencillos, máximas y pensamientos morales que las naciones mas antiguas, la India y la Persia, conservaban como el tesoro inestimable de su sabiduría proverbial; que los griegos escuchaban con veneración de boca de sus sabios mas profundos, de Sócrates, fundador de la moral, de Platon y de Aristóteles; que entre los latinos difundió gloriosamente el afamado Séneca; que los hombres del Norte les dieron lugar preferente en su robusta y enérgica literatura; que la civilización moderna repite por medio de sus moralistas mas esclarecidos, y que se hallan consagrados fundamentalmente en los códigos religiosos de todos los grandes reformadores de la humanidad.

Indudablemente, que hay cierta semejanza íntima, cierta identidad misteriosa entre todas las razas del globo que solo estudian en el gran libro de la naturaleza; pues que de él deducen, y vienen deduciendo desde hacen mas de tres mil años, la misma enseñanza, las mismas virtudes naturales, espesadas en prosa por todos los hombres del globo, y en versos por los gauchos que habitan las vastas y fértiles comarcas que se extienden á las dos márgenes del Plata.

El corazón humano y la moral son los mismos en todos los siglos.

Las civilizaciones difieren esencialmente. «Jamás se hará, dice el doctor Don V. F. Lopez en su prólogo á LAS NEUROSIS, un profesor ó un catedrático Europeo de un Bracma;» así debe ser; pero no ofrecería la misma dificultad el hacer de un gaucho un Bracma lleno de sabiduría; si es que los Bracmas hacen consistir toda su ciencia en su sabiduría proverbial, según los pinta el sabio conservador de la Biblioteca Nacional de París, en «La sabiduría popular de todas las Naciones» que difundió en el nuevo mundo el americano Pazos Kanki.

Saturados de ese espíritu gaucho hay entre nosotros algunos poetas de formas muy cultas y correctas, y no ha de escasear el género, porque es una producción legítima y espontánea del país, y que, en verdad, no se manifiesta únicamente en el terreno florido de la literatura.

Concluyo aquí, dejando á la consideración de los benévolo lectores, lo que yo no puedo decir sin estender demasiado este prefacio poco necesario en las humildes coplas de un hijo del desierto.

¡Sea el público indulgente con él! y acepte esta humilde producción, que le dedicamos como que es nuestro mejor y mas antiguo amigo.

La originalidad de un libro debe empezar en el prólogo.

Nadie se sorprenda por lo tanto, ni de la forma ni de los objetos que este abraza; y debemos terminarlo haciendo público nuestro agradecimiento hacia los distinguidos escritores que acaban de honrarnos con su fallo, como el señor D. José Tomás Gnido, en una bellísima carta que acogieron deferentes *La Tribuna* y *La Prensa*, y que reprodujeron en sus columnas varios periódicos de la República.—El Dr. D. Adolfo Saldías, en un meditado trabajo sobre el tipo histórico y social del gaucho.—El Dr. D. Miguel Navarro Viola, en la última entrega de la *Biblioteca Popular*, estimulándonos, con honrosos términos, á continuar en la tarea empezada.

Diversos periódicos de la ciudad y campaña, como *El Herald*, del Azul, *La Patria*, de Dolores, *El Oeste*, de Mercedes, y otros, han adquirido también justos títulos á nuestra gratitud, que conservamos como una deuda sagrada.

Terminamos esta breve reseña con *La Capital*, del Rosario, que ha anunciado LA VUELTA DE MARTIN FIERRO, haciendo concebir esperanzas que Dios sabe si van á ser satisfechas.

Ciérrase este prólogo, diciendo que se llama este libro LA VUELTA DE MARTIN FIERRO, porque este título le dió el público, antes, mucho antes de haber yo pensando en escribirlo; y allá va á correr tierras con mi bendición paternal.

JOSE HERNANDEZ.

# LA VUELTA DE MARTIN FIERRO

MARTIN FIERRO

## 1

Atencion pido al silencio  
Y silencio á la atencion,  
Que voy en esta ocacion  
Si me ayuda la memoria,  
A mostrarles que á mi historia  
Le faltaba lo mejor.

Viene uno como dormido  
Cuando vuelve del desierto;  
Veré si á esplicarme acierto  
Entre gente tan bizarra,  
Y si al sentir la guitarra  
De mi sueño me despierto.

Siento que mi pecho tiembla  
Que se turba mi razon,  
Y de la vigüela al son  
Imploro á la alma de un sábio,  
Que venga á mover mi sabio  
Y alentar mi corazon.

Si no llego á treinta y una  
De fijo en treinta me planto,  
Y esta confianza adelanto  
Porque recibí en mi mismo,  
Con el agua del bautismo  
La facultá para el canto.

Tanto el pobre como el rico  
La razón me la han de dar;  
Y si llegan á escuchar

Lo que esplicaré á mi modo,  
Digo que no han de reir todos,  
Algunos han de llorar.

Mucho tiene que contar  
El que tuvo que sufrir,  
Y empezaré por pedir  
No duden de cuanto digo;  
Pues debe creerse al testigo  
Sinó pagan por mentir.

Gracias le doy á la vírgen  
Gracias le doy al Señor,  
Porque entre tanto rigor  
Y habiendo perdido tanto,  
No perdí mi amor al canto  
Ni mi voz como cantor.

Que cante todo viviente  
Otorgó el Eterno Padre,  
Cante todo el que le cuadre  
Como lo hacemos los dos,  
Pues solo no tiene voz  
El ser que no tiene sangre

Canta el pueblera...y es pueta,  
Canta el gaucha...y ay! Jesus!  
Lo miran como avestruz  
Su inorancia los asombra;  
Mas siempre sirven las sombras  
Para distinguir la luz

El campo es del inorante,  
El pueblo del hombre estruido;  
Yo que en el campo he nacido  
Digo que mis cantos son,  
Para los unos... sonidos  
Y para otros... intencion.

Yo he conocido cantores  
Que era un gusto el escuchar  
Mas no quieren opinar  
Y se divierten cantando;  
Pero yo canto opinando  
Que es mi modo de cantar.

El que va por esta senda  
Cuanto sabe desembucha,  
Y aunque mi cencia no es mucha,  
Esto en mi favor previene;  
Yo se el corazon que tiene  
El que con gusto me escucha.

Lo que pinta este pincel  
Ni e tiempo lo ha de borrar,  
Ninguno se ha de animar  
A corregirme la plana;  
No pinta quien tiene gana  
Sinó quien sabe pintar.

Y no piensen los oventes  
Que del saber ligo alarde;  
He conocido aunque tarde  
Sin haberme arrepentido,  
Que es pecado cometido  
El decir ciertas verdades.

Pero voy en mi camino  
Y nada me ladiará,  
He de decir la verdá,  
De naide soy adulon.  
Aqui no hay imitacion  
Esto es pura realidá.

Y el que me quiera enmendar  
Mucho tiene que saber—  
Tiene mucho que aprender  
El que me sepa escuchar—  
Tiene mucho que rumiar  
El que me quiera entender.

Mas que yo y cuantos me oigan  
Mas que las cosas que tratan  
Mas que lo que ellos relatan  
Mis cantos han de durar—  
Mucho ha habido que mascar  
Para hechar esta bravata.

Brotan quejas de mi pecho,  
Brotó un lamento sentido;  
Y es tanto lo que he sufrido  
Y males de tal tamaño,  
Que reto á todos les años  
A que traigan el olvido.

Ya verán si me dispierto  
Como se compone el baile—  
Y no se sorprenda naides

Si mayor fuego me anima;  
Porque quiero alzar la prima  
Como pa tocar al aire.—

Y con la cuerda tirante  
Dende que ese tono elija,  
Yo no he de aflojar manija  
Mientras que la voz no pierda;  
Sinó se corta la cuerda  
O no cede la clavija.

Aunque rompí el estrumento  
Por no volverme á tentar—  
Tengo tanto que contar  
Y cosas de tal calibre  
Que Dios quiera que se libre  
El que me enseñó á templar.

De naides sigo el ejemplo  
Naide á dirigirme viene—  
Yo digo cuanto conviene  
Y el que en tal güeya se plant,  
Debe cantar cuando canta  
Con toda la voz que tiene.

He visto rodar la bola  
Y no se quiere parar,  
Al fin de tanto rodar  
Me he decidido á venir  
Y ver si puedo vivir  
Y me dejan trabajar.

Sé dirigir la mansera  
Y tambien echar un pial—  
Sé correr en un rodeo—  
Trabajar en un corral—  
Me sé sentar en un pértigo  
Lo mesme que en un bagual.

Y empriestenme su atencion  
Si ansi me quieren honrar,  
De nó, tendré que callar  
Pues el pájaro cantor  
Jamás se para á cantar  
En árbol que no dá flor.

Hay trapilos que golpiar  
Y de aquí no me levanto;  
Escuchenme cuando canto  
Si quieren que desembuche—  
Tengo que desirles tanto  
Que les mando que me escuchen.

Dejenme tomar un trago  
Estas son atras cuarenta,  
Mi garganta está sedienta  
Y de esto no me abochorno—  
Pues el viejo como el horno  
Per la boca se calienta.



## 2

Triste suena mi guitarra  
Y el asunto lo requiere—  
Ninguno alegrías espere  
Sinó sentidos lamentos,  
De aquel que en duros tormentos  
Nace, crece, vive y muere.—

En la orilla de un arroyo  
Solitario lo pasaba,  
En mil cosas cavilaba  
Y á una gñelta repentina  
Se me hacia ver á mi china  
O escuchar que me llamaba.

Y las aguas serenitas  
Bebe el pingo trago á trago—  
Mientras sin ningun halago  
Pasa uno hasta sin comer,  
Por pensar en su mujer,  
En sus hijos y en su pago.



Llegada de Cruz y Fierro a las tolderías

Es triste dejar sus pagos  
Y largarse á tierra agena  
Llevándose la alma llena  
De tormentos y dolores,  
Mas nos llevan los rigores  
Como el pampero á la arena

Irse á cruzar el desierto  
Lo mismo que un foragido,  
Dejando aquí en el olvido  
Como dejamos nosotros,  
Su mujer en brazos de otro  
Y sus hijitos perdidos.—

Cuantas veces al cruzar  
En esa inmensa llanura,  
Al verse en tal desventura  
Y tan lejos de los suyos  
Se tira uno entre los yuyos  
A llorar con amargura.

Recordarán que con Cruz  
Para el desierto tiramos—  
En la pampa nos entramos,  
Cayendo por fin del viaje  
A unos toldos de salvajes,  
Los primeros que encontramos.

La desgracia nos seguía,  
Llegamos en mal momento—  
Estaban en parlamento  
Tratando de una invasion,  
Y el indio en tal ocasion  
Recela hasta de su aliento.

Se armó un tremendo alboroto  
Cuando nos vieron llegar,  
No podíamos aplacar  
Tan peligroso hervidero;  
Nos tomaron por bomberos  
Y nos quisieron lanzar

Nos quitaron los caballos  
A los muy pocos minutos;  
Estaban irresolutos,  
Quien sabe que pretendían.  
Por los ojos nos metían  
Las lanzas aquellos brutos.

Y dele en su lengüetéo  
Hacer gestos y cabriolas;  
Uno desató las bolas  
Y se nos vino en seguida;  
Ya no creíamos con vida  
Salvar ni por carambola.

Allá no hay misericordia  
Ni esperanza que tener—  
El indio es de parecer  
Que siempre matarse debe—  
Pues la sangre que no bebe  
Le gusta verla correr.

Cruz se dispuso á morir  
Peliando y me convidó—  
Aguantemos dije yó  
El fuego hasta que nos queme—  
Menos los peligros teme  
Quien mas veces los venció.

Se debe ser mas prudente  
Cuando el peligro es mayor;  
Siempre se salva mejor  
Andando con alverfencia,  
Porque no está la prudencia  
Reñida con el valor.

Vino al fin el lenguaraz  
Como á trairnos el perdón,  
Nos dijo— «La salvación  
«Se la deben á un cacique  
«Me manda que les explique  
«Que se trata de un malón.

«Les ha dicho á los demas  
«Que ustedes queden cautivos  
«Por si cain algunos vivos  
«En poder de los cristianos,  
«Rescatar á sus hermanós  
«Con estos dos fugitivos».

Volvieron al parlamento  
A tratar de sus alianzas,  
O tal vez de las matanzas,  
Y conforme les detallo—  
Hicieron cerco á caballo  
Recostándose en las lanzas.

Dentra al centro un indio viejo  
Y allí á lengüetiar se larga,  
Quien sabe que les encarga,

Pero toda la riunion  
Lo escuchó con atencion  
Lo menos tres horas largas.

Pegó al fin tres ataridos  
Y ya principia otra danza;  
Para mostrar su pujanza  
Y dar pruebas de ginete  
Dió riendas rayando el flete  
Y revolviendo la lanza.

Recorre luego la fila,  
Frente á cada indio se para,  
Lo amenaza cara á cara  
Y en su juria aquel maldito  
Acompaña con su grito  
El cimbrar de la tacuara.

Se vuelve aquello un incendio  
Mas feo que la misma guerra—  
Entre una nube de tierra  
Se hizo allí una mescolanza,  
De potors, indios y lanzas  
Con alaridos que aterran.

Parece un baile de fieras,  
Sigun yo me lo imagino—  
Era inmenso el remolino,  
Las voces aterradoras—  
Hasta que al fin de dos horas  
Se aplacó aquel torbellino

De noche formaban cerco  
Y en el centro nos poniam—  
Para mostrar que querian  
Quitarnos toda esperanza  
Ocho ó diez filas de lanzas  
Al rededor nos hacian.

Allí estaban vigilantes  
Cuidándonos á porfia,  
Cuando roncar parecian  
«*Huaincá*» gritaba cualquiera,  
Y toda la fila entera  
«*Huaincá*»—«*Huaincá*» repetía.

Pero el indio es dormilon  
Y tiene un sueño projundo—  
Es roncador sin segundo  
Y en tal confianza es su vida,  
Que ronca á pata tendida  
Aunque se dé güelta el mundo.

Nos averiguaban todo  
Como aquel que se previene—  
Porque siempre les conviene  
Saber las juersas que andan.  
Donde estan, quienes las mandan  
Que caballos y armas tienen,

A cada respuesta nuestra  
 Uno hace una exclamación—  
 Y luego en continuación  
 Aquellos indios feroces—  
 Cientos y cientos de voces  
 Repiten el mismo son.

Y aquella voz de uno solo  
 Que empieza por un gruñido—  
 Llega hasta ser alarido  
 De toda la muchedumbre—  
 Y así alquieren la costumbre  
 De pegar esos bramidos.

## 3

De ese modo nos hallamos  
 Empeñados en la partida—  
 No hay que darla por perdida  
 Por dura que sea la suerte;  
 Ni que pensar en la muerte,  
 Sinó en soportar la vida.

Se endurece el corazón.  
 No temo peligro alguno—  
 Por encontrarlo oportuno.  
 Allí juramos los dos:  
 Respetar tan solo á Dios  
 De Dios abajo, á ninguno

El mal es árbol que crece  
 Y que cortado retoña—  
 La gente esperta ó visóna  
 Sufre de infinitos modos—  
 La tierra es madre de todos,  
 Pero también dá ponzoña.

Mas todo varón prudente  
 Sufre tranquilo sus males—  
 Yo siempre los hallo iguales  
 En cualquier senda que elijo—  
 La desgracia tiene hijos  
 Aunque ella no tiene madre—

Y al que le toca la herencia  
 Donde quiera halla su ruina—  
 Lo que la suerte destina  
 No puede el hombre evitar—  
 Porque el cardo ha de pinchar  
 Es que nace con espina.

Es el destino del pobre  
 Un continuo safarrancho,  
 Y pasa como el carancho

Porque el mal nunca se sacia,  
 Si el viento de la desgracia  
 Vuela las pajas del rancho.

Mas quien manda los pesares  
 Manda también el consuelo—  
 La luz que baja del cielo  
 Alumbra al mas encumbrao  
 Y hasta el pelo mas delgao  
 Hace su sombra en el suelo.

Pero por mas que uno sufra  
 Un rigor que lo atormente  
 No debe hajar la frente  
 Nunca—por ningún motivo—  
 El álamo es mas altivo  
 Y gime constantemente.

.....  
 .....  
 .....  
 .....  
 .....

El indio pasa la vida  
 Robando ó echao de panza—  
 La única ley es la lanza  
 A que se ha de someter—  
 Lo que le falta en saber  
 Lo suple con desconfianza.

Fuera cosa de engarzarlo  
 A un indio caritativo—  
 Es duro con el cautivo,  
 Le dan un trato horroroso—  
 Es astuto y receloso,  
 Es audaz y vengativo—

No hay que pedirle favor  
 Ni que aguardar tolerancia—  
 Movidos por su inorancia  
 Y de puros desconfiaos—  
 Nos pusieron separaos  
 Bajo sutil vigilancia—

No pude tener con Cruz  
 Ninguna conversación—  
 No nos daban ocasión,  
 Nos trataban como ajenos—  
 Como dos años lo menos  
 Duró ésta separación.

Relatar nuestras penurias  
 Fuera alargar el asunto—  
 Les diré sobre este punto  
 Que á los dos años recién  
 Nos hizo el cacique el bien  
 De dejarnos vivir juntos.



Nos retiramos con Cruz  
A la orilla de un pajal—  
Por no pasarlo tan mal  
En el desierto infinito  
Hicimos come un bendito  
Con dos cueros de bagual

Fuimos á esconder allí  
Nuestra pobre situación  
Aliviando con la unión  
Aquel duro cautiverio—  
Tristes como un cementerio  
Al toque de la oración.

Debe el hombre ser valiente  
Si á rodar, se determina;  
Primero, cuando camina;  
Segundo, cuando descansa.  
Pues en aquellas andansas  
Perece el que se acoquina.

Cuando es manso el ternero  
En cualquier vaca se priende—  
El que gaucho esto lo entiende  
Y há de entender si le digo,  
Que andabamos con mi amigo  
Como pan que no se vende.

Guarecidos en el toldo  
Charlabamos mano á mano—  
Eramos dos veteranos  
Mansos pa las sabandijas,  
Arrumbaos como cubijas  
Cuando calienta el verano

El alimento no abunda  
Por mas empeño que se haga;  
Lo pasa uno como plaga,  
Ejercitando la industria—  
Y siempre como la nutria  
Viviendo á orillas del agua.

En semejante ejercicio  
Se hace diestro el cazador—  
Cai el piche engordador,  
Cai el pájaro que trina—  
Todo vicho que camina,  
Va á parar al asador—

Pues allí á los cuatro vientos  
La persecución se lleva,  
Naide escapa de la leva  
Y dende que el alba se asoma  
Ya recorre uno la loma,  
El bajo, el nido y la cueva.

El que vive de la caza  
A cualquier vicho se atreve—  
Que pluma ó cáscara lleve,

Pues cuando la hambre se siente  
El hombre le clava el diente  
A todo lo que se mueve.

En las sagradas alturas  
Está el maestro principal,  
Que enseña á cada animal  
A procurarse el sustento  
Y le brinda el alimento  
A todo ser racional.—

Y aves, y vichos y pejes.  
Se mantienen de mil modos;  
Pero el hombre en su acomodo  
Es curioso de observar:  
Es el que sabe llorar—  
Y es el que los come á todos.

## 4

Antes de aclarar el día  
Empieza el indio á aturdir  
La pampa con su rugir,  
Y en alguna madrugada  
Sin que sintieramos nada  
Se largaban á invadir—

Primero entierran las prendas  
En cuevas como peludo;  
Y aquellos indios cerdudos  
Siempre llenos de recelos,  
En los caballos en pelos  
Se vienen medio desnudos.

Para pegar el malon  
El mejor flete precuran—  
Y como es su arma segura  
Vienen con la lanza sola,  
Y varios pares de bolas  
Atados á la cintura.—

De ese modo anda liviano,  
No fatiga el mancarron;  
Es su espuela en el malon,  
Despues de bien afilao  
Un cuernito de venao  
Que se amarra en el garron.

El indio que tiene un pingo  
Que se llega á distinguir,  
Lo cuida hasta pa dormir;  
Da ese cuidado es eclavo—  
Se lo alquila á otro indio bravo  
Cuando vienen á invadir.

Por vigilarlo no come  
Y ni aun el sueño concilia—  
Solo en eso no hay decidia,  
De noche, les asiguro,  
Para tenerlo seguro,  
Le hace cerco la familia.

Por eso habrán visto ustedes,  
Si en el caso se han hallao,  
Y sinó lo han oservao  
Tenganlo dende hoy presente—  
Que todo pampa valiente  
Anda siempre bien montao.

Marcha el indio á trote largo  
Paso que rinde y que dura;  
Viene in direcion sigura  
Y jamás á su capricho—  
No se les escapa vicho  
En la noche mas oscura.

Caminan entre tinieblas  
Con un cerco bien formao;  
Lo estrechan con gran cuidao  
Y agarran al aclarar  
Nanduces, gamas, venaos—  
Cuanto ha podido dentrar.

Su señal es un humito  
Que se eleva muy arriba—  
Y no hay quien no lo aperciba  
Con esa vista que tienen;  
De todas partes se vienen  
A engrosar la comitiva.

Ansina se van juntando,  
Hasta hacer esas riuniones  
Que caín en las invasiones  
En número tan crecido—  
Para formarla han salido  
De los últimos rincones.

Es guerra cruel la del indio  
Porque viene como fiera;  
Atropella donde quiera  
Y de asolar no se cansa—  
De su pingó y de su lanza  
Toda salvacion espera.

Debe atarse bien la faja  
Quien aguardarlo se atreva;  
Siempre mala intencion lleva,  
Y como tiene alma grande  
No hay plegaria que lo ablande  
Ni dolor que lo conmueva.

Odia de muerte al cristiano  
Hace guerra sin cuartel—  
Para matar es sin yel,

Es fiero de condicion—  
No golpéa la compasion  
En el pecho del infiel.

Tiene la vista del águila  
Del leon la temeridá—  
En el desierto no habrá  
Animal que él no lo entienda—  
Ne fiera de quien no aprienda  
Un istinto de crueldá.

Es tenaz en su barbarie  
No esperen verlo cambiar,  
El deseo de mejorar  
En su rudeza no cabe—  
El bábaro solo sabe  
Emborracharse y peliar.

El indio nunca se rie  
Y el pretenderlo es en vano,  
Ni cuando festeja ufano  
El triunfo en sus correrias—  
La risa en sus alegrías  
Le pertenece al cristiano.

Se cruzan por el desierto  
Como un animal feroz—  
Dan cada alarido atroz  
Que hace erizar los cabellos,  
Parece que á todos ellos  
Los ha maldecido Dios.

Todo el peso del trabajo  
Lo dejan á las mujeres—  
El indio es indio y no quiere  
Apiar de su condicion,  
Ha nacido indio ladron  
Y como indio ladron muere.

El que envenenen sus armas  
Lés mandan sus hechiceras—  
Y como ni á Dios veneran  
Nada á los pampas contiene—  
Hasta los nombres que tienen  
Son de animales y fieras.—

Y son, por ¡Cristo bendito!  
Los mas desaciaos del mundo—  
Esos indios vagabundos  
Con repunancia me acuerdo,—  
Viven lo mesmo que el cerdo  
En esos toldos inmundos.

Naides puede imaginar  
Una miseria mayor—  
Su probeza causa horror—  
No sabe aquel indio bruto  
Que la tierra no dá fruto  
Sino la riega el sudor.

## 5

Aquel desierto se agita  
 Cuando la invasion regresa—  
 Llevan miles de cabezas  
 De vacuno y yeguarizo,  
 Pa no afligirse es preciso  
 Tener bastante firmeza.

Aquello es un hervidero  
 De pampas—un celemin—  
 Cuando riunen el botin  
 Juntando toda la hacienda,  
 Es cantidá tan tremenda  
 Que no alcanza á verse el fin.

Vuelven las chinas cargadas  
 Con las prendas en monton;  
 Aflige esa destruccion—  
 Acomodaos en cargueros  
 Llevan negocios enteros  
 Que han saquiado en la invasion.

Su pretension es robar,  
 No quedar en el pantano—  
 Viene á tierra de cristianos  
 Como furia del infierno;  
 No se llevan al gobierno  
 Porque no lo hallan á mano.

Vuelven locos de contentos  
 Cuando han venido á la fija—  
 Antes que ninguno elija  
 Empiezan con todo empeño,  
 Como dijo un santiagueño,  
 A hacerse la *repartija*.

Se reparten el botin  
 Con igualdá, sin malicia;  
 No muestra el indio codicia,  
 Ninguna falta comete—  
 Solo en esto se somete  
 A una regla de justicia.

Y cada cual con lo suyo  
 A sus toldos enderiesa—  
 Luego la matanza empieza  
 Tan sin razon ni motivo,  
 Que ne queda animal vivo  
 De esos miles de cabezas.

Y satifecho el salvaje  
 De que su oficio, ha cumplido  
 Lo pasa por ay tendido

Volviendo á su haraganiar—  
 Y entra la china á cueriar  
 Con un afán desmedido.

A veces á tierra adentro  
 Algunas puntas se llevan,  
 Pero hay pocos que se atreven  
 A hacer esas incursiones,  
 Porque otros indios ladrones  
 Les suelen pelar la breva.

Pero pienso que los pampas  
 Deben ser de los mas rudos—  
 Aunque andan medio desnudos  
 Ni su convenencia entienden,  
 Por una vaca que venden  
 Quinientas matan al ñudo.

Estas cosas y otras piores  
 Las he visto muchos años;  
 Pero si yo no me engaño  
 Concluyo ese bandalaje,  
 Y esos bárbaros salvajes  
 Non podrán hacer mas daño.

Las tribus estan desechas;  
 Los caciques mas altivos  
 Estan muertos ó cautivos  
 Privaos de toda esperanza  
 Y de la chusma y de lanza,  
 Ya muy pocos quedan vivos.

Son salvajes por completo  
 Hasta pa su diversion—  
 Pues hacen una juncion  
 Que naides se la imagina;  
 Recien le toca á la china  
 El hacer su papelon.

Cuanto el hombre es mas salvaje  
 Traa pior á la mujer—  
 Yo no sé, que pueda haber  
 Sia ella dicha ni goce—  
 ¡Feliz el que la conoce  
 Y logra hacerse querer!

Todo el que entiende la vida  
 Busca á su lao los placeres—  
 Justo es que las considere  
 El hombre de corazon;  
 Solo los cobardes son  
 Valientes con sus mujeres.

Pa servir á un desgraciado  
 Pronta la mujer está—  
 Cuando en su camino vá  
 No hay peligro que la astute;  
 Ni hay una á quien no le guste  
 Una obra de caridá.



No se hallará una mujer  
A la que esto no le cuadre—  
Yo alabo al Eterno Padre,—  
No porque las hizo bellas,  
Sino porque á todas ellas  
Les dió corazon de madre.

Es piadosa y diligente  
Y sufrida en los trabajos:  
Tal vez su valer rebajo  
Aunque la estimo bastante,  
Mas los indios ignorantes  
La tratan al estropajo.

Echan la alma trabajando  
Bajo el mas duro rigor—  
El marido es su señor,  
Como tirano la manda  
Porque el indio no se ablanda  
Ni siquiera en el amor.

No tiene cariño á naideś  
Ni sabe lo que es amar—  
¡Ni que se puede esperar  
De aquellos pechos de bronce!  
Yo los conocí al llegar  
Y los calé dente entónces.—

Mientras tiene que comer  
Permanece sosegao—  
Yo que en sus toldos he estao  
Y sus costumbres oservo—  
Digo que es como aquel cuervo  
Que no volvió del mandao.

Es para él como juguete  
Escupir un crucifijo—  
Pienso que Dios los maldijo  
Y ansina el ñudo desato;  
El indio, el cerdo y el gato,  
Redaman sangre del hijo.

Mas ya con cuentos de pampas  
No ocuparé su atencion—  
Debo pedirles perdon  
Pues sin querer me distraje,  
Por hablar de los salvajes  
Me olvidé de la juncion.

.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....

Hacen un cerco de lanzas,  
Los indios quedan ajuera—  
Dentra la china ligera

Como yeguada en la trilla,  
Y empieza allí la cuadrilla  
A dar güeltas en la era—

A un lao estan los caciques  
Capitanejos y el trompa;  
Tocando con toda pompa  
Como un toque de fagina;  
Adentro muere la china  
Sin que aquel círculo rompa.

Muchas veces se les oyen  
A las pobres los quejidos;  
Mas son lamentos perdidos—  
Al rededor del cercao  
En el suelo están mamaos  
Los indios dando alaridos.

Su canto es una palabra  
Y de ay no salen jamas—  
Llevan todos el compas  
*loká-loká* repitiendo,  
Me parece estarlas viendo  
Mas fieras que satanas.—

Al trote dentro del cerco,  
Sudando, hambrientas, jurirosas  
Desgreñadas y rotosas  
De sol á sol se lo llevan—  
Bailan, aunque truene ó llueva,  
Cantando la misma cosa.

## 6

El tiempo sigue en su giro  
Y nosotros solitarios,  
De los indios sanguinarios  
No teníamos que esperar—  
El que nos salvó al llegar  
Era el mas hospitalario.

Mostró noble corazon,  
Cristiano anhelaba ser  
La justicia es un deber,  
Y sus méritos nó callo—  
Nos regaló unos caballos  
Y á veces nos vino á ver.

A la voluntad de Dios  
Ni con la intencion resisto—  
El nos salvó.... pero, ah ¡Cristo!  
Muchas veces he deseado  
No nos hubiera salvado  
Ni jamas haberlo visto.

Quien recibe beneficios  
Jamás los debe olvidar;  
Y al que tiene que rodar  
En su vida trabajosa,  
Le pasan á veces cosas  
Que son duras de pelar.—

Voy dentrando poco á poco  
En lo triste del pasage—  
Cuando es amargo el brebaje  
El corazón no se alegra—  
Dentró una virgüela negra  
Que los diezmó á los salvajes.

Al sentir tal mortandá  
Los indios desesperaos,  
Gritaban alborotaos  
*«Cristiano echando gualicho»*  
No quedó en los toldos vicho  
Que no salió redotao.—

Sus remedios son secretos,  
Los tienen las adivinas—  
No los conocen las chinas  
Sinó alguna ya muy vieja,  
Y es la que los aconseja  
Con mil embustes la indina.

Allí soporta el paciente  
Las terribles curaciones—  
Pues á golpes y estrujones  
Son los remedios aquellos—  
Lo agarran de los cabellos  
Y le arrancan los mechones.

Les hacen mil herejías  
Que el presenciarla da horror—  
Brama el indio de dolor  
Por los tormentos que pasa;  
Y untándolo todo en grasa  
Lo ponen á hervir al sol.

Y puesto allí boca arriba  
Al rededor le hacen fuego—  
Una china viene luego  
Y al oído le da de gritos—  
Hay algunos tan malditos  
Que sanan con este juego.

A otros les cuecen la boca  
Aunque de dolores cruja—  
Lo agarrán allí y lo estrujan,  
Lábios le queman y dientes  
Con un güevo bien caliente  
De alguna gallina bruja.

Conoce el indio el peligro  
Y pierde toda esperanza—  
Si á escapárseles alcanza

Dispara come un liebre—  
Le dá delirios la fiebre  
Y ya le cain con la lanza.

Esas fiebres son terribles,  
Y aunque de esto no dispueto,  
Ni de saber me reputo,  
Será, decíamos nosotros,  
De tanta carne de potro  
Como comen esos brutos.

Habia un gringuito cautivo  
Que siempre hablaba del barco—  
Y lo augaron en un charco  
Por causante de la peste—  
Tenia los ojos celestes  
Como potrillito zarco.

Que le dieran esa muerte  
Dispuso una china vieja;  
Y aunque se aflige y se queja,  
Es inútil qué resista—  
Ponia el infeliz la vista  
Como la pone la oveja.

Nosotros nos alejamos  
Para no ver tanto estrago—  
Cruz sentia los amagos  
De la peste que reinaba—  
Y la idea nos acosaba  
De volver á nuestros pagos.

Pero contra el plan mejor  
El destino se revela—  
¡La sangre se me congela!  
El que nos habia salvado,  
Cayó tambien atacado  
De la fiebre y la virgüela.

No podíamos dudar  
Al verlo el tal padecer  
El fin que habia de tener,  
Y Cruz que era tan humano:  
«Vamos» me dijo, paisano  
«A cumplir con un deber».

Fuimos á estar á su lado  
Para ayudarlo á curar—  
Lo vinieron á buscar  
Y hacerle como á los otros;  
Lo defendimos nosotros,  
No lo dejamos lancar.

Iba creciendo la plaga  
Y la mortandá seguía;  
A su lado nos tenia,  
Cuidándolo con pacencia—  
Pero acabó su existencia  
Al fin de unos pocos días.

El recuerdo me atormenta,  
Se renueva mi pesar—  
Me dan ganas de llorar  
Nada á mis penas igualo;  
Cruz tambien cayó muy malo  
Ya para no levantar.

Todos pueden figurarse  
Cuanto tuve que sufrir;  
Yo no hacia sino gemir  
Y aumentaba mi afliccion,  
No saber una oracion  
Pa ayudarlo á bien morir.

De rodillas á su lado  
Yo lo encomendé á Jesus!—  
Faltó á mis ojos la luz—  
Tubo un terrible desmayo—  
Cai como herido del rayo  
Cuando lo vi muerto á Cruz.



Martin Fierro meditando en la Tumba de su amigo Cruz.

Se le pasmó la virguila,  
Y el pobre estaba en un grito—  
Me recomendó un hijito  
Que en su pago habia dejado,  
«Ha quedado abandonado  
«Me dijo, aquel pobrecito.»

«Si vuelve, busquemelo,  
Me repetía á mediá voz—  
«En el mundo eramos dos  
«Pues él ya no tiene madre:  
«Que sepa el fin de su padre  
«Y encomiende mi alma á Dios».

Lo apretaba contra el pecho  
Dominao por el dolor—  
Era su pena mayor  
El morir allá entre infieles—  
Sufriendo dolores crueles  
Entregó su alma al Criador.

## 7

Aquel bravo campañero  
En mis brazos espiró;  
Hombre que tanto sirvió,  
Varon que fué tan prudente,  
Por humano y por valiente  
En el desierto murió.—

Y yo, con mis propias manos  
Yo mesmo lo sepulté—  
A Dios por su alma rogué  
De dolor el pecho lleno—  
Y humedeció aquel terreno  
El llanto que redamé.



Cumplí con mi obligación,  
No hay falta de que me acuse  
Ni deber de que me escuse  
Aunque de dolor sucumba—  
Allá señala su tumba  
Una cruz que yo le puse.

Andaba de toldo en toldo  
Y todo me fastidiaba—  
El pesar me dominaba  
Y entregao al sentimiento,  
Se me hacia cada momento  
Oír á Cruz que me llamaba

Cual mas, cual menos los criollos  
Saben lo que es amargura—  
En mi triste desventura  
No encontraba otro consuelo  
Que ir á tirarme en el suelo  
Al lao de su sepultura.

Allí pasaba las horas  
Sin haber naides conmingo—  
Teniendo á Dios por testigo—  
Y mis pensamientos fijos,  
En mi mujer y mis hijos,  
En mi pago y en mi amigo.

Privado de tantos bienes  
Y perdido en tierra agena—  
Parece que se encadena  
El tiempo y que no pasára,  
Como si el sol se parára  
A contemplar tanta pena.

Sin saber que hacer de mi  
Y entregado á mi aflicción,  
Estando allí una ocasión,  
Del lao que venia el viento  
Oí unos tristes lamentos  
Que llamaron mi atención.

No son raros los quejidos  
En los toldos del salvaje,  
Pues aquel es vandalaje  
Donde no se arregla nada  
Sino á lanza y puñalada  
A balazos y á coraje.

No preciso juramento,  
Deben creerle á Martín Fierro—  
He visto en ese destierro  
A un salvaje que se irrita,  
Degollar una chinita  
Y tirarsela á las perros

He presenciado martirios  
He visto muchas crueldades—  
Crímenes y atrocidades

Que el cristiano no imagina;  
Pues ni el indio ni la china  
Sabe lo que son piedades.

Quise curiosear los lantos  
Que llegaban hasta mi,  
Al punto me dirigi,  
Al lugar de ande venian—  
Me horrorisa todavía  
El cuadro que descubrí!

Era una infeliz mujer  
Que estaba de sangre llena—  
Y como una Mádalena  
Lloraba con toda gana,—  
Conoci que era cristiana  
Y esto me dió mayor pena.

Cauteloso me acerqué  
A un indio que estaba al lao;  
Porque el pampa es desconfiao  
Siempre de todo cristiano,  
Y vi que tenia en la mano  
El rehenque ensangrentao.

## 8

Mas tarde supe por ella,  
De manera positiva,  
Que dentró una comitiva  
De pampas á su partido,  
Mataron á su marido  
Y la llevaron cautiva.

En tan dura servidumbre  
Hacian dos años que estaba—  
Un hijito que llevaba  
A su lado lo tenia—  
La china la aborrecia  
Tratandola como esclava.

Deseaba para escaparse  
Hacer una tentativa—  
Pues á la infeliz cautiva  
Naiden la va á redimir,  
Y allí tiene que sufrir  
El tormentto mientras viva.

Aquella china perversa  
Dende el punto que llegó  
Crueldá y orgullo mostró  
Porque el indio era valiente—  
Usava un collar de dientes  
De cristianos que él mató.

La mandaba trabajar,  
Poniendo cerca á su hijito  
Tiritando y dando gritos  
Por la mañana temprano,  
Atado de pies y manos  
Lo mismo que un corderito.

Ansi le imponia tarea  
De juntar leña y sembrar  
Viendo á su hijito llorar  
Y hasta que no terminaba  
La china no la dejaba  
Que le dicra de mamar.

Cuando no tenia trabajo  
La emprestaban á otra china—  
Naides, decia, se imagina.  
Ni es capaz de presumir  
Cuanto tiene que sufrir  
La infeliz que está cautiva.

Si ven crecido á su hijito  
Como de piedá no entienden,  
Y á suplicas nunca atienden,  
Cuando no es este es el otro  
Se lo quitan y lo venden  
O lo cambian por un potro.—

En la crianza de los suyos  
Son bárbaros por demas,  
No la habia visto jamás;  
En una tabla los atan  
Los crían así, y les achatan  
La cabeza por detras.

Aunque esto parezca extraño  
Ninguno lo ponga en duda  
Entre aquella gente ruda,  
En su barbara torpeza,  
Es gala que la cabeza  
Se les forme puntiaguda

Aquella china malvada  
Que tanto la aborrecia,  
Empezó á decir un dia  
Porque falleció una hermana,  
Que sin duda la cristiana  
Le habia echado brujería

El indio la sacó al campo  
Y la empezó á amenazar  
Que le habia de confesar  
Si la brujería era cierta:  
O que la iba á castigar  
Hasta que quedara muerta

Llora la pobre aflijida,  
Pero el indio en su rigor  
Le arrebató con furor

Al hijo de entre sus brazos,  
Y del primer rebencazo  
La hizo crujir de dolor.

Que aquel salvaje tan cruel  
Azotándola seguia,  
Mas y mas se enfurecia  
Cuanto mas la castigaba,  
Y la infeliz se atajaba  
Los golpes como podia.

Que le gritó muy furioso  
« *Confechando no querés* »  
La dió vuelta de un reves  
Y por calmar su amargura,  
A su tierna criatura  
Se la degolló á los pies.—

Es increíble, me decia,  
Que tanta fiera esista—  
No habrá madre que resista,  
Aquel salvaje inclemente  
Cometió traquilamente  
Aquel crimen á mi vista.

Esos orrores tremendos  
No los inventa el cristiano—  
Ese bárbaro inhumano,  
Sollozando me lo dijo,  
« Me amarró luego las manos  
Con las tripitas de mi hijo ».



De ella fueron los lamentos  
Que en mi soledá escuché—  
En cuanto al punto llegué  
Quedé enterado de todo—  
Al mirarla de aquel modo  
Ni un instante tutebí.

Toda cubierta de sangre  
Aquella infeliz cautiva,  
Tenia dende abajo arriba  
La marca de los lazazos,—  
Sus trapos hechos pedazos  
Mostraban la carne viva.

Alzó los ojos al cielo  
En sus lágrimas bañada,  
Tenia las manos atadas  
Su tormento estaba claro;  
Y me clavó una mirada  
Como pidiéndome amparo.

Yo no sé lo que pasó  
En mi pecho en ese instante,  
Estaba el indio arrogante  
Con una cara feroz:  
Para entendernos los dos  
La mirada fué bastante.

Pegó un brindo como gato  
Y me 'ganó la distancia—  
Aprovechó esa ganancia  
Como fiera cazadora—  
Desató las boliadoras  
Y aguardó con vigilancia

Aunque yó iba de curioso  
Y no por buscar contienda,  
Al pingo le ató la rienda  
Eché mano dende luego,  
A éste que no yerra fuego,  
Y ya se armó la tremenda.

El peligro en que me hallaba  
Al momento conocí—  
Nos mantubimos así,  
Me miraba y lo miraba;  
Yo, al indio le desconfiaba  
Y él me desconfiaba á mí.

Se debe ser precabido  
Cuando el indio se agasape—  
En esa postura el tape  
Vale por cuatro ó por cinco—  
Como tigre espara al brinco  
Y fácil que á uno lo atrape.

Peligro era atropellar  
Y era peligro el jür;  
Y mas peligro seguir  
Esperando de este modo,  
Pues otros podían venir  
Y carniarme allí entre todos.

A juerza de precaucion  
Muchas veces he salvado,  
Pues en un trance apurado  
Es mortal cualquier descuido—  
Si Cruz hubiera vivido  
No habría tenido cuidado.

Un hombre junto con otro  
En valor y en juerza crece—  
El temor desaparece,  
Escapa de cualquier trampa—  
Entre dos, no digo un pampa,  
A la tribu si se ofrece—

En tamaña incertidumbre  
En trance tan apurado,  
No podía por decontado

Escaparme de otra suerte,  
Sinó dando al indio muerte  
O quedando allí estirado.

Y como el tiempo pasaba  
Y aquel asunto me urgía,  
Viendo que él no se movía,  
Me fuí medio de soslayo  
Como a agarrarle el caballo  
A ver si se me venía.

Así fué, no aguardó mas  
Y me atropelló el salvaje—  
Es preciso que se ataje  
Quien con el indio peleé—  
El miedo de verse á pié  
Aumentaba su coraje.

En la dentrada no mas  
Me largó un par de bolazos—  
Uno me tocó en un brazo—  
Si me dá bien, me lo quiebra—  
Pues las bolas son de piedra  
Y vienen como balazo.

A la primer puñalada  
El pampa se hizo un ovillo—  
Era el salvaje mas pillo  
Que he visto en mis correrías,—  
Y á mas de las picardías  
Arisco para el cuchillo.

Las bolas las manejaba  
Aquel bruto con destreza,  
Las recogía con presteza  
Y me las volvía á largar.  
Haciéndomelas silvar  
Arriba de la cabeza.

Aquel indio, como todos  
Era cauteloso... ay juna!  
Ay me valió la fortuna  
De que peliando se apotra—  
Me amenazaba con una,  
Y me largaba con otra,

Me sucedió una desgracia  
En aquel percance amargo,  
En momentos que lo cargo  
Y que él reculando vá—  
Me enredé en el chiripá  
Y caí tirao largo á largo.

Ni pa encomendarme á Dios  
Tiempo el salvaje me dió;  
Cuanto en el suelo me vió  
Me saltó con ligereza—  
Juntito de la cabeza  
El bolazo retumbó.—



Ni por respeto al cuchillo  
Dejó el indio de aprelarme—  
Allí pretende ultimarme  
Sin dejarme levantar—  
Y no me daba lugar  
Ni siquiera á enderezarme.

Devalde quiero moverme  
Aquel indio no me suelta—  
Como persona resuelta  
Toda mi fuerza ejecuto—  
Pero abajo de aquel bruto  
No podía ni darme guelta.

.....  
.....  
.....  
.....  
.....

Bendito Dios poderoso,  
Quien te puede comprender!  
Cuanto á una débil mujer  
Le diste en esa ocasion  
La fuerza que en un varon  
Tal vez no pudiera haber.—

Esa infeliz tan llorosa  
Viendo el peligro se anima—  
Como una flecha se arrima  
Y olvidando su afliccion,  
Le pegó al indio un tiro  
Que me lo sacó de encima.

Ausilio tan generoso  
Me libertó del apuro—  
Si no es ella, de seguro  
Que el indio me sacrificó—  
Y mi valor se duplica  
Con un ejemplo tan pruro.

En cuanto me enderecé  
Nos volvimos á topar—  
No se podía descansar  
Y me chorriaba el sudor—  
En un apuro mayor  
Jamás me he vuelto á encontrar.

Tampoco yo le daba alce  
Como deben suponer—  
Se había aumentado mi quehacer  
Para impedir que el brutazo,  
Le pegára algun bolazo  
De rabia á aquella mujer.

La bola en manos del indio  
Es terrible y muy ligera—  
Hace de ella lo que quiera

Sallando como una cabra—  
Mudos—sin decir palabra,  
Peliábamos como fieras.

Aquel duelo en el desierto  
Nunca, jamás se me olvida.  
Iba jugando la vida  
Con tan terrible enemigo,  
Teniendo allí de testigo.  
A una mujer afligida.—

Cuando él mas se enfurecía  
Yo mas me empiezo á calmar;  
Mientras no logra matar  
El indio no se desfoga  
Al fin le corté una sogá  
Y lo empecé aventajar.

Me hizo sonar las costillas  
De un bolazo aquel maldito;  
Y al tiempo que le di un grito  
Y le dentro como bala  
Pisa el indio, y se refala  
En el cuerpo del chiquito.

Para explicar el misterio  
Es muy escasa mi cencia—  
Lo castigó, en mi conciencia,  
Su Divina Magestá—  
Donde no hay casualdá  
Suele estar la providencia

En cuanto trasrabillo  
Mas de firme lo cargué,  
Y aunque de nuevo hizo pié  
Lo perdió aquella pisada;  
Pues en esa atropellada  
En dos partes lo corté.

Al sentirse lastimao  
Se puso medio afligido—  
Pero era indio desidido  
Su valor no so quebranta—  
Le salian por la garganta  
Como una especie de aullidos.

Lastimao en la cabeza  
La sangre lo enseguecía;  
De otra herida le salía  
Haciendo un charco ande eslabá—  
Con los pies la chapaliaba  
Sin aflojar todavía.

Tres figuras imponentes  
Formábamos aquel terno:—  
Ella en su dolor materno  
Yo con la lengua dejüera,  
Y el salvaje como fiera  
Diparada del infierno

Iba conociendo el indio  
Que tocaban á degüello—  
Se le erizaba el cabello  
Y los ojos revolvia  
Los labios se le perdian  
Cuando iba á tomar resuello.

En una nueva dentrada  
Le pegué un golpe sentido,  
Y al verse ya mal herido,

Me persiné dando gracias  
De haber salvado la vida:  
Aquella pobre afligida  
De rodillas en el suelo,  
Alzó sus ojos al Cielo  
Sollozando dolorida.

Me inqué también á su lado  
A dar gracias á mi Santo—  
En su dolor y quebranto



Pelea de Martin Fierro con un Indio

Aquel indio furibundo  
Lanzó un terrible alarido—  
Que retumbó como un ruido  
Si se sacudiera el mundo.

Al fin de tanto lidiar  
En el cuchillo lo alcé—  
En peso lo levanté  
Aquel hijo del desierto—  
Ensartado lo llevé,  
Y allá recién lo largué  
Cuando ya lo sentí muerto.—

Ella, á la Madre de Dios  
Le pide en su triste llanto  
Que nos ampare á los dos.

Se alzó con pausa de leona  
Cuando acabó de implorar,  
Y sin dejar de llorar  
Envolvió en unos trapitos  
Los pedazos de su hijito  
Que yo le ayudé á juntar.

## 10

Dende ese punto era juersa  
 Abandonar el desierto,  
 Pues me hubieran descubierto,  
 Y aunque lo maté en pelea.  
 De fijo que me lancean  
 Por vengar al indio muerto.

A la afligida cautiva  
 Mi caballo le ofrecí—  
 Era un pingo que alquirití,  
 Y donde quiera que estaba  
 En cuanto yo lo silvaba  
 Venia á refregarse en mí.—

Yo me le senté al del pampa;  
 Era un oscuro tapao—  
 Cuando me hallo bien mantao  
 De mis casillas me salgo—  
 Y era un pingo como galgo  
 Que sabia correr boliao.—

Para correr en el campo  
 No hallaba ningun tropieso—  
 Los ejercitan en eso—  
 Y los ponen como luz.  
 De dentrarle á un avestruz  
 Y boliar bajo el pescuezo.

El pampa educa al caballo  
 Como para un entrevero—  
 Como rayo es de ligero  
 En cuanto el indio lo toca—  
 Y como trompo en la boca  
 Dá güeltas sobre de un cuero.

Lo baréa en la madrugada—  
 Jamás falta á este deber—  
 Luego lo enseña á correr  
 Entre tangos y guadales—  
 Ansina esos animales  
 Es cuanto se puede ver!

En el caballo de un pampa  
 No hay peligro de rodar—  
 Jue pucha—y pa disparar  
 Es pingo que no se cansa—  
 Con proligidá lo amansa  
 Sin dejarlo corcobiar.

Pa quitarle las cosquillas  
 Con cuidao lo manosea,  
 Horas enteras emplea

Y por fin, solo lo deja.  
 Quando agaeba las orejas  
 Y ya el potro ni cocea.

Jamas le sacude un golpe  
 Porque lo trata al bagual  
 Con pacencia sin igual,  
 Al domarlo no le pega  
 Hasta que al fin se le entrega  
 Ya dócil el animal

Y aunque yo sobre los bastos  
 Me se sacudir el polvo—  
 A esa costumbre me amoldo—  
 Con pacencia lo manejan  
 Y al día siguiente lo dejan  
 Rienda arriba junto al toldo.

Ansi todo el que procure  
 Tener un pingo modeto—  
 Lo ha de cuidar con desvelo.  
 Y debe impedir tambien,  
 El que de golpes le den  
 O tironén en el suelo.

Muchos quieren domínarlo  
 Con el rigor y el azote,  
 Y si ven al chafalote  
 Que tiene trazas de malo,  
 Lo embraman en algun palo  
 Hasta que se descogote.

Todos se vuelven prelestos  
 Y güellas para ensillar—  
 Dicen que es por quebrantarlo  
 Mas compriende cualquier bobo  
 Que es de miedo del corcobo  
 Y no quieren confesarlo.

El animal yeguarizo  
 Perdonenme esta alvertencia,  
 Es de mucha conocencia,  
 Y tiene mucho sentido—  
 Es animal consentido  
 Lo cautiva la pacencia,

Aventaja á los demas  
 El que estas cosas entienda—  
 Es bueno que el hombre aprienda,  
 Pues hay pocos domadores,  
 Y muchos frangoyadores  
 Que andan de bozal y rienda.

. . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .



Me vine como les digo  
Trayendo esa compañera—  
Marchamos la noche entera  
Haciendo nuestro camino  
Sin mas rumbo que el destino  
Que nos llevara ande quiera.

Al muerto en un pajonal  
Habia tratao de enterrarlo,  
Y despues de maniobrarlo  
Lo tapé bien con las pajas,  
Para llevar de ventaja  
Lo que emplearan en hallarlo.

Todo es cielo y horizonte  
En inmenso campo verde!  
¡Pobre da aquel que se pierde  
O que su rumbo estravea!  
Si alguien cruzarlo desea  
Este consejo recuerde.—

Marque su rumbo de dia  
Con toda fidelitá—  
Marche con puntualidá  
Siguiéndolo con fijeza,  
Y si duerme, la cabeza  
Ponga para el lao que vá.—



La vuelta de Martin Fierro

En notando nuestra ausiencia  
Nos habian de perseguir—  
Y al decidirme á venir,  
Con todo mi corazon  
Hice la resolucion  
De peliar hasta morir.

Es un peligro muy serio  
Cruzar juyendo el desierto—  
Muchísimos de hambre han muerto,  
Pues en tal desasociago  
No se puede ni hacer fuego  
Para no ser descubiertó—

Solo el albitrio del hombre  
Puede ayudarlo á salvar—  
No hay auxilio que esperar,  
Solo de Dios hay amparo—  
En el desierto es muy raro  
Que uno se pueda escapar.

Oserve con, todo esmero  
Adonde el sol aparece,  
Si hay ñeblina y le entorpece  
Y no lo puede oservear  
Guardesé de eaminar  
Pues quien se pierde perece.

Dios les dió istintos sutiles  
A toditos los mortales—  
El hombre es uno de tales  
Y en las llanuras aquellas—  
Lo guian el sol, las estrellas,  
El viento y los animales.

Para ocultarnos de dia  
A la vista del salvaje  
Ganábamos un paraje  
En que algun abrigo hubiera—  
A esperar que anoheciera  
Pare seguir nuestro viaje

Penurias de toda clase  
Y miserias padecimos—  
Varias veces no comimos  
O comimos carne cruda,  
Y en otras no tengan duda  
Con reices nos mantubimos.

Despues de mucho sufrir  
Tan peligrosa inquietú—  
Alcanzamos con salú  
A divisar un sierra,  
Y al fin pisamos la tierra  
En donde crece el Ombú.

Nueva pena sintió el pecho  
Por Cruz, en aquel paraje  
Y en humilde vasallaje  
A la magestá infinita;  
Besé esta tierra bendita  
Que ya no pisa el salvaje.

Al fin la misericordia  
De Dios, nos quiso amparar,  
Es preciso soportar  
Los trabajos con costancia—  
Alcanzamos á una Estancia  
Despues de tanto penar.

Ay mesmo me despedí  
De mi infeliz compañera—  
« Me voy, le dije, ande quiera  
« Aunque me agarre el gobierno,  
« Pues infierno por infierno  
« Prefiero el de la frontera ».—

Concluyo esta relacion,  
Ya no puedo continuar,  
Permitanme descansar;  
Están mis hijos presentes,  
Y yo ansioso porque cuenten  
Lo que tengan que contar.—

## 11

—Y mientras que tomo un trago  
Pa refrescar el garguero—  
Y mientras tiempla el muchacho  
Y prepara su estrumento—  
Les contaré de que modo  
Tuvo lugar el eneuentro—  
Me acerqué á algunas Estancias  
Por saber algo de cierto,  
Creyendo que en tanto años

Esto se hubiera compuesto;  
Pero cuanto saqué en limpio  
Fué, que estábamos lo mesmo.  
Ansi me dejaba andar  
Haciéndome el chanchito rengo;  
Porque no me convenia  
Revolver el avispero;  
Pues no inorarán ustedes  
Que en cuentas con el gobierno  
Tarde ó temprano lo llaman  
Al probe á hacer el arreglo;  
—Pero al fin tuve lo suerte  
De hallar un amigo viejo  
Que de todo me informó,  
Y por él supe al momento,  
Que el Juez que me perseguía  
Hacia tiempo que era muerto:  
Por culpa suya he pasado  
Diez años de sufrimientos  
Y no son pocos diez años  
Para quien ya llega á viejo,  
Y los he pasado ansi,  
Si en mi cuenta no me yerro:  
Tres años en la frontera,  
Dós como gaucho matrero,  
Y cinco allá entre los Indios  
Hacen los diez que yo cuento.  
—Me dijo, á mas, ese amigo  
Que andubiera sin recelo,  
Que todo estaba tranquilo,  
Que no perseguía el gobierno;  
Que ya naides se acordaba  
De la muerte del moreno—  
Aunque si yo lo maté,  
Mucha culpa tuvo el negro.  
Estube un poco imprudente,  
Puede ser, yo lo confieso,  
Pero él me precipitó  
Porque me cortó primero—  
Y á mas, me cortó en la cara  
Que es un asunto muy sério.  
—Me aseguró el mesmo amigo  
Que ya no habia ni el recuerdo  
De aquel que en la pulperia  
Lo dejé mostrando el sebo.  
El, de engreido me buscó  
Yo ninguna culpa tengo;  
El mesmo vino á peliarme,  
Y tal vez me hubiera muerto  
Si le tengo mas confianza  
O soy un poco mas lerdo—  
Fué suya toda la culpa  
Porqué ocasionó el suceso.  
—Que ya no hablaban tampoco,  
Me lo dijo muy de cierto,  
De cuando con la partida

Llegué á tener el encuentro.  
 Esa vez me defendí  
 Como estaba en mi derecho,  
 Porque fueron á prenderme  
 De noche y en campo abierto—  
 Se me acercaron con armas.  
 Y sin darme voz de preso  
 Me amenazaron á gritos  
 De un modo que daba miedo—  
 Que iban arreglar mis cuentas  
 Tratándome de matrero.  
 Y no era el gefe el que hablaba  
 Sinó un cualquiera de entre ellos.  
 Y ese, me parece á mí  
 No es modo de hacer arreglos,  
 Ni con el que es inocente,  
 Ni con el culpable menos.  
 —Con semejantes noticias  
 Yo me puse muy contento  
 Y me presenté ande quiera  
 Como otros pueden hacerlo—  
 —De mis hijos he encontrado  
 Solo á dos hasta el momento—  
 Y de ese encuentro feliz  
 Le doy las gracias al cielo.  
 A todos cuantos hablaba  
 Les preguntaba por ellos,  
 Mas no me daba ninguno,  
 Razon de su paradero;  
 Casualmente el otro día  
 Llegó á mi conocimiento,  
 De una carrera muy grande  
 Entre varios estancieros—  
 Y fui como uno de tantos  
 Aunque no llevaba un medio.  
 No faltaban, ya se entiende  
 En aquel gauchage inmenso  
 Muchos que ya conocían  
 La historia de Martín Fierro;  
 Y allí estaban los muchachos  
 Cuidando unos parejeros—  
 Cuanto me oyeron nombrar  
 Se vinieron al momento,  
 Diciéndome quienes eran  
 Aunque no me conocieron.  
 Porque venia muy ajndiao  
 Y me encontraban muy viejo.  
 La juncion de los abrazos  
 De los llantos y los besos  
 Se deja pa las mujeres  
 Como que entienden el juego.  
 Pero el hombre que comprende  
 Que todos hacen lo mismo,  
 En público canta y baila  
 Abraza y llora en secreto.  
 Lo único que me han contado

Es que mi mujer ha muerto.  
 Que en procuras de un muchacho  
 Se fué la infeliz al pueblo,  
 Donde infinitas miserias  
 Habrá sufrido por cierto.  
 Que por fin á un hospital  
 Fué á parar medio muriendo,  
 Y en ese abismo de males  
 Falleció al muy poco tiempo.  
 —Les juro que de esa pérdida  
 Jamás he de hallar consuelo  
 Muchas lágrimas me cuesta  
 Dende que supe el suceso.  
 Mas dejemos cosas tristes  
 Aunque alegrías no tengo;  
 Me parece que el muchacho  
 Ha templado y está dispuesto.  
 Vamos á ver que tal lo hace,  
 Y juzgar su desempeño.—  
 —Ustedes no los conocen.  
 Yo tengo confianza en ellos—  
 No porque lleven mi sangre,  
 Eso fuera lo de menos.  
 Sinó porque dende chicos  
 Han vivido padeciendo.  
 Los dos son aficionados—  
 Les gusta jugar con fuego.  
 Vamos á verlos correr—  
 Son cojos... hijos de rengo.

## EL HIJO MAYOR DE MARTIN FIERRO

### 12

#### LA PENITENCIARIA

Aunque el gajo se parece  
 Al árbol de donde sale,  
 Solía decirlo mi madre  
 Y en su razon estoy fijo:  
 «Jamás puede hablar el hijo  
 Con la autoridad del padre».

Recordarán que quedamos  
 Sin tener donde abrigarnos;  
 Ni ramada ande ganarnos  
 Ni rincon ande melernos  
 Ni camisa que ponernos  
 Ni poncho con que taparnos.

Dichoso aquel que no sabe  
 Lo que es vivir sin amparo;  
 Yo con verdá les declaro,  
 Aunque es por demas sabido—  
 Dende chiquito he vivido  
 En el mayor desamparo—



No le merman el rigor  
Los mismos que lo socorren—  
Tal vez porque no se borren  
Los decretos del destino,  
De todas partes lo corren  
Como ternero dañado.

Y vive como los vichos  
Buscando alguna rendija—  
El güerfano es sabandija  
Que no encuentra compasión,  
Y el que anda sin dirección.  
Es guilarrá sin clavija.

Sentiré que cuanto digo  
A algun oyente le cuadre—  
Ni casa tenía, ni madre,  
Ni parentela, ni hermanos;  
Y todos limpian sus manos  
En el que vive sin padre.

Lo cruza este de un lazazo.  
Lo abomba aquel de un moquete.  
Otro le busca el chachete  
Y entre tanto soportar.  
Suele á veces no encontrar  
Ni quien le arroje un soquete.

Si lo recogen lo llatan  
Con la mayor rigidez—  
Piensan que es mucho tal vez  
Cuando ya muestra el pellejo  
Si le dan un trapo viejo  
Pa cubrir su desnudez.

Me crié, pues, como les digo.  
Desnudo á veces y hambriento,  
Me ganaba mi sustento.  
Y así los años pasaban—  
Al ser hombres me esperaban  
Otra clase de tormentos.

Pido á todos que no olviden,  
Lo que les voy á decir;  
En la escuela del sufrir  
He tomado mis lecciones:  
Y hecho muchas reflexiones  
Dende que empecé a vivir.

Si alguna falta cometo  
La motiva mi inorancia,  
No vengo con arrogancia;  
Y les diré en conclusion  
Que trabajando de pion  
Me encontraba en una esclancia.

El que manda siempre puede  
Hacerle al pobre un calvario;  
A un vecino propietario

Un boyero le mataron—  
Y aunque á mi me lo achacaron  
Salió cierto en el sumario.

Piensen los hombres honrados  
En la vergüenza y la pena  
De que tendría la alma llena  
Al verme ya tan temprano  
Igual á los que sus manos  
Con el crimen envenenan.

Declararon otros dos  
Sobre el caso del dijunto;  
Mas no se alacró el asunto,  
Y el Juez por darlas de listo.  
«Amarrados como un Cristo,  
«Nos dijo, irán todos juntos».

«A la justicia Ordinaria  
«Voy á mandar á los tres».—  
Tenía razón aquel Juez,  
Y cuantos así amenacen;  
Ordinaria... es como la hacen  
Lo he conocido despues.

Nos remitió como digo  
A esa Justicia Ordinaria—  
Y fuimos con la sumaria  
A esa cárcel de malevos.  
Que por un bautismo nuevo  
Le llaman penitenciaria.—

El porqué tiene ese nombre  
Naidés me lo dijo á mi  
Mas yo me lo explico así:—  
Le dirán Penitenciaria—  
Por la penitencia diaria  
Que se sufre estando allí.

Criollo que cai en desgracia  
Tiene que sufrir no poco—  
Naidés lo ampara tampoco  
Sino cuenta con recursos—  
El gringo es de mas discurso.  
Cuando mata, se hace el loco.

No sé el tiempo que corrió  
En aquella sepultura;  
Si de ajuera no lo apuran,  
El asunto vá con pausa;  
Tienen la presa segura  
Y dejan dormir la causa.

Inora el preso á que lado  
Se inclinará la balanza—  
Pero es tanta la tardanza  
Que yo les digo per mí—  
El hombre que dentre allí  
Deje afuera la esperanza.

Sin perfeccionar las leyes  
 Perfeccionan el rigor  
 Sospecho que el inventor  
 Habrá sido algun maldito—  
 Por grande que sea un delito  
 Aquella pena es mayor.

Eso es para quebrantar  
 El corazon mas altivo—  
 Los llaveros son pasivos,  
 Pero mas secos y duros  
 Tal vez que los mismos muros  
 En que uno gime cautivo.

Y digo á cuantos inoran  
 El rigor de aquellas penas—  
 Yo que sufrí las cadenas  
 Del destino y su inclemencia:  
 Que aprovechen la esperanza,  
 Del mal en cabeza agena.

Ay! madres, las que dirigen  
 Al hijo de sus entrañas,  
 No piensen que las engaña,  
 Ni que les habla un larsario;  
 Lo que es el ser presidario  
 No lo sabe la campaña.



En la Penitenciaría

No es en grillos ni en cadenas  
 En lo que usté penará,  
 Sinó en una soledad  
 Y un silencio tan pròjundo,  
 Que parece que en el mundo  
 Es el único que está.

El mas altivo varon  
 Y de cormillo gastao,  
 Allí se veria agobiao  
 Y su corazon marchito,  
 Al encontrarse encerrao  
 A solas con su delito.

En esa cárcel no hay toros,  
 Allí todos son corderos;  
 No puede el mas altanero  
 Al verse entre aquellas rejas,  
 Sinó amujar las orejas  
 Y sufrir callao su encierro.

Hijas, esposas, hermanas,  
 Cuantas quieren á un varon—  
 Diganles que esa prision  
 Es un infierno temido—  
 Donde no se oye mas ruido  
 Que el latir del corazon.

Allá el día no tiene sol,  
 La noche no tiene estrellas—  
 Si que le valgan querellas  
 Encerrao lo purifican;  
 Y sus lágrimas salpican  
 En las paredes aquellas.

En soledá tan terrible  
 De su pècho oye el latido—  
 Lo sé, porquè lo he sufrido  
 Y creameló el aulitorio,  
 Tal vez en el purgatorio  
 Las almas hangan mas ruido.

Cuenta esas horas eternas  
Para mas atormentarse,  
Su lágrima al redamarse  
Calcula en sus aflicciones,  
Contando sus pulsaciones;  
Lo que dilata en secarse.

Allí se amansa el mas bravo—  
Allí se duebla el mas fuerte—  
El silencio es de tal suerte  
Que cuando llegue á venir,  
Hasta se le han de sentir  
Las pisadas á la muerte.

Adentro mesmo del hombre  
Se hace una revolución—  
Metido en esa prision  
De tanto no mirar nada,  
La nace y queda grabada  
La idea de la perfeccion.

En mi madre, en mis hermanos,  
En todo pensaba yo—  
Al hombre que allí entró  
De memoria mas ingrata—  
Fielmente se le retrata  
Todo cuanto ajuera vió.

Aquel che ha vivido libre  
De cruzar por donde quiera,  
Se afflige y se desespera  
De encontrarse allí cautivo,  
Es un tormento muy vivo  
Que abate la alma mas fiera.

En esa estrecha prision  
Sin poderme conformar,  
No cesaba de esclamar  
¡Que diera yo por tener,  
Un caballo en que montar  
Y una pampa en que correr!

Es un lamento constante  
Se encuentra siempre embretao—  
El castigo han inventao  
De encerrarlo en las tinieblas  
Y allí está como amarrao  
A un fierro che no se duebla.

No hay un pensamiento triste  
Que al preso no lo atormente—  
Bajo un dolor permanente  
Agacha al fin la cabeza—  
Porque siempre es la tristeza  
Hermana de un mal presente.

Vierten lágrimas sus ojos  
Pero su pena no alivia;  
En esa constante lidia

Sin un momento de calma,  
Contempla con los del alma  
Felicidades que envidia.

Nigun consuelo penetra  
Detras le aquéllas murallas—  
El varon de mas agallas,  
Aunque mas duro que un perno,  
Metido en aquel infierno  
Sufre, gime, llora y calla.

De furor el corazon  
Se la quiere reventar,  
Pero no hay sinó aguantar  
Aunque sosiego no alcance—  
¡Dichoso en tan duro trance  
Aquel sabe rezar!—

Dirige á Dios su plegaria  
El que sabe una oracion!  
En esa tribulacion  
Gime olvidado del mundo,  
Y el dolor es mas profundo  
Cuando no halla compasion.

En tan crueles pesadumbres,  
En tan duro padecer,  
Empezaba á encanecer  
Despues de muy pocos meses—  
Allí lamenté mil veces  
No haber aprendido á ler.

Viene primero el furor  
Despues la melancolia—  
En mi angustia no tenia  
Otro alivio ni consuelo,  
Sinó regar aquel suelo  
Con lágrimas noche y dia.

A visitar otros presos  
Sus familias solian ir!  
Naides me visitó á mi  
Mientras estube encerrado—  
¡Quién iba á costiarle allí  
A ver un desamparado!!

¡Bendito sea el carcelero  
Que tiene buen corazon!!  
Yo sé que esta bendicion  
Pocos pueden alcanzarla,—  
Pues si tienen compasion  
Su deber es ocultarla.

Jamás mi lengua podrá  
Espresar cuanto he sufrido,  
En ese encierro metido,  
Llaves, paredes, cerrojos—  
Se graban tanto en los ojos  
Que uno los v'e hasta dormido



El mate no se permite—  
No le permiten hablar,  
No le permiten cantar  
Para aliviar su dolor—  
Y hasta el terrible rigor  
De no dejarlo fumar.

La justicia muy severa  
Suele rayar en crueldá:  
Sufre el pobre que allí está  
Calenturus y delirios,  
Pues no existe pior martirio  
Que esa eterna soledá.

Conversamos con las rejas  
Por solo el gusto de hablar—  
Pero nos mandan callar  
Y es preciso conformarnos;  
Pues no se debe irritar  
A quien puede castigarnos.

Sin poder decir palabra  
Sufre en silencio sus males—  
Y uno en condiciones tales  
Se convierte en animal,  
Privado del don principal  
Que Dios hizo á los mortales.

Yo no alcanzo á comprender  
Porque motivo será,  
Que el preso privado está  
De los dones mas preciosos  
Que el justo Dios bondadoso  
Otorgó á la humanidad.

Pues que de todos los bienes,  
En mi incorancia lo infiero  
Que le dió al hombre altanero  
Su Divina Magestá;  
La palabra es el primiero,  
El segundo la es amistá.

Y es muy severa la ley  
Que por un crimen ó un vicio,  
Somete al hombre á un suplicio  
El mas tremendo y atroz,  
Privado de un beneficio  
Que ha recibido de Dios.

La soledá causa espanto—  
El silencio causa horror—  
Ese continuo terror

Es el tormento mas duro—  
Y en un presidio siguro  
Está demas tal rigor—

Inora uno si de allí  
Saldrá pa la sepultura—  
El que se halla en desventura  
Busca á su lado otro ser;  
Pues siempre es bueno tener  
Compañeros de amargura.

Otro mas sabio podrá  
Encontrar razon mejor,  
Yo no soy rebuscador,  
Y esta me sirve de luz;  
Se los dieron al Señor  
Al clavarlo en una cruz.

Y en las profundas tinieblas  
En que mi razon existe,  
Mi corazon se resiste  
A ese tormento sin nombre—  
Pues el hombre alegre al hombre  
Y el hablar consuela al triste.

Grabenlo como en la piedra  
Cuanto he dicho en este canto—  
Y aunque yo he sufrido tanto  
Debo confesarlo aquí;  
El hombre que manda allí  
Es poco menos que un santo

Y son buenos los demas,  
A su ejemplo se manejan—  
Pero por eso no dejan  
Las cosas de ser tremendas;  
Piensen todos y compriendan  
El sentido de mis quejas—

Y guarden en su memoria  
Con toda puntualidá,  
Lo que con tal claridá  
Le acabo de decir—  
Mucho tendran que sufrir  
Si nó cren en mi verdá;

Y si atienden mis palabras  
No habrá calabozos llenos—  
Manejense como buenos;  
No olviden esto jamas:  
Aquí no hay razon de mas;  
Mas bien las puse de menos.

Y con esto me despido  
 Todos han de perdonar—  
 Ninguno debe olvidar  
 La historia de un desgraciado  
 Quien ha vivido encerrado  
 Poco tiene que contar—

## EL HIJO SEGUNDO DE MARTIN FIERRO

### 13

Lo que les voy á decir  
 Ninguno lo ponga en duda.  
 Y aunque la cosa es peluda  
 Haré la resolucíon,  
 Es ladino el corazón  
 Pero la lengua no ayuda.—

El rigor d'elas desdichas  
 Hemos soportao diez años—  
 Pelegrinando entre estraños  
 Sin tener donde vivir;  
 Y obligados á sufrir  
 Una máquina de daños.

El que vive de ese modo  
 De todos es tributario:  
 Falta el cabeza primario.  
 Y los hijos que el sustenta  
 Se dispersan como cuentas  
 Cuando se corta el rosario.

Yo andube así como todos.  
 Hasta que al fin de sus días  
 Supo mi suerte una tia  
 Y me recogió á su lado,  
 Allí viví sosegado  
 Y de nada carecia.—

No tenia cuidado alguno  
 Ni que trabajar tampoco—  
 Y como muchacho loco  
 Lo pasaba de holgazan;  
 Con razon dice el refran  
 Que lo bueno dura poco.

En mí todo su cuidado  
 Y su cariño ponía—  
 Como á un hijo me quería  
 Con cariño verdadero—  
 Y me nombró de heredero  
 De los bienes que tenía.—

El Juez ino sin tardanza  
 Cuando falleció la vieja—  
 De los bienes que te deja.

Me dijo «yo he de cuidar:  
 «Es un rodeo regular  
 «Y dos majadas de ovejas».

Era hombre de mucha labia  
 Con mas leyes que un doctor—  
 Me dijo «vos sos menor  
 «Y por los años que tienes  
 «No podes manejar bienes.  
 «Voy á nombrarte un tutor».

Tomó un recuento de todo  
 Porque entendia su papel,  
 Y despues de acquei pastel  
 Lo tuvo bien amasao,  
 Puso al frente un encargao,  
 Y á mí me llevó con él.—

Muy pronto estuvo mi poncho  
 Lo mesmo que cernidor—  
 El chiripá estaba pior,  
 Y aunque para el frio soy guapo,  
 Yo no me quedaba un trapo  
 Ni pa el frio ni pa el calor.

En tan triste desabrigo  
 Tras de un mes iba otro mes—  
 Guardaba silencio el Juez  
 La miseria me invadia—  
 Me acordaba de mi tia  
 Al verme en tal desnudes.

No sé decir con fijesa  
 El tiempo que pasé allí—  
 Y despues de andar así  
 Como moro sin señor,  
 Pase á poder del tutor  
 Que debia cuidar de mí

### 14

Me llevó consigo un viejo  
 Que pronto mostró la hilacha—  
 Dejaba ver por lá facha  
 Que era medio cimarron—  
 Muy renegao, muy ladron.  
 Y le llamaban Viscacha.

Lo que el Juez iba buscando  
 Sospecho y no me equivoco—  
 Pero este punto no loco  
 Ni su secreto averiguo—  
 Mi tutor era un antiguo  
 De los que ya quedan pocos.

Viejo lleno de camándulas—  
 Con un empaque á lo toro;  
 Andaba siempre en un moro  
 Metido no sé en que enriedos—  
 Con las patas como loro,  
 De estribar ente los dedos.

Andaba rodiao de perros  
 Que eran todo su placer,  
 Jamás dejó de tener  
 Menos de media docena—  
 Mataba vacas ajenas  
 Para darles de comer.

Carniábamos noche á noche  
 Alguna res en el pago;  
 Y dejando alli el resago  
 Alzaba en ancas el cuero,  
 Que se lo vendía á un pulpero  
 Por yerba, tabaco y trago.

Ah! viejo mas comerciante  
 En mi vida lo he encontrao—  
 Con ese cuero robao  
 El arreglaba el pastel,  
 Y allí entre el pulpero y él  
 Se estendia el certificaó.—

La echaba de comedido;  
 En las lasquillas, lo viera.  
 Se ponía como una fiera,  
 Si cortaban una oveja;  
 Pero de alzarse no deja  
 Un vellon ó unas tijeras.

Una vez me dió una soba  
 Que me hizo pedir socorro,  
 Porque lastimé un cachorro  
 En el rancho de unas vascas—  
 Y al irse se alzó unas guascas,  
 Para eso era como zorro.—

Ay juna! dije entre mi  
 Me has dao esta pesadumbre—  
 Ya veras cuanto vislumbre  
 Una ocasion medio güena,  
 Te he de quitar la costumbre  
 De cerdiar yeguas ajenas.

Porque maté una viscacha  
 Otra vez me reprendió—  
 Se lo vine á contar yó—  
 Y no bien se lo hube dicho—  
 «Ni me núembres ese vicho»  
 Me dijo, y se me enojo.

Al verlo lan irritao  
 Hallé prudente callar—  
 Este me vá á castigar

Dige entre mi, si ne agravia—  
 Ya ví que les tenia rabia  
 Y no las volví á nombrar.

Una tarde halló una punta  
 De yeguas medio viehocas,  
 Despues que vollió unas pocas  
 Las cerdiaba con empeño—  
 Yo vide venir al dueño  
 Pero me callé la boca.

El hombre venia jurioso  
 Y nos cayó como un rayo—  
 Se descolgó del caballo  
 Revoliando el arriador—  
 Y lo cruzó de un lazazo  
 Ay no mas á mi tutor.

No atinaba don Viscacha  
 A que lado disparar,  
 Hasla que logró montar  
 Y de miedo del chicote,—  
 Se lo apreló hasta el cogole  
 Sin pararse á conteslar.—

Ustedes creerán tal vez  
 Que el viejo se curaria—  
 No señores, lo que hacia,  
 Con mas cuidao dende entonces,  
 Era maniarlas de dia  
 Para cerdiar á la noche.

Ese fué el hombre que estuvo  
 Encargao de mi destino—  
 Siempre andubo en mal camino  
 Y todo aquel vecinario  
 Decia que era un perdulario,  
 Insufrible de dañino.—

Cuando el Juez me lo nombró  
 Al dármelo de tutor,  
 Me dijo que era un señor  
 El que me debía cuidar—  
 Enseñarme á trabajar  
 Y darme la educacion.—

Pero qué habia de aprender  
 Al lao de ese viejo paco;  
 Que vivia como el chuncaco  
 En los baños, como el tero—  
 Un haragan, un ratero,  
 Y mas chilon que un barraco,

Tampoco tenia mas bienes  
 Ni propiedá conocida  
 Que una carreta podrida,—  
 Y las paredes sin techo  
 De un rancho medio desecho  
 Que le servia de guarida.—



Despues de las trasnochadas  
Alli venia á descansar—  
Yo desiaba averiguar  
Lo que tubiera escondido.  
Pero nunca habia podido  
Pues no me dejaba entrar.

Yo tenia unas jergas viejas  
Que habian sido mas peludas—  
Y con mis carnes desnudas,  
El viejo que era una fiera.  
Me echaba á dormir ajuera.  
Con unas heladas crudas.

Cuando mozo fué casao  
Aunque yo lo desconfío—  
Y decia un amigo mio  
Que de arrebatado y malo,  
Mató á su mujer de un palo  
Porque le dió un mate frio.

Y viudo por tal motivo  
Nunca se volvió á casar;  
No era facil encontrar  
Ninguna que lo quisiera,  
Todos temerian llevar  
La suerte de la primera.

Sonaba siempre con ella  
Sin duda por su delito,  
Y decia el viejo maldito  
El tiempo que estubo enfermo,  
Que ella dende el mismo infierno  
Lo estaba llamando á gritos.

## 15

Siempre andaba retobao  
Con ninguno solia hablar—  
Se divertia en escarbar  
Y hacer marcas con el dedo—  
Y cuanto se ponía en pedo  
Me empezaba aconsejar.—

Me parece que lo veo  
Con su poncho calamaco—  
Despues de echar un buen tacho  
Ansí principiaba á hablar:  
«Jamás llegués á parar  
«A donde veas perros flacos.»

«El primer cuidao del hombre  
Es defender el pellejo—  
Lleváte de mi consejo.

Fijáte bien en lo que hablo:  
El diablo sabe por diablo  
Pero mas sabe por viejo.»

«Hacete amigo del Juez  
No le des de que quejarse;—  
Y cuando quiera enojarse  
Vos te debes encojer,  
Pues siempre es güeno tener  
Palenque ande ir á rascarse.»

«Nunca le llevés la contra  
Porque él manda la gavilla—  
Alli sentao en su silla  
Ningun güey le sale bravo—  
A uno le dá con el clavo  
Y á otro con la cantramilla.»

«El hombre, hasta el mas soberbio,  
Con mas espinas que un tala,  
Aflueja andando en la mala  
Y es blando como manteca;  
Hasta la hacienda buguala  
Cai al jagüel en la seca.»

«No andés cambiando de cueva,  
Hacé las que hace el raton—  
Conserváte en el rincon  
En que empezó tu existencia—  
Vaca que cambia querencia,  
Se atraza en la paricion.»

«Y menudiando los tragos  
Aquel viejo, como cerro—  
No olvides, me decia, Fierro  
Que el hombre no debo crer,  
En lágrimas de mujer  
Ni en la renguera del perro.»

«No te debés afligir  
Aunque el mundo se desplome—  
Lo que mas precisa el hombre,  
Tener, segun yo discurre,  
Es la memoria del burro  
Que nunca olvida ande come.»

«Dejá que caliente el horno  
El dueño del amacijo—  
Lo que es yo, nunca me aflijo  
Y á todito me hago el sordo—  
El cerdo vive tan gordo  
Y se come hasta los hijos.»

«El zorro que ya es corrido  
Desde lejos la olfatea—  
No se apure quien desea  
Hacer lo que le aproveche—  
La vaca que mas rumea  
Es la que dá mejor leche.»

«El que gana su comida  
Bueno es que en silencio coma—  
Ansina, vos ni por broma—  
Querras llamar la atencion  
Nunca escapa el cimarron  
Si dispara por la loma.»

«Yo voy donde me conviene  
Y jamás me descarrio,  
Llevate el ejemplo mio  
Y llenaras la barriga;  
Aprendé de las hormigas,  
No van á un noque vacio.»

«Es un vieho la mujer  
Que yo aqui no lo destapo.—  
Siempre quiere al hombre guapo,  
Mas lijáte en la eleccion;  
Porque tiene el corazon,  
Como barriga de zapo.»

Y gangoso con la franca.  
Me solia decir, «potrillo,  
Recien te apunta el cornillo  
Mas te lo dice un toruno,  
No dejés que hombre ninguno  
Te gane el lao del euchillo.»



El viejo Viscacha dando sus consejos

«A naides lengas envidia,  
Es muy triste el envidiar,  
Cuando veas á otro ganar  
A estorbarlo no te metás—  
Cada lechon en su teta  
Es el modo de mamar.»

«Ansi se alimentan muchos  
Mientras los pobres lo pagan—  
Como el cordero hay quien lo haga  
En la puntita no niego—  
Pero otros como el borrego  
Toda entera se la tragan.»

Si buscás vivir tranquilo  
Dedicate á solteriar—  
Mas si te queres casar,  
Con esta alvertencia sea,  
Que es muy diffeil guardar  
Prenda que otros codicean.»

«Las armas son necesarias  
Pero naides sabe cuando;  
Ansina si andás, pasiando,  
Y de noche sobre todo,  
Debés llevarlo de modo  
Que al salir, salga cortando.»

«Los que no saben guardár  
Son pobres aunque trabajen—  
Nunca por mas que se atajen  
Se librarán del cimbron,—  
Al que nace barrigon  
Es al ñudo que lo faien.»

«Donde los vientos me llevan  
Alli esloy como en mi centro—  
Cuando una tristeza encuentro  
Tomo un trago pa alegrarme;  
A mi me gusta mojarme  
Por afuera y por adentro.»

«Vos sos pollo, y te convienen  
«Toditas estas razones,  
Mis consejos y lecciones  
No echés nunca en el olvido—  
En las riñas he aprendido  
A no peliar sin puyones.»

Con estos consejos y otros  
Que yo en mi memoria encierro,  
Y que aquí no se desentierro  
Educándome seguía—  
Hasta que al fin se dormía  
Mesturao entre los perros.

## 16

Cuando el viejo cayó enfermo  
Viendo yo que se impioraba,  
Y que esperanza no daba  
De mejorarse siquiera—  
Le truje una culandrea  
A ver si lo mejoraba.—

En cuanto lo vió me dijo:  
«Este no aguanta el sogazo—  
Muy poco le doy de plazo,  
«Nos va á dar un espectáculo,  
«Porque debajo del brazo  
«Le ha salido un tabernáculo».

Dice el refrán que en la tropa  
Nunca falta un güey cornela—  
Uno que estaba en la puerta  
Le pegó el grito ay no mas:  
«Tabernáculo... que bruto,  
Un tubérculo dirás».

Al verse así interrumpido  
Al punto dijo el cantor:  
«No me parece ocasion  
De inaterse los de ajuera,  
«Tabernáculo, señor,  
«Le decia la culandrea».

El de ajuera repitió  
Dándole otro chaguarazo—  
«Allá vá un nuevo bolazo  
Copo y se la gano en puerta:  
«A las mujeres que curan  
«Se les llama curanderas».

No es bueno, dijo el cantor,  
Muchas manos en un plato,  
Y diré al que ese barato

Ha tomao de entremetido  
Que no creía haber venido  
A hablar entre liberatos—

Y para seguir contando  
La historia de mi tutor,  
Le pediré á ese dolor  
Que en mi inorancia me deje,  
Pues siempre encuentra el que teje  
Otro mejor tejedor.

Seguia enfermo como digo  
Cada vez mas emperrao—  
Yo estaba ya acobardao  
Y lo espiaba dende lejos:  
Era la boca del viejo.  
La boca de un condenao.—

Alla pasamos los dos  
Noches terribles de invierno—  
El maldecia al Padre Eterno  
Como á los santos benditos—  
Pidiéndole al diablo á gritos  
Que lo llevara al infierno.

Debe ser grande la culpa  
Que á tal punto mortifica—  
Cuando via una reliquia  
Se ponía como azogado,  
Como si á un endemoniado  
Le echáran agua bendita.

Nunca me le puse á tiro,  
Pues era de mala entraña,  
Y viendo herejia tamaña—  
Si alguna cosa le daba.  
De lejos se la alcanzaba  
En la punta de una caña.

Será mejor, decia ya,  
Que abandonado lo deje  
Que blasfeme y que se queje—  
Y que siga de esta suerte,  
Hasta que venga la muerte  
Y cargue con este hereje,

Cuando ya no pudo hablar  
Le ató en la mano un encerro—  
Y al ver cercano su entierro,  
Arañando las paredes  
Espiro allí entre los perros  
Y este servidor de ustedes.



## 17

Le cobré un miedo terrible  
 Despues que lo ví dijunto—  
 Llamé al Alcalce, y al punto.  
 Anompañado se vino  
 De tres ó euatro vecinos  
 A arreglar aquel asunto.

« Anima bendita » dijo  
 Un viejo medio ladio—  
 « Que Dios lo haiga perdonao,  
 « Es todo cuanto deseo—  
 « Le conoci un pastoreo  
 De terneritos robaos ».

« Ansina es, dijo el Alcalde,  
 Con eso empezó á poblar—  
 Yo nunca podré olvidar  
 Las traversuras que hizo;  
 Hasta que al fin fué preciso  
 Que le privasen carniar ».

« De mozo fué muy ginete  
 No lo bajaba un bagnar—  
 Pa ensillar un animal  
 Sin necesitar de otro,  
 Se encerraba en el corral  
 Y allí galopiaba el potro ».

« Se llevaba mal con todos—  
 Era su costumbre vieja  
 El mesturar las ovejas,  
 Pues al hacer el aparte  
 Sacaba la mejor parte  
 Y despues venia con quejas ».

« Dios lo ampare al probecito  
 Dijo en seguida un tercero,  
 Sempre robaba carneros.  
 En eso tenia destreza—  
 Enterraba las cabezas.  
 Y despues vendia los cueros ».

« Y que costumbre tenia  
 Cuando en el jogon estaba—  
 Con el mate se agarraba  
 Estando los piones juntos—  
 Yo tayo, decia, y apunto,  
 Y á ninguno convidaba ».

« Si ensartaba algun asao  
 Pobre! como si lo viese!  
 Poco antes de que estubiese,

Primero lo maldecia  
 Luego despues lo escupia  
 Para que naides comiese ».

« Quien le quitó esa costumbre  
 De escupir el asador  
 Fué un mulato resertor  
 Que andaba de amigo suyo—  
 Un diablo, muy peliador  
 Que le llamaban barullo.—

« Una noche que les hizo  
 Como estaba acostumbrao,  
 Se alzó el mulato enojao,  
 Y le gritó « viejo indino,  
 « Yo te he de enseñar, cochino.  
 « A echar saliva al asao ».

« Lo saltó per sobre el juego  
 « Con el cuchillo en la mano;  
 ¡La pucha el pardo liviano!  
 En la misma atropellada  
 Le largó una puñalada  
 Que la quitó otro paisano ».

Y ya caliente Barullo,  
 Quiso seguir la chacota,  
 Se la habia erizao la mota  
 Lo que empezó la reyerta:  
 El viejo ganó la puerta  
 Y apeló á las de gaviota ».—

« De esa costumbre maldita  
 Dende entonces se curó,  
 A las casas no volvió  
 Se metió en un cicutal;  
 A allí escondido pasó  
 Esa noche sin cenar ».

Esto hablaban los presentes—  
 Y yo que estaba á su lao  
 Al oir lo que he relatao,  
 Aunque él era un perdulario.  
 Dije entre mi « que rosario  
 Le estan resando al finao ».

Luego comenzó el alcalde  
 A registrar enanto habia,  
 Sacando mil chucherias  
 Y guaseas y trapos viejos.  
 Temeridá de trevejos  
 Que para nada servian.—

Salieron lazos, cabrestos,  
 Coyundas y maniadores—  
 Una punta de arriadores;  
 Cinchones, maneas, torzales,  
 Una porcion de bozales  
 Y un monton de tiradores.

Habia riendas de domar,  
Frenos y estribos quebraos;  
Bolas, espuelas, recaos.  
Unas pavas, una ollas,  
Y un gran manojo de argollas  
De cintas que habia cortao.

Salieron varios cencerros—  
Alesnias, lonjas, cuchillos,  
Unos cuantos coginillos.  
Un alto de gergas viejas,  
Muchas botas desaparejas  
Y una infinitá de anillos.

Habia tarros de sardinas.  
Unos cueros de venao—  
Unos ponchos augeriaos—  
Y en tan tremendo entrevero  
Apareció hasta un tintero  
Que se perdió en el Juzgao

Decia el Alcalde muy serio  
«Es poco cuanto se diga,  
«Habia sido como hormiga,  
«He de darle parte al Juez—  
«Y que me venga despues  
«Conque no se los persiga».

Yo estaba medio azorao  
De ver lo que sucedia—  
Entres ellos mismos decian  
Que unas prendas eran suyas,  
Pero á mi me parecia  
Que esas eran alelnyas.

Y cuando ya no tubieron  
Rincon donde registrar,  
Cansaos de tanto humoriar  
Y de trabajar de valde.—  
«Yamosmos, dijo el Alcalde  
«Luego lo haré sepultar».

Y aunque mi padre no era  
El dueño de ese horniguero,  
El allí muy cariñero  
Me dijo con muy buen modo:  
«Vos serás el heredero  
«Y te harás cargo de todo».  
«Se ha de arreglar este asunto  
«Como es preciso que sea;  
«Voy á nombrar albacea  
«Uno de los circunstantes—  
«Las cosas no son como antes  
«Tan entredadas y feas».

Bendito Dios! pensé yo,  
Ando como un pordiosero,  
Y me nuembran heredero

De toditas estas guascas—  
Quisiera saber primero  
Lo que se han hecho mis vacas!

## 18

Se largaron como he dicho  
A disponer el entierro—  
Cuando me acuerdo me aterro,  
Me puse á llorar á gritos  
Al verme allí tan solito  
Con el finao y los perros.

Me saqué el escapulario  
Se lo colgué al pecador—  
Y como hay en el Señor  
Misericordia infinita,  
Rogué por la alma bendita  
Del que antes jué mi tutor.

No se calmaba mi duelo  
De verme tan solitario—  
Ay le champurrié un rosario  
Como si fuera mi padre—  
Besando el escapulario  
Que me habia puesto mi madre.

Madre mia gritaba yo  
Donde andarás padeciendo—  
El llanto que estoy virtiendo  
Lo redamarias por mi,  
Si vieras á tu hijo aqui  
Todo lo que está sufriendo.

Y mientras así clamaba  
Sin poderme consolar—  
Los perros para aumentar  
Mas mi miedo y mi tormento—  
En aquel mismo momento  
Se pusieron á llorar.—

Libre Dios á los presentes  
De que sufran otro tanto;  
Con el muerto y esos llantos  
Les juro que falta poco  
Para que me vuelva loco  
En medio de tanto espanto.

Decian entonces las viejas  
Como que eran sabedoras,  
Que los perros cuando lloran  
Es porque ven al demonio;  
Yo creia en el testimonio  
Como cré siempre el que inora.

Ay deié que los ratones  
Comieran el guasquerío—  
Y como andá á su albedrío  
Todo el que güerfano queda—  
Alzando lo que era mio  
Abandoné aquella cueva

.....  
.....  
.....  
.....  
.....

Supe despues que esa tarde  
Vino un pion y lo enterró—  
Ninguno lo acompañó  
Ni lo velaron siquiera—  
Y al otro dia amaneció  
Con una mano dejueira.

Y me han contado ademas  
El ghaucó que hizo el entierro.  
Al recordarlo me aterro,  
Me dá pavor este asunto,  
Que la mano del dijunto  
Se la habia comido un perro.

Tal vez yo tuve la culpa  
Porque de asustao me fui—  
Supe despues que volvi,  
Y asigurarselos puedo,  
Que los vecinos de miedo  
No pasaban por allí—

Hizo del rancho guarida  
La sabandija mas sucia;  
El cuerpo se despeluza  
Y hasta la razon se allera,  
Pasaba la noche entera  
Chillando allí una lechuza

Por mucho tiempo no pude  
Saber lo que me pasaba—  
Los trapitos con que andaba  
Eran puras hojarascas—  
Toda las moches soñaba  
Con viejos, perros y guascas.

## 19

Andube á mi voluntad  
Como moro sin señor—  
Ese fué el tiempo mejor  
Que yo he pasado tal vez—  
De miedo de otro tutor—  
Ni aporté por lo del Juez—

«Yo cuidaré, me habia dicho,  
«De lo de tu propiedá—  
«Todo se conservará  
«El vacuno y los rebaños  
«Hasta que cumplás 30 años  
«En que seas mayor de edá.—

Y aguardando que llegase  
El tiempo que la ley fija—  
Pobre como lagartija  
Y sin respetar á naides,  
Anduve cruzando, el aire  
Como bola sin manija.

Me hice hombre de esa manera,  
Bajo el mas duro rigor—  
Sufriendo tanto dolor  
Muchas cosas aprendi  
Y por fin víctima fui  
Del mas desdichado amor.

De tantas alternativas  
Esta es la parte peluda—  
Infeliz y sin ayuda  
Fué estremando mi delirio,  
Y causaban mi martirio  
Los desdenes de una vinda.

Llora el hombre ingratiudes  
Sin tener un jundamento,  
Acusa sin miramicato  
A la que el mal le ocasiona  
Y tal vez en su persona  
No hay ningun merecimiento

Cuando yo mas padecia  
La crueldá de mi destino—  
Rogando al poder divino  
Que del dolor me separe—  
Me hablaron de un adivino  
Que curaba esos pesares.—

Tuve recelos y miedos  
Pero al fin me disolvi—  
Hice coraje y me fui  
Donde el adivino estaba,  
Y por ver si me curaba  
Cuanto llevaba le dí.—



Me puse al contar mis penas  
Mas colorao que un tomate—  
Y se me añudó el gazañate  
Cuando dijo el hermitaño—  
«Hermano, le han hecho daño  
«Y se lo han hecho en un mate».

«Por verse libre de usté  
«Lo habrán querido embrujar»  
Despues me ampezó á pasar  
Una pluma de avestruz—  
Y me dijo: «de la Cruz  
«Recibí el don de curar».

«Debés maldecir, mé dijo,  
«A todos tus conocidos»  
«Ansina el que te ha ofendido  
«Pronto estará descubierto—  
«Y deben ser maldecidos  
«Tanto vivos como muertos».

Y me reseló que hincao  
En un trapo de la viuda  
Frente á una planta de ruda  
Hiciera mis oraciones,  
Diciendo, «no tengás duda  
«Eso cura las pasiones».

A la viuda en cuanto pude  
Un trapo le manoté;—  
Busqué la ruda y al pié  
Puesto en cruz hice mi reso,  
Pero, amigos, ni por eso  
De mis males me curé.—

Me recetó otra ocasión  
Que comiera abrojo chico—  
El remedio no me esplico,  
Mas por desechar el mal—  
Al ñudo en un abrojal  
Fí á ensangrenlarme el hocico.

Y con tanta medicina  
Me parecía que sanaba:—  
Por momentos se aliviaba  
Un poco mi padecer,  
Mas si á la viuda encontraba  
Volvía la pasión á arder:

Otra vez que consulté  
Su saber estrordinario,  
Recibió bien su salario,  
Y me recetó aquel pilló  
Que me colgase tres grillos,  
Ensartaos como rosario—

Por fin la última ocasión  
Que por mi mal lo fi á ver—  
Me dijo—«No, mi saber  
«No la perdido su virtù,  
«Yo te daré la salú  
«No triunfará esa mujer.»

«Y tené fé en el remedio  
«Pues la cencia no es chacola,  
«De esto no entendés ni jota,  
«Sin que ninguno sospeche:  
«Cortale á un negro tres motas  
«Y hacelas hervir en leche.»

Yo andaba ya desconfiando  
De la curacion maldita—  
Y dije —«este no me quita  
«La pasión que me domina;  
«Pues que viva la gallina  
«Aunque sea con la pepita.»

Así me dejaba andar  
Hasta que en una ocasión,  
El cura me echó un sermon,  
Para curarme sin duda;  
Diciendo que aquella viuda  
Era hija de conficion.—

Y me dijo estas palabras  
Que nunca las he olvidao—  
«Has de saber que el finao  
«Ordenó en su testamento  
«Que naides de casamiento  
«Le hablára en lo sucesivo—  
«Y ella prestó el juramento  
«Mientras él estaba vivo.»

«Y es preciso que lo cumpla  
«Porque así lo manda Dios,  
«Es necesario que vos  
«No la vuelvas á buscar,—  
«Porque si llega á faltar  
«Se condenarán los dos.»

Con semejante alvertencia  
Se completó mi redota;  
Le ví los piés á la sota,  
Y me le ajelé á la viuda  
Mas curao que con la ruda  
Con los grillos y las motas.

Despues me contó un amigo  
Que al Juez le habia dicho el cura  
«Que yo era un cabeza dura  
«Y que era un mozo perdido,  
«Que me echáran del partido  
«Que no tenia compostura.»

Tal vez por ese consejo  
Y sin que mas causa hubiera.  
Ni que otro motivo diera—  
Me agarraron redemente  
Y en el primer contingente  
Me echaron á la frontera.

De andar persiguiendo viudas  
Me he curado del deseo,  
En mil penurias me veo—  
Mas pienso volver tal vez,  
A ver si sabe aquel Juez  
Lo que se ha hecho mi rodeo.

## 20

Martin Fierro y sus dos hijos  
Entre tanta concurrencia  
Siguiéron con alegría  
Celebrando aquella fiesta.  
Diez años, los mas terribles  
Había durado la ausencia  
Y al hallarse nuevamente  
Era su alegría completa.  
En ese mismo momento  
Uno que vino de afuera,  
A tomar parte con ellos  
Suplicó que lo almitieran.  
Era un mozo forastero  
De muy regular presencia,  
Y hacia poco que en el pago  
Andaba dando sus güeltas,  
Aseguraban algunos  
Que venia de la frontera,  
Que había pelao á un pulpero  
En las últimas carreras.  
Pero andaba despilchao  
No traía un prenda buena,  
Un recadito cantor  
Daba fé de sus pobreza—  
Le pidió la benedición  
Al que causaba la fiesta  
Y sin decirles su nombre  
Les declaró con franqueza  
Que el nombre de *Picardía*  
Es el único que lleva  
Y para contar su historia  
A todos pide licencia  
Diciéndoles que en seguida  
Iban á saber quien era.  
Tomó al punto la guitarra,  
La gente se puso atenta,  
Y así cantó *Picardía*  
En cuanto templó las cuerdas.

## 21

## PICARDIA

Voy á contarles mi historia  
Perdonenme tanta charla—  
Y les diré al principiarla.  
Aunque es triste hacerlo así  
A mi madre la perdí  
Antes de saber llorarla.

Me quedé en el desamparo,  
Y al hombre que me dió el ser  
No lo pude conocer  
Ansi, pues, dende chiquito,  
Volé como el pajarito  
En busca de que comer.

O por causa del servicio  
Que tanta gente destierra—  
O por causa de la guerra  
Que es causa bastante seria,  
Los hijos de la miseria  
Son muchos en esta tierra.

Ansi, por ella empujado  
No sé las cosas que haría  
Y aunque con vergüenza mía,  
Debo hacer esla alvertencia,  
Siendo mi madre Inocencia  
Me llamaban Picardia.

Me llevó á su lado un hombre  
Para cuidar las ovejas—  
Pero todo el dia eran quejas  
Y guazcazos á lo loco,  
Y no me daba tampoco  
Siquiera unas jergas viejas.

Dende la alba hasta la noche,  
En el campo me tenía—  
Cordero que se moría,  
Mil veces me sucedió—  
Los caranehoe los comían  
Pero lo pagaba yo.

De trato tan riguroso  
Muy pronto me acobardé—  
El bonete me apreté  
Buscando mejores fines,  
Y con unos bolantines  
Me fui para Santa Fé.

El pruebista principal  
A enseñarme me tomó—  
Y ya iba aprendiendo yó  
A bailar en la maroma,  
Mas me hicieron una broma  
Y aquello me indijustó.

Una vez que iba bailando;  
Porque estaba al calzon roto  
Armaron tanto alboroto  
Que me hicieron perder pié:  
De la cuerda me largué  
Y casi me descogoló.

Así me encontré de nuevo  
Sin saber donde meterme—  
Y ya pensaba volverme  
Cuando por fortuna mía,  
Me salieron unas tías  
Que quisieron recogerme.

Con aquella parentela,  
Para mí desconocida.  
Me acomodé ya en seguida,  
Y eran muy buenas señoras;  
Pero las mas rezadoras  
Que he visto en toda mi vida.

Con el toque de oración  
Ya principiaba el rosario;—  
Noche á noche un calendario  
Tenian ellas que decir,  
Y á rezar solian venir  
Muchas de aquel vecindario

Lo que allí me aconteció  
Siempre lo he de recordar—  
Pues me empiezo á equivocar  
Y á cada paso refalo—  
Como si me entrára el malo  
Cuanto me hincaba a resar.

Era como tentacion  
Lo que yo espermenté—  
Y jamás olvidaré.  
Cuanto tuve que sufrir,  
Porque no podía decir  
« Artículos de la Fé ».

Tenia al lao una mulata  
Que era nativa de allí—  
Se hincaba cerca de mí  
Como el angel de la guarda—  
Picara, y era la parda  
La que me tentaba así.

« Resá dijo mi tia,  
« Artículos de la Fé »—  
Quise hablar y me atoré,

La dificultá me aflijé—  
Miré á la parda, y ya dije  
« Artículos de Santa Fé ».

Me acomodó el coscorrón  
Que estaba viendo venir—  
Yo me quise corregir,  
A la mulata miré  
Y otra vez volví á decir  
« Artículos de Santa Fé ».

Sin dificultá ninguna  
Resaba todito el día.  
Y á la noche ne podía  
Ni con un trabajo inmenso;  
Es por eso que yo pienso  
Que alguno me tentaría.

Una noche de tormenta,  
Vi á la parda y me entró chuche—  
Los ojos—me asusté mucho,  
Eram como refocilo:  
Al nombrar á San Camilo,  
Le dije San Camilucho.

Esta me dá con el pié  
Aquella otra con el codo—  
Ah! viejas,—por ese modo,  
Aunque de corazón tierno,  
Yo las mandaba al infierno  
Con oraciones y todo.

Otra vez que como siempre  
La parda me perseguía  
Cuando yo acordé, mis tías  
Me habian sacao un mechon  
Al pedir la estirpacion  
De todas las heregias \*

Aquella parda maldita  
Me tenia medio afligido.  
Y así, me habia sucedido,  
Que al decir estirpacion—  
Le acomodé entripacion  
Y me cayeron sin ruido—

El recuerdo y el dolor  
Me duraron muchos días—  
Soñé con las heregias  
Que andaban por estirpar  
Y pedia siempre al resar  
La estirpacion de mis tías.

Y dale siempre rosarios.  
Noche á noche y sin cesar—  
Dale siempre barajar  
Salves, trisagios y credos,  
Me aburrí de esos enriedos  
Y al fin me mandé mudar.



## 22

Andube como pelota,  
Y mas pobre que una rata—  
Cuando empecé á ganar plata  
Se armó no sé qué barullo—  
Yo dije: á tu tierra grullo  
Aunque sea con una pata.

Eran duros y bastantes  
Los años que allá pasaron—  
Con lo que ellos me enseñaron  
Formaba mi capital—  
Cuanto vine me enrolaron  
En la Guardia Nacional.

Me habia ejercitao al naipe,  
El juego era mi carrera;—  
Hice alianza verdadera  
Y arreglé una trapisonda  
Con el dueño de una fonda  
Que entraba en la peladera.

Me ocupada con esmero  
En floriar una baraja—  
El la guardaba en la caja  
En paquetes como nueva;  
Y la media arroba lleva  
Quien conoce la ventaja

Comete un error inmenso  
Quien de la suerte presume;  
Otro mas hábil lo fuma,  
En un dos por tres, lo pela;—  
Y lo larga que no vuela  
Porque le falta una pluma.

Con un sócio que lo entiendo  
Se arman partidas muy buenas  
Queda allí la plata agena.  
Quedan prendas y botones:—  
Siempre caen á esas riuniones  
Sonzos con las manos llenas.

Hay muchas trampas legales,  
Recursos del jugador—  
No cualquiera es sabedor  
A lo que un naipe se presta—  
Con una *cincha* bien puesta  
Se la pega uno al mejor.

Deja á veces ver la boca  
Haciendo el que se descuida—  
Juega el otro hasta la vida

Y es seguro que se ensarta,  
Porque uno muestra un carta  
Y tiene otra prevenida.

Al monte, las precauciones  
No han de olvidarse jamas—  
Debe afirmarse á demas  
Los dedos para el trabajo—  
Y buscar asiento bajo  
Que le dé la luz de atras.

Pa tayar, tome la luz—  
Dé la sombra al alversario—  
Acomódese al contrario  
En todo juego cartiao—  
Tener ojo ejercitao  
Es siempre muy necesario.

El contrario abre los suyos,  
Pero nada vé el que es ciego—  
Dándole sogas muy luego  
Se deja pezcár el tonlo—  
Todo chapeton cree pronto  
Que sabe mucho en el juego.—

Hay ombres muy inocentés  
Y que á las carpetas van—  
Cuando asariados estan,  
Les pasa infinitas veces,  
Pierden en puertas y en treses,  
Y dándoles *mamarán*.

El que no sabe, no gana  
Aunque ruegue á Santa Rita,—  
En la carpeta á un mulita  
Se le conoce al sentarse—  
Y conmigo, era matarse,  
No podian ni á la manchita.

En el nueve y otros juegos  
Llevo ventaia no poca—  
Y siempre que dar me toca  
El mal no tiene remedio,  
Porque sè sacar del medio  
Y sentar la de la boca.

En el truco al mas pintao  
Solia ponerlo en apuro;  
Cuando aventajar procuro,  
Sé tener, como fajadas,  
Tiro á tiro el as de espadas  
O flor, ó envite seguro.

Yo sé defender mi plata  
Y lo hago como el primero,  
El que ha de jugar dinero  
Preciso es que no se atonte—  
Si se armabà una de monte,  
Tomaba parte el fondero

Un pastel, como un paquete,  
Sé llevarlo con limpieza;  
Dende que á salir empiezan  
No hay carta que no recuerde;—  
Sé cual se gana ó se pierde  
En cuanto caen á la mesa.

Tambien por estas jugadas  
Suele uno verse en aprietos;—  
Mas yo no me comprometo  
Porque sé hacerlo con arte,  
Y aunque les corra el descarte  
No se descubre el secreto.

Si me llamaban al dao  
Nunca me solia fallar  
Un *cargado* que largar,  
Un *cruzao* para el mas vivo;  
Y hasta atracarles un *chivo*  
Sin dejarlos maliciar.

Cargaba bien una taba  
Porque la sé manejar;  
No era manco en el billar,  
Y por fin de lo que esplico.  
Digo que hasta con pichicos,  
Era capaz de jugar.

Es un vicio de mal fin,  
El de jugar, no lo niego;  
Todo el que vive del juego  
Anda á la pezca de un bobo,—  
Y es sabido que es un robo  
Ponerse á jugarle á un ciego.

Y esto digo claramente  
Porque he dejao de jugar;  
Y les puedo asegurar  
Como que fui del oficio—  
Mas cuesta aprender un vicio  
Que aprender á trabajar.

## 23

Un napolés mercachifle  
Que andaba con un arpista,  
Cayó tambien en la lista  
Sin dificultad ninguna:  
Lo agarré á la treinta y una  
Y le daba bola vista.

Se vino haciendo el chiquito,  
Por sacarme esa ventaja;  
En el pantano se encaja

Aunque robo se le hacia—  
Lo cegó Santa Lucia  
Y desocupó las cajas.

Lo hubieran visto afligido  
Llorar por las chucherías—  
«Ma ganao con picardia»  
Decia el gringo y lagrimaba,  
Mientras yo en un poncho alzaba  
Todita su mereheria.

Quedó alli aliviado del peso  
Sollozando sin consuelo,  
Habia caido en el anzuelo  
Tal vez porque era domingo,  
Y esa calidá de gringo  
No tiene santo en el cielo.

Pero poco aproveché  
De la tura tan lucida:  
El diablo no se descuida,  
Y á mi me seguia la pista  
Un fiato muy enredista  
Que era Oficial de partida.

Se me presentó á esigir  
La multa en que habia incurrido,  
Que el juego estaba prohibido  
Que iba á llevarme al cuartel—  
Tuve que partir con él  
Todo lo que habia alquirido.

Empecé á tomarlo entre ojos  
Por esa albitrariadá;  
Yo habia ganao, es verdá,  
Con recursos, eso sí;  
Pero él me ganaba á mi  
Fundao en su autoridá.

Decian que por un delito  
Mucho tiempo andubo mal;  
Un amigo servicial  
Lo compuso con el Juez,  
Y poco tiempo despues  
Lo pusieron de Oficial.

En recorrer el partido  
Continuamente se empleaba,  
Ningun malevo agarraba  
Pero traía en un carguero,  
Gallinas, pavos, corderos  
Que por hay recolelaba.

No se debía permitir  
El abuso á tal extremo;  
Mes á mes hacia lo mesmo,  
Y ansi decia el vecindario,  
«Este fiato perdulario  
«Ha resucitao el diezmo.»

La echaba de guitarrero  
Y hasta de concertador:  
Sentao en el mostrador  
Lo hallé una noche cantando—  
Y le dije:—co...mo...quiando  
Con gaitas de oír un cantor.

Me echó el ñato una mirada  
Que me quiso devorar—  
Mas no déjo de cantar  
Y se hizo el desentendido—  
Pero ya habia conocido  
Que no lo podía pasar—

Una tarde que me hallaba  
De visita... vino el ñato,  
Y para darle un mal rato  
Dije fuerte... « Ña...to... ribia  
«No bebe con agua tibia »  
Y me la entendió el mulato.

Era el todo en el Juzgao,  
Y como que se achocó  
Ay no mas me contestó—  
« Cuando el caso se presiente  
« Te he de hacer tomar caliente  
« Y has de saber quien soy yó ».

Por causa de una mujer  
Se enredó mas la cuestion  
Le tenia el ñato aficion,  
Ella era mujer de ley,  
Moza con cuerpo de güey  
Muy blanda de corazon.

La hallé una vez de amasijo  
Estaba hecha un embeleso:  
Y le dije... « Me intereso  
« En aliviar sus quehaceres,  
« Y así, señora, si quiere  
« Yo le arrimaré los güesos. »

Estaba el ñato presente  
Sentado como de adorno—  
Por evitar un trastorno  
Ella al ver que se dijista,  
Me contestó... « si ustè gusta  
Arrimelos junto al horno. »

Ay se enredó la madeja  
Y su enemistá conmigo;  
Se declaró mi enemigo,  
Y por aquel cumplimiento  
Ya solo buscó el momento  
De hacerme dar un castigo

Yo veía que aquel maldito  
Me miraba con rencor—  
Buscando el caso mejor

De poderme echar el pial:  
Y no vive mas el lial  
Que lo que quiere el traidor.

No hay matrero que no caiga  
Ni arisco que no se amause—  
Ansi, yo, dende aquel lance  
No salia de algun rincon—  
Tirao como el San Ramon  
Despues que se pasa el trance.

## 24

Me le escapé con trabajo  
En diversas ocasiones;  
Era de los adulones,  
Me puso mal con el Juez;  
Hasta que al fin, una vez  
Me agarró en las elecciones.

Ricuerdo que esa ocasion  
Andaban listas diversas:  
Las opiniones dispersas  
No se podian arreglar—  
Decian que el Juez por triunfar  
Hacia cosas muy perversas.

Cuando se reunió la gente  
Vino á proclamarla el ñato:  
Diciendo con aparato  
« Que todo andaria muy mal;  
« Si pretendia cada cual  
« Votar por un candilalo. »

Y quiso al punto quitarme  
La lista que yo llevé,  
Mas yo se la mesquiné  
Y ya me gritó... « Anarquista  
« Has de votar por la lista  
« Que ha mandao el Comiqué. »

Me dió vergüenza de verme  
Tratado de esa manera;  
Y como si uno se altera  
Ya no es facil de que ablande,  
Le dije... « mande el que mande  
« Yo he de volar por quien quiera. »

« En las carpetas de juego  
« Y en la mesa electoral,  
« A todo hombre soy igual,  
« Respeto al que me respeta;  
« Pero al naípe y la boleta  
« Naidés me lo ha de tocar »



Ay no mas ya me cayó  
A sable la polecia,  
Aunque era una picardia  
Me decidí á soportar—  
Y no los quise peliar  
Por no perderme ese día.

Atravesao me agarró  
Y se aprovechó aquel ñato;  
Dende que sufrí ese trato  
No dentro donde no quepo;—  
Fí á ginetiar en el cepo  
Por cuestion de candilatos.

Injusticia tan notoria  
No la soporté de flojo—  
Una venda de mis ojos  
Vino el suceso á valtíar  
Vi que teníamos que andar  
Como perro con tramojo—

Dende aquellas elecciones  
Se siguió el batiburrillo;  
Aquel se volvió un ovillo  
Del que no había ni noticia;  
¡Es señora la justicia...  
Y anda en ancas del mas pillo!

## 25

Despues de muy pocos dias.  
Tal vez por no dar espera  
Y que alguno no se fuera—  
Illicieron citar la gente,  
Pa riunir un contingente  
Y mandar á la frontera.

Se puso arisco el gauchage  
La gente está acobardada,  
Salió la partida armada  
Y trujo como perdices  
Uno cuantos infelices  
Que entraron en la voltiada.

Decía el ñato con soberbia  
«Esta es una gente indiana;  
«Yo los rodié á la sordiana  
«No pudieron escapar;  
«Y llevaba órden de arriar  
«Todito lo que camina.»

Cuando vino el comendante  
Dijeron: «Dios nos asista»—  
Llegó, y les clavó la vista

Yo estaba haciéndome el sonzo—  
Le echó á cada uno un responso  
Y ya lo plantó en la lista.

«Cuadrate, le dijo á un negro,  
Te estas haciendo el chiquito—  
Cuando sos el mas maldito  
Que se encuentra en todo el pago.  
Un servicio es el que te hago  
Y por eso te remito.—

## A OTRO

«Vos no cuidas tu familia  
Ni le das los menesteres  
Visitás otras mujeres  
Y es preciso calavera,  
Que aprendas en la frontera  
A cumplir con tus deberes.

## A OTRO

Vos tambien sos trabajoso;  
Cuando es preciso votar  
Hay que mandarte llamar  
Y siempre andas medio alzado;  
Sos un desubordinado  
Y yo te voy á filiar

## A OTRO

¿Cuánto tiempo hace que vos  
Andás en este partido?  
¿Cuántas veces has venido  
A la citacion del Juez?  
No te he visto ni una vez  
Has de ser algun perdido

## A OTRO

Este es otro barullero  
Que pasa en la pulperia  
Predicando noche y día  
Y anarquizando á la gente,  
Irás en el contingente  
Por tamaña picardia.

## A OTRO

Dende la anterior remesa  
Vos andas medio perdido;  
La autoridad no ha podido  
Jamás hacerte votar,—  
Cuando te mandan llamar  
Te pasás á otro partido

## A OTRO

Vos siempre andás de florcita,  
No tenès renta ni oficio;  
No has hecho ningun servicio,  
No has volado ni una vez—  
Marchá... para que dejés  
De andar haciendo perjuicio.

## A OTRO

Dame vos tu papeleta  
Yo te la voy á tener.—  
Esta queda en mi poder  
Despues la recogerás—  
Y ansi si te reserlás  
Todos te pueden prender.

## A OTRO

Vos porque sos ecetuaao  
Ya te queres sulevar  
No vinistes á votar  
Cuando hubieron elecciones—  
No te valdrán eseciones.  
Yo te voy a enderezar.»

Y á este por este motivo  
Y á otro por otra razon,  
Toditos, en conclusion  
Sin que escapara ninguno,  
Fueron pasando uno á uno  
A juntarse en un rincón.

Y alli las pobres hermanas,  
Las madres y las esposas  
Redamaban cariñosas  
Sus lágrimas de dolor;  
Pero gemidos de amor—  
No remedian estas cosas.

Nada importa que una madre  
Se desespere ó se queje—  
Que un hombre á su mujer deje  
En el mayor desamparo;  
Hay que callarse, ó es claro,  
Que lo quiebran por el eje.

Dentran despues á empeñarse  
Con este ó con aquel vecino;  
Y como en el masculino,  
El que no corre, vuela—  
Deben andar con cautela  
Las pobres me lo imagino.

Muchas al Juez acudieron  
Por salvar de la jugada  
El les hizo un cuerpiada,  
Y por mostrar su inocencia,  
Les dijo: «tengan pacencia  
«Pues yo no puedo hacer nada.»

Ante aquella autoridad  
Permanecian suplicantes—  
Y despues de hablar bastante  
«Yo me lavo, dijo el Juez.  
«Como Pilatos los piés,  
«Esto lo hace el Comendante.»

De ver tanto desamparo  
El corazon se partía—  
Habia madre que salia  
Con dos, tres hijos ó mas—  
Por delante y por detrás—  
Y las maletas vacias.

Doñde iran pensaba yo.  
A perecer de miseria;  
Las pobres si de esta feria  
Hablan mal, tienen razon;  
Pues hay bastante materia  
Para tan justa afliccion.

## 26

Cuando me llegó mi turno  
Dije entre mi «ya me toca»—  
Y aunque mi falta era poca  
No sé porque me asustaba:—  
Les asiguro que estaba  
Con el Jesus en la boca.—

Me dijo que yo era un vago  
Un jugador, un perdido  
Que dende que fi al partido  
Andaba de picaflor—  
Que habia de ser un bandido  
Como mi ante sucesor.

Puede que uno tenga un vicio,  
Y que de él no se rēforme.—  
Mas naides esta conforme  
Con recibir ese trato:  
Yo conoci que era el ñato  
Quien le habia dao los informes.

Me dentro curiosidá  
Al ver que de esa manera  
Tan siguro me dijera  
Que fué mi padre un bandido;  
Luego lo había conocido.  
Y yo inoraba quien era.

Me empené en averiguarlo,  
Promesas hice á Jesus—  
Tubo por fin una luz,  
Y supe con alegría  
Que era el autor de mis días,—  
El guapo Sargento, Cruz.

El que sabe ser buen hijo  
A los suyos se parece;—  
Y aquel que á su lado crece  
Y á su padre no hace honor  
Como castigo merece  
De la desdicha el rigor.

Con un empeño costante  
Mis fallas supe enmendar  
Todo conseguí olvidar,  
Pero por desgracia mia,  
El nombre de *Picardia*  
No me lo pude quitar.



El Contingente

Yo conocia bien su historia  
Y la tenia muy presente—  
Sabia que Cruz bravamente  
Yendo con una partida,  
Había jugado la vida  
Por defender á un valiente.

Y hoy ruego á mi Dios piadoso  
Que lo mantenga en su gloria;  
Se ha de conservar su historia  
En el corazon del hijo.  
El al morir me bendijo  
Yo bendigo su memoria.—

Yo juré tener enmienda  
Y lo conseguí deveras;  
Puedo decir ande quiera  
Que si faltas he tenido  
De todas me he corregido  
Dende que supe quien era.

Aquel que tiene buen nombre  
Muchos dijustos ahorra—  
Y entre tanta mazamorra  
No olviden esta alvertencia:  
Aprendí por experiencia  
Que el mal nombre se borra.

27

—He servido en la frontera  
En un cuerpo de milicias:  
No por razon de justicia  
Como sirve cualesquiera—  
—La bolilla me tocó  
De ir á pasar malos ratos  
Por la facultá del ñato;  
Que tanto me persiguió.



—Y sufrí en aquel infierno  
Esa dura penitencia,  
Por una mala querencia  
De un oficial subalterno—  
—No repetiré las quejas  
De lo que se sufre allá,  
Son cosas muy dichas yá  
Y hasta olvidadas de viejas.  
—Siempre el mismo trabajar  
Siempre el mismo sacrificio  
Es siempre el mismo servicio,  
Y el mismo nunca pagar.  
—Siempre cubiertos de harapos  
Siempre desnudos y pobres,  
Nunca le pagan un cobre  
Ni le dan jamas un trapo.  
—Sin sueldo y sin uniforme  
Lo pasa uno aunque sucumba,  
Conformesé con la tumba—  
Y sinó....no se conforme.  
—Pues si usté se ensobebece  
O no anda muy voluntario,  
Le aplican un novenario  
De estacas....que lo enloquecen.  
—Andan como pordioseros  
Sin que un peso los alumbre—  
Porque han tomao la costumbre  
De deberles años enteros—  
—Siempre hablan de lo que cuesta  
Que allá se gasta un plalal—  
Pues yo no he visto ni un rial  
En lo que duró la fiesta.  
—Es servicio estrordinario  
Bajo el fusil y la vara—  
Sin que sepamos que cara  
Le ha dao Dios al comisario.  
—Pues si vá á hacer la revista  
Se vuelve como una bala:  
Es lo mismo que luz mala  
Para perderse de vista—  
—Y de yapa cuando vá  
Todo parece estudiao—  
Va con meses atraaos  
De gente que ya no está—  
—Pues ni adrede que lõ hagan  
Podrán hacerlo mejor,  
Cuando cai, cai con la paga  
Del contingente anterior.—  
—Porque son como sentencia  
Para buscar al ausente,  
Y el pobre que está presente  
Que perezca en la endigencia.  
—Hasta que tanto aguantar  
El rigor con que lo tratan,  
O se resiertan, ó lo matan,  
O lo largan sin pagar.

—De ese modo es el pastel  
Porque el gaucho....ya es un hecho  
No tiene ningun derecho  
Ni naides vuelve por él.  
—La gente vive marchita!  
Si vieran cuando echan tropa,  
Les vuela á todos la ropa  
Que parecen banderitas.  
—De todos modos lo cargan  
Y al cabo de tanto andar—  
Cuando lo largan, lo largan  
Como pa echarse á la mar.  
—Si alguna prenda le han dao  
Se la vuelven á quitar  
Poncho, caballo, recaó.  
Todo tiene que dejar.  
—Y esos pobres infelices  
Al volver á su destino—  
Salen como unos Longinos,  
Sin tener con que cubrirse.  
—A mi me daba congojas  
El mirarlos de ese modo—  
Pues el mas aviao de todos  
Es un peregil sin hojas.  
—Ahora poco ha sucedido,  
Con un invierno tan crudo,  
Largarlos á pié y desnudos  
Pa volver es su partido.  
—Y tan duro es lo que pasa  
Que en aquella situacion,  
Les niegan un mancarrón  
Para volver á su casa.  
—¡Lo tratan como á un infiel!!  
Completan su sacrificio  
No dandolé ni un papel  
Que acredite su servicio.  
—Y tiene que regresar  
Mas pobre de lo que jué—  
Por supuesto á la mercé  
Del que lo quiere agarrar.  
—Y no averigüe despues  
De los bienes que dejó—  
De hambre, su mujer vendió  
Por dos—lo que vale diez—  
—Y como están convenidos  
A jugarle manganeta  
A reclamar no se meta  
Porque ese es tiempo perdido.  
—Y luego si á alguna Estancia  
A pedir carne se arrima—  
Al punto le cain encima  
Con la ley de la vagancia.  
—Y ya es tiempo pienso yó,  
De no dar mas contingente—  
Si el Gobierno quiere gente  
Que la pague y se acabó.—

—Y saco así en conclusion  
En medio de mi inorancia,  
Que aquí el nacer en Estancia  
Es como una maldicion.  
—Y digo, aunque no me cuadre  
Decir lo que naides dijo:  
La Provincia es una madre  
Que no defiende á sus hijos.  
—Mueren en alguna loma  
En defensa de la ley.

El gato busca el jogon  
Y ese es mozo que lo entiende.  
—De aquí comprenderse debe  
Aunque yo hable de este modo:  
Que uno busca su acomodo  
Siempre lo mejor que puede.  
—Lo pasaba como todos  
Este pobre penitente,  
Pero salí de asistente  
Y mejoré en cierto modo.



La vuelta del Contingente

O anda lo mesmo que el güey  
Arando pa que otros coman.  
—Y he de decir así mismo,  
Porque de dentro me brota,  
Que no tiene patriotismo  
Quien no cuida al compatriota.

## 28

Se me va por donde quiera  
Esta lengua del demonio—  
Voy á darles testimonio  
De lo que ví en la frontera.  
—Yo sé que el único modo  
A fin de pasarlo bien,  
Es decir á todo amen  
Y jugarle risa á todo.—  
—El que no tiene colchon  
En cualquier parte se tiende—

—Pues aunque esas privaciones  
Causen desesperacion,  
Siempre es mejor el jogon  
De aquel que carga galones.  
De entonces en adelante  
Algo logré mejorar,  
Pues supe hacerme lugar  
Al lado del Ayudante.  
—El se daba muchos aires,  
Pasaba siempre leyendo  
Decían que estaba aprendiendo,  
Pa recibirse de flaile.—  
—Aunque lo pifiaban tanto  
Jamás lo ví dijstao;  
Tenía los ojos paraos  
Como los ojos de un Santo.  
—Muy delicao—dormía en cuja  
Y no sé porque sería—  
La gente lo aborrecía  
Y le llamaban LA BRUJA.  
—Jamás hizo otro servicio  
Ni tuvo otras comiçiones,  
Que recibir las raciones

De viveres y de vicios.  
 —Yo me pasé á su jogon  
 Al punto que me sacó,  
 Y yá con él me llevó  
 A cumplir su comision.  
 —Estos diablos de milicos.  
 De todo sacan partido—  
 Cuando nos vian riunidos  
 Se limpiaban los hocicos.  
 —Y decian en los jogones  
 Como por chocarrería—  
 «Con la Bruja y Picardia,  
 «Van á andar bien las raciones.»  
 —Á mí no me jué tan mal  
 Pues mi oficial se arreglaba;  
 Les dire lo que pasaba  
 Sobre este particular.—  
 —Decian que estaba de acuerdo  
 La Bruja y el proveedor,  
 —Y que recibia lo pior—  
 Puede ser—pues no era lerdo.  
 —Que á mas en la cantidad  
 Pegaba otro dentellon,  
 Y que por cada racion  
 Le entregaban la mitá.  
 —Y que esto, lo hacia del modo  
 Como lo hace un hombre vivo:  
 Firmando luego el recibo  
 Ya se sabe por el todo.  
 —Pero esas murmuraciones  
 No faltan en campamento:  
 Dejenme seguir mi cuento,  
 O historia de las raciones.—  
 —La Bruja las recibia  
 Como se ha dicho, á su modo—  
 Las cargabamos, y todo  
 Se entriega en la mayoría.  
 —Sacan allí en abundancia  
 Lo que les toca sacar—  
 Y es justo que han de de dejar  
 Otro tanto de ganancia.  
 —Van luego á la compañía  
 Las recibe el comendante;  
 El que de un modo abundante  
 Sacaba cuanto queria.  
 —Ansi la cosa libiana,  
 Vá mermada por su puesto—  
 Luego se le entrega el resto  
 Al oficial de semana.—  
 —Araña, quien te arañó?  
 Otra araña como yó—  
 —Este le pasa al sargento  
 Aquello tan reducido—  
 Y como hombre prevenido  
 Saca siempre con aumento.  
 —Esta relacion no acabo

Si otra menudencia ensarto;  
 El sargento llama al cabo  
 Para encargarle el reparto.  
 —El tambien saca primero  
 Y no se sabe turbar—  
 Naides le va á averiguar  
 Si han sacado mas ó menos.  
 —Y sufren tanto bocao  
 Y hacen tantas estaciones,  
 Que casi ya no háy raciones  
 Cuando llegan al soldao.  
 —Todo es como pan bendito!  
 Y sucede de ordinario,  
 Tener que juntarse varios  
 Para hacer un pucherito.  
 —Dicen que las cosas van  
 Con arreglo á la ordenanza—  
 Puede ser! pero no alcanzan,  
 Tan poquito es lo que dan!—  
 —Algunas veces yo pienso,  
 Y es muy justo que lo diga.  
 Solo llegaban las migas  
 Que habian quedao en los liensos.  
 —Y explican aquel infierno  
 En que uno esta medio loco,  
 Diciendo que dan tan poco  
 Porque no paga el gobierno.  
 —Pero eso yo no lo entiendo,  
 Ni á averiguarlo me meto;  
 Soy inorante completo  
 Nada olvido y nada aprendo.  
 —Tiene uno que soportar  
 El tratamiento mas vil:  
 A palos en lo civil,  
 A sable en lo militar  
 —El vestuario—es otro infierno:  
 Si lo dan, llega á sus manos,  
 En invierno el de verano—  
 Y en verano, el de invierno.  
 —Y yo el motivo no encuentro,  
 Ni la razon que esto tiene,  
 Mas dicen que eso ya viene—  
 Arreglao dende adentro.  
 —Y es necesario aguantar  
 El rigor de su destino  
 El gaucho no es argentino  
 Sinó pa hacerlo matar.  
 —Ansi ha de ser, no lo dudo—  
 Y por eso decia un tonto:  
 «Si los han de matar pronto,  
 «Mejor es que estén desnudos.»  
 —Pues esa miseria vieja  
 No se remedia jamás;  
 Todo el que viene detras  
 Como la encuentra la deja.—  
 —Y se hallan hombres tan malos



Que dicen de buena gana—  
 El gaucho es como la lana  
 Se limpia y compone á palos.  
 —Y es forzoso soportar  
 Aunque la copa se enllene;  
 Parece que el gaucho tiene  
 Algun pecao que pagar.

## 29

Esto cantó Picardía  
 Y despues guardó silencio,  
 Mientras todos celebraban  
 Con placer aquel encuentro.  
 Mas una casualidad,  
 Come que nunca anda lejos,  
 Entre tanta gente blanca  
 Llevó tambien á un moreno,  
 Presumido de cantor  
 Y que se tenía por bueno—  
 Y como quien no hace nada,  
 O se descuida de intento,  
 Pues siempre es muy conocido  
 Todo aquel que busca pleito—  
 Se sentó con toda calma  
 Echó mano al estrumento  
 Y ya le pegó un rajido—  
 Era fantástico el negro,  
 Y para no dejar dudas  
 Medio se compuso el pecho.  
 Todo el mundo conoció  
 La intencion de aquel moreno—  
 Era claro el desafio  
 Dirijido á Martin Fierro,  
 Hecho con toda arrogancia,  
 De un modo muy altanero.  
 Tomó Fierro la guitarra,  
 Pues siempre se halla dispuesto—  
 Y así cantaron los dos  
 En medio de un gran silencio—

## 30

## MARTIN FIERRO

Mientras suene el encoñdao  
 Mientras encuentre el compas,  
 Yo no he de quedarme atrás  
 Sin defender la parada—  
 Y he jurado que jamás  
 Me la han de llevar robada.

Atiendan pues los oyentes  
 Y callense los mirones—  
 A todos pido perdones  
 Pues á la vista resalta.  
 Que no está libre de falta  
 Quien no está de tentaciones.

A un cantor le llaman bueno,  
 Cuando es mejor que los piores—  
 Y sin ser de los mejores,  
 Encontrándose dos junlos  
 Es deber de los cantores  
 El cantar de contrapunto.

El hombre debe mostrarse  
 Cuando la ocasion le llegue—  
 Hace mal el que se niegue  
 Dende que lo sabe hacer—  
 Y muchos suelen tener  
 Vanagloria en que lo rueguen.

Cuando mozo fui cantor—  
 Es una cosa muy dicha—  
 Mas la suerte se encapricha  
 Y me persigue constante—  
 De ese tiempo en adelante  
 Canté mis propias desdichas.

Y aquellos años dichosos  
 Trataré de recordar—  
 Veré si puedo olvidar  
 Tan desgraciada mudanza—  
 Y quien se tenga confianza  
 Tiemple y vamos á cantar.

Tiemple y cantaremos juntos,  
 Trasnochadas no acobardan—  
 Los concurrentes aguardan;  
 Y porque el tiempo no pierdan,  
 Haremos gemir las cuerdas  
 Hasta que las velas no ardan.

Y el cantor que se presiente,  
Que tenga ó nó quien lo ampare,  
No espere que yo dispare  
Aunque su saber sea mucho—  
Vamos en el mesmo pucho  
A prenderle hasta que aclare.

Y seguiremos si gusta  
Hasta que se váya el día—  
Era la costumbre mia  
Cantar las noches enteras—  
Habia entonces, donde quiera,  
Cantores de fantasia.

Y si alguno no se alreve  
A seguir la caravana,  
O si cantando no gana  
Se lo digo sin lisonja—  
Haga sonar una esponja  
O ponga cuerdas de lana.

#### EL MORENO

Yo no soy señores míos  
Sinó un pobre guitarrero—  
Pero doy gracias al cielo  
Porque no puedo en la ocasion,  
Toparme con un cantor  
Que experimente á este negro.

Yo tambien tengo algo blanco,  
Pues tengo blancos los dientes—  
Sé vivir entre las gentes  
Sin que me tengan en menos—  
Quien anda en pagos ajenos  
Debe ser manso y prudente.

Mi madre tuvo diez hijos,  
Los nueve muy regulares—  
Tal vez por eso me ampare  
La Providencia divina—  
En los güevos de gallina,  
El décimo es el mas grande.

El negro es muy amoroso,  
Aunque de esto no hace gala,  
Nada á su cariño iguala  
Ni á su tierna voluntá—  
Es lo mesmo que el macá  
Cria los hijos bajo el ala.

Pero yo he vivido libre  
Y sin depender de naides—  
Siempre he cruzado á los aires

Como el pájaro sin nido—  
Cuanlo sé lo he aprendido  
Porque me lo enseñó un flaire.

Y sé como cualquier otro  
El porqué retumba el trueno—  
Porque son las eslaciones  
Del verano y del invierno—  
Sé tambien de donde salen  
Las aguas que cain del Cielo.

Yo sé lo que hay en la tierra  
En llegando al mesmo centro—  
En donde se encuentra el oro,  
En donde se encuentra el fierro—  
Y en donde viven bramando  
Los volcanes que echan juego.

Yo sé del fondo del mar  
Donde los pejes nacieron—  
Yo sé porque crece el árbol,  
Y porqué silvan los vientos—  
Cosas que inoran los blancos  
Las sabe este pobre negro.

Yo tiro cuando me liran,  
Cuando me aflojan, aflojo;  
No se ha de morir de antojo  
Quien me convide á cantar—  
Para conocer á un cojo  
Lo mejor es verlo andar.

Y si una falta cometo  
En venir á esta reunion—  
Echándola de cantor  
Pido perdon en voz alta—  
Pues nunca se halla una falta  
Que no exista otra mayor.

De lo que un cantor explica  
No falta que aprovechar—  
Y se le debe escuchar  
Aunque sea negro el que cante—  
Apriende el que es inorante,  
Y el que es sábio apriende mas.

Bajo la frente mas negra  
Hay pensamiento y hay vida—  
La gente escuche tranquila  
No me haga ningun reproche—  
Tambien es negra la noche  
Y liene estrellas que brillan.

Estoy pues á su mandao,  
Empiece á echarme la sonda  
Si gusta que le responda,  
Aunque con lenguaje tosco—  
En leturas no conozco  
La jota por ser redonda.

## MARTIN FIERRO

Ah! negro, si sos tan sábio  
No tengás ningun recelo;  
Pero has tragao el anzuelo  
Y al compás del estrumento—  
Has de decirme al momento  
Cual es el canto del cielo.

## EL MORENO

Cuentan que de mi color  
Dios hizo al hombre primero—  
Mas los blancos altaneros,  
Los mesmos que lo convidan,  
Hasta de nombrarlo olvidan  
Y solo le llaman negro.

Los cielos lloran y cantan  
Hasta en el mayor silencio—  
Lloran al cair el rocío.  
Cantan al silvar los vientos—  
Lloran cuando caen las aguas  
Cantan cuando brama el trueno.

## MARTIN FIERRO

Dios hizo al blanco y al negro  
Sin declarar los mejores—  
Les mandó iguales dolores  
Bajo de una mesma cruz;  
Mas tambien hizo la luz  
Pa distinguir los colores.



Canto por cifra, de contrapunto entre Martin Fierro y un negro

Pinta el blanco negro al diablo.  
Y el negro blanco lo pinta—  
Blanca la cara ó retinta  
No habla en contra ni en favor—  
De los hombres el Criador  
No hizo dos clases distintas.

Y despues de esta alvertencia  
Que al presente viene á pelo—  
Veré, señores, si puedo,  
Sigun mi escaso saber,  
Con claridá responder  
Cual es el canto del cielo.

Asi ninguno se agravie,  
No se trata de ofender—  
A todo se ha de poner  
El nombre con que se llama—  
Y á naides le quita fama  
Lo que recibió al nacer.

Y ansi me gusta un cantar  
Que no se turba ni yerra—  
Y si en tu saber se encierra  
El de los sábios projuudos—  
Decime enal en el mundo  
És el canto de la tierra.



## EL MORENO

Es pobre mi pensamiento  
Es escasa mi razon—  
Mas pa dar contestacion  
Mi inorancia no me arredra—  
Tambien dá chispas la piedra  
Si la golpea el eslabon.

Y le daré una respuesta  
Sigun mis propios alcances—  
Forman un canto en la tierra  
El dolor de tanta madre,  
El gemir de los que mueren  
Y el llorar de los que nacen.

## MARTIN FIERRO

Moreno alvierto que trais  
Bien dispuesta la garganta  
Sos varon y me espanta  
Verte hacer esos primores—  
En los pájaros cantores  
Solo el macho es el que canta.

Y yá que al mundo vinistes  
Con el sino del cantar,  
No te vayas á turbar  
No te agrándes ni te achiques—  
Es preciso que me expliques  
Cual es el canto del mar.

## EL MORENO

A los pájaros cantores  
Ninguno imitar pretiende—  
De un don que de otro depende  
Naidés se debe alabar—  
Pues la urraca apriende hablar  
Pero solo la hembra apriende.

Y ayudame ingenio mio  
Para ganar esta apuesta—  
Mucho el contestar me cuesta  
Pero debo contestar—  
Voy á decirle en respuesta  
Cual es el canto del mar.

Cuando la tormenta brama,  
El mar que todo lo encierra  
Canta de un modo que aterra

Como si el mundo temblára—  
Parece que se quejára  
De que lo estreche la tierra.

## MARTIN FIERRO

Toda tu sabiduria  
Has de mostrar esta vez—  
Ganarás solo que estés  
En vaca con algun santo—  
La noche tiene su canto  
Y me has de decir cual es.

## EL MORENO

No galope que hay augeros,  
Le dijo á un guapo un prudente—  
Le contesto humildemente,  
La noche por cantos tiene  
Esos ruidos que uno siente  
Sin saber de donde vienen.

Son los secrétos misterios  
Que las tinieblas esconden—  
Son los écos que responden  
A la voz del que dá un grito,  
Como un lamento infinito  
Que viene no sé de donde.

A las sombras solo el Sol  
Las penetra y las impone—  
En distintas direcciones  
Se oyen rumores inciertos—  
Son almas de los que han muerto  
Que nos piden oraciones.

## MARTIN FIERRO

Moreno por tus respuestas  
Ya te aplico cartabon,—  
Pues tenés disposicion  
Y sos estruido de yapa—  
Ni las sombras se te escapan  
Para dar explicacion.

Pero cumple su deber  
El leal diciendo lo cierto—  
Y por lo tanto te alvierto  
Que hemos de cantar los dos—  
Dejando en la paz de Dios  
Las almas de los que han muerto.

Y el consejo del prudente  
No hace falta en la partida—  
Siempre ha de ser comedida  
La palabra de un cantor—  
Y aura quiero que me digas  
De donde nace el amor.

## EL MORENO

A pregunta tan oscura  
Trataré de responder—  
Aunque es mucho pretender  
De un pobre negro de Estancia—  
Mas conocer su inorancia  
Es principio del saber.

Ama el pájaro en los aires  
Que cruza por donde quiera—  
Y si al fin de su carrera  
Se asienta en alguna rama,  
Con su alegre canto llama  
A su amante compañera.

La fiera ama en su guarida  
De la que es rey y señor—  
Allí lanza con furor  
Esos bramidos que espantan—  
Porque las fieras no cantan  
Las fieras brainan de amor.

Ama en el fondo del mar  
El pez de lindo color—  
Ama el hombre con ardor,  
Ama todo cuanto vive—  
De Dios vida se recibe  
Y donde hay vida, hay amor.

## MARTIN FIERRO

Me gusta negro ladino  
Lo que acabás de explicar—  
Ya te empiezo á respetar  
Aunque al principio me rey—  
Y te quiero preguntar  
Lo que entendés por la ley—

## EL MORENO

Hay muchas dolorerías  
Que yo no puedo alcanzar—  
Dende que aprendí á inorar  
De ningún saber me asombro—  
Mas no ha de llevarme al hombro  
Quién me convida á cantar—

Yo no soy cantor ladino  
Y mi habilidá es muy poca—  
Mas cuando cantar me toca  
Me defiende en el combate—  
Porque soy como los mates:  
Sirvo si me abren la boca.

Dende que elige á su gusto  
Lo mas espinoso elige—  
Pero esto poco me aflige  
Y le contesto á mi modo—  
La ley se hace para todos  
Mas solo al pobre le rige

La ley es tela de araña—  
En mi inorancia lo esplico,  
No la tema el hombre rico—  
Nunca la tema el que mande—  
Pues la ruempe el vicho grande  
Y solo enrieda á los chicos.

Es la ley como la lluvia  
Nunca puede ser pareja—  
El que la agnanta se queja,  
Pero el asunto es sencillo—  
La ley es como el cuchillo  
No ofiende á quien lo maneja.

Le suelen llamar espada  
Y el nombre le viene bien—  
Los que la gobiernan ven  
A donde han de dar el tajo—  
Le caí al que se halla abajo  
Y corta sin ver á quien,

Hay muchos que son dolores  
Y de su cencia no dudo—  
Mas yo soy un negro rudo  
Y aunque de esto poco entiendo,  
Estoy diariamente viendo  
Que aplican la del embudo.

## MARTIN FIERRO

Moreno vuelvo á decirle  
Ya conozco tu medida—  
Has aprovechío la vida  
Y me alegra de este encuentro—  
Ya veo que tenes adentro  
Capital pa ésta partida

Y aura te voy á decir  
Porque en mí deber está—  
Y hace honor á la verdá  
Quien á la verdá se duebla,  
Que sos por juera tinieblas  
Y por dentro claridá.

No ha de decirse jamás  
Que abusé de tu pacencia—  
Y en justa correspondencia  
Si algo querés preguntar—  
Podes al punto empezar  
Pues ya tenes mi licencia.

## EL MORENO

No te trábes lengua mía,  
No te vayas á turbar—  
Naide acierta antes de errar—  
Y aunque la fama se juega—  
El que por gusto navega  
No debe temerle al mar

Voy hacerle mis preguntas  
Ya que á tanto me convida—  
Y vencéra en la partida  
Si una esplicacion me dá,—  
Sobre el tiempo y la medida,  
El peso y la cantidad—

Suya será la vitoria  
Si es que sabe contestar—  
Se lo debo declarar  
Con claridá, no se asombre,  
Pues hasta aura ningun hombre  
Me lo ha sabido explicar—

Quiero saber y lo inoro,  
Pues en mis libros no está,  
Y su respuesta vendrá  
A servirme de gobierno—  
Para que fin el Eterno  
Ha criado la cantidad.

## MARTIN FIERRO

Moreno te dejás cair  
Como carancho en su nide;  
Ya veo que sos prevenido  
Mas tambien estoy dispuesto—  
Veremos si te contesto  
Y si te das por vencido.

Uno es el sol—uno el mundo,  
Sola y única es la luna—  
Ansi han de saber que Dios  
No crió cantidad ninguna.  
El ser de todo los seres  
Solo formó la unidad—  
Lo demas lo ha criado el hombre  
Déspues que aprendió á contar

## EL MORENO

Veremos si á otra pregunta  
Dá una respuesta cumplida—  
El ser que ha criado la vida  
Lo ha de tener en su archivo—  
Mas yo inoro que motivo  
tuvo al formar la medida—

## MARTIN FIERRO

Escuchá con atencion  
Lo que en mi inorancia arguyo:  
La medida la inventó  
El hombre, para bien suyo—  
Y la razon no te asombre,  
Pues es fácil presumir—  
Dios no tenía que medir  
Sinó la vida del hombre.

## EL MORENO

Si no falla su saber  
Por vencedor lo confieso—  
Debe aprender todo eso  
Quien á cantar se dedique—  
Y aura quiero que me esplique  
Lo que sinifica el peso.



## MARTIN FIERRO

Dios guarda entre sus secretos  
 El secreto que eso encierra,  
 Y mandó que todo peso  
 Cayera siempre á la tierra—  
 Y sigun compriendo yo,  
 Dende que hay bienes y males,  
 Fué el peso para pesar  
 La culpa de los mortales.

## EL MORENO

Si responde á esta pregunta  
 Tengasé por vencedor—  
 Doy la derecha al mejor—  
 Y respondame al momento—  
 Cuando formó Dios el tiempo  
 Y porque lo dividió—

## MARTIN FIERRO

Moreno, voy á decir,  
 Singun mi saber alcanza—  
 El tiempo solo es lardanza  
 De lo que está por venir—  
 No tuvo nunca principio  
 Y jamas acabara—  
 Porque el tiempo es una rueda,  
 Y rueda es eternidá—  
 Y si el hombre lo divide  
 Solo lo hace en mi sentir—  
 Por saber lo que ha vivido  
 O le resta que vivir.

Ya te he dado mis respuestas  
 Mas no gana quien despunta,  
 Si tenes otra pregunta  
 O de algo te has olvidao  
 Siempre estoy á tu mandao  
 Para sacarte de dudas.

No procedo por soberbia  
 Ni tampoc por jateancia,  
 Mas no ha de faltar costancia  
 Cuando es preciso luchar  
 Y te convido á cantar  
 Sobre cosas de la Estancia—

Ansi prepará moreno  
 Cuanto tu saber encierre—  
 Y sin que tu lengua yerre,

Me has de decir lo que empriende  
 El que del tiempo depende,  
 En los meses que traen erre.

## EL MORENO

De la inorancia de naides  
 Ninguno debe abusar—  
 Y aunque no puede doblar  
 Todo el que tenga mas arte,  
 No voy á niguna parte  
 A dejarme machetiar.—

Ile reclarao que en letura  
 Soy redondo como jota—  
 No avergüenze mi redota  
 Pues con claridá le digo—  
 No me gusta que conmigo  
 Naides juege á la pelota—

En buena ley que el mas lerdo  
 Debe perder la carrera—  
 Así le pasa á cualquiera  
 Cuando en competencia se halla  
 Un cantor de media talla  
 Con otro de talla entera.

No han visto en medio del campo  
 Al hombre que anda perdido—  
 Dando güellas aflijido  
 Sin saber donde rumbiar—  
 Ansi le suele pasar  
 A un pobre cantor vencido.

Tambien los árboles crugen  
 Si el ventarron los azota—  
 Y si aqui mi queja brota  
 Con amargura, consiste;—  
 En que es muy larga y muy triste  
 La noche de la redota.

Y dende hoy en adelante,  
 Pongo de testigo el cielo  
 Para decir sin recelo  
 Que sí mi pecho se inflama,  
 No cantaré por la fama  
 Sino por buscar consuelo.

Vive ya desesperado  
 Quien no tiene que esperar—  
 A lo que no ha de durar  
 Ningun cariño se cobre—  
 Alegrias en un pobre  
 Son anuncios de un pesar.

Y este triste desengaño  
Me durará mientras viva—  
Aunque un consuelo reciba.  
Jamás he de alzar el vuelo—  
Quien no nace para el cielo  
De valde es que mire arriba.

Y suplico á cuantos me oigan  
Que me permitan decir,  
Que al decidirme á venir  
No solo jué por cantar,  
Sinó porque tengo á mas  
Otro deber que cumplir.

Ya saben que de mi madre  
Fueron diez lo que nacieron—  
Mas ya no existe el primero  
Y mas querido de todos—  
Murió por injustos modos  
A manos de un pendenciero.

Los nueve hermanos restantes  
Como güerfanos quedamos—  
Dende entonces lo lloramos  
Sin consuelo, creanmenllo—  
Y al hombre que lo mató  
Nunca, jamás lo encontramos.

Y queden en paz los güesos  
De aquel hermano querido—  
A moverlos no he venido.  
Mas si el caso se presenta—  
Espero en Dios que esta cuenta  
Se arregle como es debido.

Y si otra cansion payamos  
Para que esto se complete,  
Por mucho que lo respete  
Cantaremos si le gusta—  
Sobre las muertes injustas  
Que algunos hombres cometen

Y aquí pues, señores míos  
Diré como en despedida,  
Que todavía andan con vida  
Los hermanos del dijunto—  
Que recuerdan este asunto  
Y aquella muerte no olvidan.

Y es misterio tan profundo  
Lo que está por suceder,  
Que no me debo meter  
A echarla aquí de adivino;  
Lo que decida el destino  
Después lo habrán de saber.

MARTIN FIERRO

Al fin cerrastes el pico  
Después de tanto charlar,  
Ya empezaba á maliciar  
Al verte tan entonao  
Que traías un embuchao  
Y no lo querías largar.

Y ya que nos conocemos  
Basta de conversacion;  
Para encontrar la ocasion  
No tienen que darse prisa—  
Ya conozco yo que empieza  
Otra clase de juncion.

Yo no sé lo que vendrá.  
Tampoco soy adivino—  
Pero firme en mi camino  
Hasta el fin he de seguir—  
Todos tienen que cumplir  
Con la ley de su destino.

Primero fué la frontera  
Por persecución de un juez—  
Los indios fueron después,  
Y para nuevos estrenos—  
Ahora son estos morenos  
Pa alivio de mi vejez.

La madre echó diez al mundo,  
Lo que cualquiera no hace—  
Y talvez de los diez pase  
Con iguales condiciones—  
La mulita pare nones  
Todos de la misma clase

A hombre de humilde color  
Nunca sé facilitar,  
Cuando se llega á enojar  
Suele ser de mala entraña—  
Se vuelve como la araña  
Siempre dispuesta a picar.

Yo he conocido á toditos  
Los negros mas peliadores—  
Había algunos superiores  
De cuerpo y de vista... ayjuna  
Si vivo, les daré una...  
Historia de los mejores.

Mas cada uno ha de tirar  
En el yugo en que se vea;  
Yo ya no busco peleas  
Las contiendas no me gustan—  
Pero ni sombras me asustan  
Ni bultos que se menean.

La creía ya desollada  
Mas todavía falta el rabo—  
Y por lo vislo no acabo  
De salir de esta jarana—  
Pues esto es lo que se llama  
Remacharle á uno el clavo.

## 31

Y despues de estas palabras  
Que ya la intencion revelan.  
Procurando los presentes  
Que no se armára pendencia,  
Se pusieron de por medio  
Y la cosa quedó quieta—  
Martin Fierro y los muchachos  
Evitando la contendia,  
Montaron y paso á paso  
Como el que miedo no lleva,  
A la costa de un arroyo  
Llegaron á echar pié á tierra.  
Descenillaron los pingos  
Y se sentaron en rueda,  
Refiriéndose entre sí  
Infinitas menudencias;  
Porque tiene muchos cuentos  
Y muchos hijos la ausencia.  
Allí pasaron la noche  
A la luz de las estrellas,  
Porque ese es un cortinao  
Que lo halla uno donde quiera,  
Y el gaucho sabe arreglarse  
Como ninguno se arregla—  
El colehon son las caronas  
El lomillo es cabecera  
El coginillo es blandura  
Y con el poncho ó la gerga  
Para salvar el rocío  
Se cubre hasta la cabeza—  
Tiene su cuchillo al lado,  
Pues la precaucion es buena;  
Freno y rebenque á la mano,  
Y teniendo el pingo cerca,  
Que pa asegurarlo bien  
La argolla del lazo entierra

Aunque el alar con el lazo  
Da del hombre mala idea—  
Se duerme ansi muy tranquilo  
Todita la noche entera—  
Y si es lejos del camino  
Como manda la prudencia,  
Mas siguro que en su rancho  
Uno ronca á pierna suelta.  
Pues en el suelo no hay chinches,  
Y es una cuja camera  
Que no ocasiona disputas  
Y que naides se la niega—  
Ademas de eso, una noche  
Lo pasa uno como quiera,  
Y las va pasando todas  
Haciendo la misma cuenta—  
Y luego los pajaritos  
Al aclarar lo dispiertan.  
Porque el sueño no lo agarra  
A quien sin cenar se acuesta.  
Ansi, pues, aquella noche  
Jué para ellos una fiesta  
Pues todo parece alegre  
Cuando el corazon se alegra.  
Nò pudiendo vivir juntos  
Por su estado de pobreza,  
Resolviéron separarse,  
Y que cada cual se juera  
A procurarse un refugio  
Que aliviára su miseria.  
Y antes de desparramarse  
Para empezar vida nueva,  
En aquella soledá  
Martin Fierro con prudencia—  
A sus hijos y al de Cruz  
Les habló de esta manera.—

## 32

Un padre que dá consejos  
Mas que Padre es un amigo.  
Ansi como tal les digo  
Que vivan con precaucion—  
Naides sabe en que rincon  
Se oculta el que es su enemigo

Yo nunca tuve otra escuela  
Que una vida desgaciada—  
No estrañen si en la jugada  
Alguna vez me equivoco—  
Pues debe saber muy poco  
Aquel que no aprendió nada.



Hay hombres que de su cencia  
Tienen la cabeza llena;  
Hay sábios de todas menas,  
Mas digo sin ser muy ducho—  
Es mejor que aprender mucho  
El aprender cosas buenas.

No aprovechan los trabajos  
Sino han de enseñarnos nada  
El hombre de una mirada  
Todo ha de verlo al momento—  
El primer conocimiento  
Es conocer cuando enfada.

Ni el miedo ni la codicia  
Es bueno que á uno lo asalten—  
Así no se sobresalten  
Por los bienes que perezcan  
Al rico nunca le ofrezcan  
Y al pobre jamas le falten.

Bien lo pasa hasta entre pampas  
El que respeta á la gente—  
El hombre ha de ser prudente  
Para librarse de enojos—  
Canteloso entre los flojos  
Moderado entre los valientes.



Martin Fierro dando consejos á sus hijos

Su esperanza no la cifren  
Nunca en corazon alguno—  
En el mayor infortunio  
Pongan su confianza en Dios—  
De los hombres solo en uno,  
Con gran precaucion en dos—

Las faltas no tienen límites  
Como tienen los terrenos—  
Se encuentran en los mas buenos,  
Y es justo que les prevenga;—  
Aquel que defelos tenga:  
Disimule los agonos—

Al que es amigo, jamas  
Lo dejen en la esclacada,  
Pero no le pidan nada  
Ni lo aguarden todo de él—  
Siempre el amigo mas fiel  
Es una conducta honrada

El trabajar es la ley  
Porque es preciso adquirir—  
No se espongan á sufrir  
Una triste situacion—  
Sangra mucho el corazon  
Del que tiene que pedir.

Debe trabajar el hombre  
Para ganarse su pan;  
Pues la miseria en su afan  
De perseguir de mil modos—  
Llama en la puerta de todos  
Y entra en la del haragan.

A ningún hombre amenacen  
Porque naide se acobarda—  
Poco en conocerlo tarda  
Quien amenaza imprudente—  
Que hay un peligro presente  
Y otro peligro se aguarda

Para vencer un peligro.  
 Salvar de cualquier abismo,  
 Por esperencia le afirmo.  
 Mas que el sable y que la lanza—  
 Suele servir la confianza  
 Que el hombre tiene en si mismo,

Nace el hombre con la astucia  
 Que ha da servir de guia—  
 Sin ella sucumbiria,  
 Pero sigun mi esperencia—  
 Se vuelve en unos prudencia  
 Y en los otros picardia.

Aprovecha la ocasion  
 El hombre que es diligente—  
 Y tenganoló bien presente,  
 Si al compararla no yerro—  
 La ocasion es como el fierro  
 Se ha da machacar caliente

Muchas cosas pierde el hombre  
 Que á veces las vuelve á hallar—  
 Pero les debo enseñar  
 Y es bueno que lo recuerden—  
 Si la vergüenza se pierde  
 Jamas se vuelve á encontrar

Los hermanos sean unidos.  
 Porque esa es la ley primera—  
 Tengan union verdadera  
 En cualquier tiempo que sea—  
 Porque si entre ellos pelean  
 Los devoran los de ajuera.

Respeten á los ancianos,  
 El burlarlos no es hazaña—  
 Si andan entre gente estraña  
 Dében ser muy precabidos—  
 Pues por igual es tenido  
 Quien con malos se acompaña.

La cigüeña cuando es veija  
 Pierde la vista— y procuran  
 Cuidarla en su edá madura.  
 Todas sus hijas pequeñas—  
 Apriendan de las cigüeñas  
 Este ejemplo de ternura.

Si les hacen una ofensa  
 Aunque la echen en olvido,  
 Vivian siempre prevenidos;  
 Pues ciertamente sucede—  
 Que hablará muy mal de ustedes  
 Aquel que los ha ofendido

El que obedeciendo vive  
 Nunca tiene suerte blanda—  
 Mas con su soberbia agranda

El rigor en que padece—  
 Obedezca el que obedece  
 Y será bueno el que manda

Procuren de no perder  
 Ni el tiempo ni la vergüenza—  
 Como todo hombre que piensa  
 Procedan siempre con juicio—  
 Y sepan que ningún vicio  
 Acaba donde comienza.

Ave de pico encorvado  
 Le tiene al robo aficion—  
 Pero el hombre de razon—  
 No roba jamas un cobre  
 Pues no es vergüenza ser pobre  
 Y es vergüenza ser ladron,

El hombre no mate al hombre  
 Ni pelee por fantasia—  
 Tiene en la desgracia mia  
 Un espejo en que mirarse—  
 Saber el hombre aguardarse  
 Es la gran sabiduria.

Lá sangre que se redama  
 No se olvida hasta la muerte—  
 La impresion es de tal suerte,  
 Que a mi pesar, no lo niego—  
 Cai como gotas de fuego  
 En la alma del que la vierte.

Es siempre, en toda ocasion.  
 El trago el pior enemigo—  
 Con cariño se los digo,  
 Recuerdenló con cuidado—  
 Aquel que ofiende embriagado  
 Merece doble castigo—

Si se arma algun revolútis  
 Siempre han de ser los primeros—  
 No se muestren altaneros  
 Aunque la razon les sobre—  
 En la barba de los pobros  
 Aprienden pa ser barberos

Si entriegan su corazon  
 A alguna mujer querida,  
 No le hagan una partida  
 Que la ofienda á la mujer—  
 Siempre los ha de perder  
 Una mujer ofendida

Procuren, si son cantores,  
 El cantar con sentimiento—  
 No tiemplan el estrumento  
 Por solo el gusto de hablar—  
 Y acostumbrense á cantar  
 En cosas de jundamento.

Y les doy estos consejos  
Que me ha costado alquiritlos,  
Porque deseo dirijirlos,  
Pero no alcanza mi cencia  
Hasta darles la prudencia  
Que precisan pa seguirlos.

Estas cosas y otras muchas,  
Medité en mis soledades—  
Sepan que no hay falsedades  
Ni error en estos consejos—  
Es de la boca del viejo  
De ande salen las verdades.

### 33

Despues á los cuatro vientos  
Los cuatro se dirijieron—  
Una promesa se hicieron  
Que todos debian cumplir—  
Mas no la puedo decir  
Pues secreto prometieron.—

Les alvierto solamente,  
Y esto á ninguno le asombre,  
Pues muchas veces el hombre  
Tiene que hacer de ese modo—  
Convinieron entre todos  
En mudar allí de nombre.

Sin ninguna intencion mala  
Lo hicieron, no tengo duda.—  
Pues es la verdá desnuda,  
Siempre suele suceder—  
Aquel que su nombre muda  
Tiene culpas que esconder.

Y ya dejo el estrumento  
Conque he divertido á ustedes—  
Todos conocerlo pueden  
Que tuve costancia suma—  
Este es un boton de pluma  
Que no hay quien lo desenriede.

Con mi deber he cumplido—  
Y ya he salido del paso,  
Pero diré, por si acaso,  
Pa que me entiendan los criollos  
Todavía me quedan rrollos  
Por si se ofrece dar lazo.

Y con esto me despido  
Sin espresar hasta cuando—  
Simpres corta por lo blando  
El que busca lo siguro—  
Mas yo corto por lo duro,  
Y ansi he de seguir cortando.

Vive el águila en su nido,  
El tigre vive en la selva,  
El zorro en la cueva agena,  
Y en su destino incostante,  
Solo el gaucha vive errante  
Donde la suerte lo lleva.

Es el pobre en su horfandá  
De la fortuna el desecho—  
Porque naides toma á pechos  
El defender á su raza—  
Debe el gaucha tener casa,  
Escuela, Iglesia y derechos.—

Y han de concluir algun dia  
Estos enriedos malditos—  
La obra no la facilito  
Porque aumentan el fandango,  
Los que están como el chimango  
Sobre el cuero y dando gritos.

Mas Dios ha de permitir  
Que esto llegue á mejorar  
Pero se ha da recordar  
Para hacer bien el trabajo,  
Que el fuego pa calentar  
Debe ir siempre por abajo.—

En su ley está el de arriba  
Sí hace lo que le aproveche—  
De sus favores sospeche,  
Hasta el mesmo que lo nombra—  
Siempre es dañosa la sombra  
Del árbol que tiene leche.

Al pobre al memor descuido  
Lo levantan de un sogazo—  
Pero yo compriendo el caso  
Y esta consecuencia saco—  
El gaucha es el cuero flaco  
Da los vientos para el lazo.

Y en lo que esplica mi lengua  
Todos deben tener fé—  
Ansi, pues, entiéndanmé,  
Con codicias no me mancho—  
No se ha de llover el rancho  
En donde éste libro esté.—



Permítanme descansar.  
Pues he trabajado tanto!  
En este punto me planto  
Y a continuar me resisto—  
Estos son treinta y tres cantos,  
Que es la misma edad de Cristo.

Y guarden estas palabras  
Que les digo al terminar—  
En mi obra he de continuar  
Hasta dárselas concluida—  
Si el ingenio ó si la vida  
No me llegan á fallar.

Y si la vida me falla,  
Tenganlô todos por cierto,  
Que el gaucho, hasta en el desierto  
Sentirá en tal ocasion—  
Tristeza en el corazón  
Al saber que yo estoy muerto.

Pues son mis dichas desdichas  
Las de todos mis hermanos—  
Ellos guardarán ufanos  
En su corazón mi historia—  
Me tendrán en su memoria  
Para siempre mis paisanos.—

Es la memoria un gran don,  
Calidá muy meritoria—  
Y aquellos que en esta historia  
Sospechen que les doy palo—  
Sepan que olvidar lo malo  
Tambien es tener memoria.

Mas naides se crea ofendido  
Pues á ninguno incomodo—  
Y si canto de este modo  
Por encontrarlo oportuno—  
NO ES PARA MAL DE NINGUNO  
SINÓ PARA BIEN DE TODOS.

( FIN )



## CONTIENE ESTE LIBRO

---

	Págs.
Cuatro palabras conversación con los lectores . . . . .	3
1. Introducción de Martín Fierro . . . . .	5
2. Martín Fierro refiere su viaje al desierto . . . . .	7
3. Cuenta su vida en la Pampa . . . . .	9
4. Invasiones de los indios . . . . .	10
5. Regreso de las invasiones, distribución del botín y fiestas . . . . .	12
6. Cruz . . . . .	13
7. Los lamentos . . . . .	15
8. La cautiva refiere sus trabajos . . . . .	16
9. Pelea de Martín Fierro con un indio . . . . .	17
10. La vuelta de Martín Fierro . . . . .	21
11. Martín Fierro hace la relación del modo como encontró a dos de sus hijos . . . . .	23
12. La «Penitenciaria» — por el hijo mayor de Martín Fierro . . . . .	24
13. El hijo segundo de Martín Fierro empieza a contar su vida . . . . .	29
14. El viejo Viscacha . . . . .	29
15. Consejos del viejo Viscacha . . . . .	31
16. Muerte del viejo Viscacha . . . . .	33
17. El inventario de sus bienes . . . . .	34
18. El entierro . . . . .	35
19. Remedios para un amor desgraciado . . . . .	36
20. Relación en que aparece un nuevo personaje . . . . .	38
21. Picardía . . . . .	38
22. El jugador . . . . .	40
23. El oficial de Partida . . . . .	41
24. Las elecciones . . . . .	42
25. El configente . . . . .	43
26. Picardía descubre quien es . . . . .	44
27. Lo que vió en la frontera . . . . .	45
28. Historias de las raciones . . . . .	47
29. Relación en la que aparece un negro cantor . . . . .	49
30. Canto de contrapunto entre Martín Fierro y el negro . . . . .	49
31. Martín Fierro y sus hijos se retiran al campo . . . . .	57
32. Consejos de Martín Fierro a sus hijos . . . . .	57
33. Despedida . . . . .	60











PQ  
7797  
H3M3  
1894

Hernández, José  
El gaucho Martin Fierro

PLEASE DO NOT REMOVE  
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

---

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

---

